

Liliana Blum

TODAS HEMOS PERDIDO ALGO

Antología personal

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Liliana Blum

TODAS HEMOS PERDIDO ALGO

Antología personal

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LILIANA BLUM
TODAS HEMOS PERDIDO ALGO

TUSQUETS
EDITORES

EL LIBRO PERDIDO DE HEINRICH BÖLL

2008

Recién salido de una librería universitaria
Sobre una banca cubierta de nieve
Entre los cojines de un sillón
De manos de una bibliotecaria amarga
Sobre la tumba de un desconocido
Epílogo

NO ME PASES DE LARGO

2013

Lucio en el cielo sin *flash*
Mister Walrus
El cerdo burgués
Una lagartija sobre la ventana
Stalin vuelve a la URSS
Campo de fresas
Un hueco en el océano
La Cebolla de Cristal

RESIDUOS DE ESPANTO

2013

Me llamo Abigail
Martillos sin mazo
Números en su brazo
Música para sus plantas
Procura las mentiras
Extranjero como los cangrejos
Hablándole a un cactus
Se beben un milagro
Del color de su mala historia

Esa región de caos infinito

Mentir con él

La muerte escurría

Destino manifiesto

La última función

Gracias a la amnesia

Paloma de Noé

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

Para Sergio Pérez Torres

EL LIBRO PERDIDO
DE HEINRICH BÖLL
2008

Recién salido de una librería universitaria

—¡Dios mío! Él ha sido, simplemente, el hombre que debía llegar, y con el que yo me hubiera casado y con quien hubiera tenido hijos... aunque hubiera tenido que esperar años hasta que saliera de la cárcel.

Heinrich Böll,
El honor perdido de Katharina Blum

Comprendí en seguida que era un cerdo, un auténtico cerdo. Y, además, guapo, lo que se dice guapo. Usted ya lo ha visto en las fotos... saqué la pistola y disparé sobre él, dos, tres, cuatro veces; no recuerdo exactamente. Pero esto ya lo sabrá por el informe de la policía.

Heinrich Böll,
El honor perdido de Katharina Blum

Cada minuto cuenta. Allison Moore se detiene en el pasillo para recuperar el aliento. Tiene la cara caliente, a pesar del aire frío; sus zapatos chorrean nieve sucia y le arden los pulmones. Está despeinada y seguramente tiene la nariz roja. No debió correr así, pero no podía llegar tarde el primer día de clases. No a esta clase, por lo menos. Su reloj marca las siete con diez minutos. Ya esperó las tres semanas de las vacaciones de invierno. No puede pasar de hoy. Se asoma por la ventanilla cuadrículada. Alcanza a ver el pizarrón, pero no al profesor. *Cada minuto.* Cierra los ojos, respira hondo, abre la puerta y es como si de pronto alguien le sumergiera la cara en agua con hielos.

El profesor Karl Zuckermann camina entre las bancas, las manos cruzadas por detrás, diciendo algo sobre la vida como soldado de Heinrich Böll durante la Segunda Guerra. Allison se muerde los labios secos: las bancas de enfrente están ocupadas. Aprieta su mochila contra el pecho y se dirige hacia la parte trasera del salón. Lleva la mirada baja; los otros estudiantes se vuelven a verla. Encuentra un lugar en la última fila, cerca de la ventana. Cuelga su abrigo atrás de la banca y se quita los guantes. Tiene los dedos entumecidos y trata de moverlos. Karl está ahora frente al pizarrón y mientras habla, sus ojos recorren el grupo sin reparar en ella.

Se ha congelado el tiempo. Por el cristal amarillento se alcanza a ver un árbol con las ramas agobiadas por el peso de la nieve. El salón no está bien ventilado y la calefacción del edificio no llega hasta los salones del sótano. Abrir las ventanas sería invitar a la ventisca de enero. Literatura Alemana Contemporánea o GER 301, como se llama en el currículo, no es una materia importante. No la imparte uno de esos profesores que atraen grandes donaciones a la universidad; es solo una de esas asignaturas que llenan los requisitos de la escuela de artes liberales. Por eso el pésimo salón, por eso los *teaching assistants*, estudiantes de maestría que, como Karl Zuckermann, necesitan pagar las cuentas.

A pesar de que lleva pantalón de pana, Allison puede sentir el metal frío de la banca. Necesita hablar con ese hombre que parece no notar su presencia. Desde su lugar, Allison apenas alcanza a escuchar lo que dice Karl, pero ve que se acerca a su maletín sobre el escritorio, saca un libro y escribe

en el pizarrón: *The Lost Honor of Katherina Blum*. Los alumnos se agachan para hurgar en sus mochilas, pero ella permanece quieta y erguida, como el último pino de boliche sobre el carril. Karl Zuckermann la mira por unos segundos sin mover ningún músculo de la cara y se vuelve otra vez para escribir. Allison, una mosca en la pared. Pero en algún momento ella y Karl habían volado juntos, y por eso es ahora un bicho cargado con huevecillos. Se inclina para sacar su libro y se marea. Tiene que aferrarse al respaldo de la banca frente a ella hasta que se siente mejor. Todo significa un gran esfuerzo ahora.

Hay distintas ediciones del libro de Böll arriba de cada pupitre. La de Allison tiene tapas duras y la pintura de una joven angustiada. No quiso comprar el libro usado o alguna de las ediciones más austeras. No le sobra el dinero, pero no quería que Karl pensara que la clase no le importaba y que era solo una excusa para verlo ahora que el semestre de enero había comenzado. Él le dijo la última vez que estaría más ocupado con su tesis y las materias que iba a impartir. Un libro nuevo y de tapas gruesas significa que Allison es capaz de apreciar la literatura alemana, al menos en traducción; que es una chica inteligente y digna de ser amada por alguien como Karl Zuckermann. Le extraña verlo así, con camisa y pantalón de vestir. Y esa corbata. Lleva el cabello recién cortado y a ella le parece que la forma de su cráneo es simplemente hermosa. Perfecta. Allison se encuentra deseando que el bebé se parezca a él. Toma su pluma fuente y escribe en la primera página del libro, con su mejor letra:

Allison Moore. Tengo miedo. Incertidumbre. Frío.

La pluma se la había regalado Karl hace un año, cuando se conocieron en *The Glass Onion*. Él iba a leer allí todas las tardes y ella era mesera en ese turno. Al preguntarle qué iba a ordenar, buscó su bolígrafo en las bolsas del delantal y no lo encontró. «Voy a tomar la orden de memoria», dijo nerviosa. El hombre extendió su brazo y le ofreció una pluma fuente. Pidió café negro y un sándwich de ensalada de huevo en pan integral. Lo dijo con un tono serio, con una pizca de lo que a ella le pareció desdén. Ella escribió con rapidez en su libreta y le regresó la pluma, pero él hizo un ademán con la mano, como si espantara una palomilla. «Quédatela», ordenó con la vista sobre el libro.

Más tarde se enteró de que ese cliente se llamaba Karl Zuckermann. Se lo dijo Melissa, la chica que estaba en la caja durante el turno de Allison y que recibía los cheques con los que él pagaba. Era su luz verde para fantasear, porque Allison armaba sus fantasías con la misma minuciosidad con la que unía las piezas de un rompecabezas. Sin el nombre, el tipo de la mesa diez era tan irreal como un artista de Hollywood o como un personaje literario. En cambio, Karl Zuckermann era tangible, hermoso y dejaba excelentes propinas.

El día en que la pluma fuente dejó de escribir, Karl guardó sus libros y la invitó a acompañarlo a comprar más cartuchos de tinta. Era cerca, apenas unas cuadas. «No ha terminado mi turno», dijo Allison. «Jamás te he visto faltar. Estoy seguro de que tu jefe entenderá si hoy te sientes un poco indispueta. ¿Del estómago, tal vez?». Karl se puso la mochila en el hombro y le regaló la sonrisa más bella que Allison hubiera visto. «Te espero afuera», dijo. Ella nunca le había mentado así a nadie, mucho menos a su jefe. Veinte minutos después, caminaba junto a él. Entraron a una tienda de artículos para oficina y compraron los cartuchos para la Pelikan. Comenzaba a oscurecer y decidieron ir al Fishbowl a tomar unas cervezas. Dos horas más tarde, encendían un porro de mariguana luego de hacer el amor en el estudio de Karl.

«Eres idéntica a Susan Atkins», comentó él y a Allison le pareció muy romántico que la encontrara parecida a la mujer que apuñaló a Sharon Tate. Ella también podría hacer cualquier cosa si Karl se lo pidiera.

Ahora Karl Zuckermann, estudiante de la maestría en filología alemana y encargado de esa clase, explica algo sobre el marco histórico de la novela, y Allison no tiene idea de cómo va a decírselo. Escucha el sonido de los otros bolígrafos e intenta escribir las fechas y palabras que Karl ha dejado en el pizarrón, pero son garabatos que no significan nada. Las palabras que salen de su boca no son más que un sonido ambiental. Ella solo puede pensar que está sentada en un pupitre helado en la clase que imparte el hombre con el que ha estado acostándose durante los últimos once meses. La vista se le nubla y no puede mantener los ojos abiertos. Tiene la sensación de no haber dormido en varios días.

Al menos las ganas de vomitar ya pasaron. Allison recuerda la forma en que hace unos días expulsó el desayuno entero en el fregadero. Lory, la chica rubia que comparte la renta con ella mientras la admiten en una sororidad, salió de la cocina con un gesto de asco. Cuando estuvo lo suficientemente lejos le dijo que debería hacerse la prueba, porque ese era uno de los primeros síntomas. Allison se estaba mojando la cara bajo el chorro del agua. «¿El primer síntoma de qué?». Su *roomate* se echó a reír con fuerza. «Eres toda una chica de Wichita, ¿verdad? Mientras más pronto sepas, mejor. Después ya nadie te lo quiere hacer».

Allison secó su cara. «¿Hacerme qué?», pero Lory ya había salido. Allison se dejó caer en una silla e intentó comer una dona, pero las ganas de vomitar volvieron. Bebió un poco de agua mientras repasaba las palabras de su compañera. Y comenzó a comprender, muy a su pesar. Se tomó la cabeza entre las manos. ¿Cómo había podido ser tan tonta? Nunca discutió esos temas con Karl. Desde el primer día en que tuvieron sexo ninguno de los dos mencionó nada sobre evitar el embarazo. Sin embargo, la idea de tener un hijo jamás había cruzado por la mente de Allison. Ella no sabía nada, ni siquiera lo suficiente para temer arruinar su vida. Se dio un baño largo para ordenar sus ideas. Primero tenía que estar segura. Prefirió caminar. Deseaba saber, pero no tenía prisa en llegar.

El tramo le pareció cortísimo. Entró al Centro Médico Universitario y la enfermera de recepción la saludó: «¿Te puedo ayudar, *sweetie*?». Allison sintió que se ahogaba con las palabras. «Creo que estoy embarazada», dijo clavando la vista en sus zapatos. No podía mirar a la otra mujer a los ojos. Le recordó a su mamá: pestañas postizas de falda de hawaiana y una gruesa capa de delineador. Ella le entregó un formulario y en lugar de poner el grito en el cielo, como lo habría hecho su madre, le sonrió: «Siéntate y llena esta hoja con tus datos. Mañana vienes a las ocho de la mañana, en ayunas, para que te tomen una muestra de sangre». Lo dijo como si nada, como si fuera lo más común del planeta creer que se está embarazada. Allison le agradeció la falta de comentarios y llenó el formulario. Esa noche no durmió. Pasó la noche frente al televisor, engañando a los ojos con programas de concursos y series repetidas, la mano sobre el auricular y el número de Karl en la punta de los dedos. Escuchó los gemidos de su compañera de cuarto con el novio en turno. ¿John, Jack? Empezaba con jota. Finalmente se durmieron, y Allison también; el despertador la sorprendió tendida en el sofá con la misma ropa del día anterior.

El ruido de los pupitres sobre el piso hace que Allison abra los ojos. La clase ha terminado y todos están saliendo del salón. Se pone de pie y camina cautelosa al escritorio. Karl la ve acercarse y se da vuelta para borrar el pizarrón. Ella recuerda lo mucho que le gusta ese cuerpo. Apoya una mano

temblorosa sobre el escritorio, pero la retira en seguida. De cualquier forma, él no puede verla porque está guardando sus cosas en el maletín de piel.

— Tenemos que hablar — dice Allison y se arrepiente de sus palabras. Karl va a pensar que ella es un cliché andante. De pronto, todo lo que ensayó en sus desvelos se borra al estar consciente de lo trillado que es decir *tenemos que hablar*.

— Debes leer *El honor perdido de Katharina Blum* para la próxima semana — dice Karl avanzando hacia la salida. Cuando ve que Allison permanece en su lugar, agrega—: Vas a llegar tarde a tu próxima clase. — Cierra la puerta del salón y la deja allí. El sonido la hace salir de su sopor y se apresura a seguirla.

— Necesito decirte algo. — Su voz suena a súplica, a falta de dignidad. Karl se vuelve y le dedica una mirada extraña. Allison siente que vomitará allí mismo, sobre sus propios zapatos. No podría soportar la humillación.

— Estuviste dormida la mitad de la clase. No puedo darte asesoría — dice y comienza a andar con pasos muy largos. Ella trota para alcanzarlo, las manos pegadas al vientre. Sabe que se ve ridícula, pero no está segura si las mujeres en su estado pueden correr.

— Es sobre nosotros.

Se detiene porque le falta el aire. Karl deja de caminar y permanece así, dándole la espalda por largos segundos. Cuando voltea a ver a la mujer que quiere hablarle de nosotros, nota que ya no lleva el cabello suelto, a la Susan Atkins, sino recogido en una coleta que hace que su cara se vea más delgada. No se había tomado la molestia de mirarla con atención hasta ese momento, y ahora que lo hace la encuentra demacrada y con menos peso.

— ¿Te pasa algo?

El nudo que Allison lleva en la garganta se afloja un poco. Asiente y desvía la mirada. Aunque no sabe cómo decírselo, está segura de que ese es el momento posible y que no habrá otro. Si no habla ahora, Karl se echará a caminar otra vez y jamás podrá hablarle. Y los días cuentan, cada minuto cuenta, como dijo su compañera de cuarto. Hubiera querido decírselo frente a una taza de café, en un sitio callado, o bien, en su cubículo, en voz muy baja y al tiempo que él le tomara la mano. Pero Karl Zuckermann tiene prisa por llegar a su próxima clase.

— Sí, que estoy embarazada.

Karl da unos pasos hacia ella; tal vez tiene miedo de que vaya a gritarlo a todo el campus. Está pálido: ella está consciente de su gesto: es el que haría alguien cuando le diagnostican una enfermedad venérea y de pronto recuerda quién se la contagió.

— ¿Cómo puedes hacerme esto?

La toma por los hombros y aprieta con fuerza. Allison llora y él la suelta, consciente de pronto de que están a la vista de todos.

— ¿Estás segura?

Allison ya ha escuchado ese mismo diálogo en una de las telenovelas de la tarde. Es triste. De alguna manera tenía la ilusión de que su vida era única y especial, pero no es más que otro capítulo de un melodrama diario. Sorbe los mocos y saca del bolsillo de sus pantalones el papel que le dieron en el centro médico. Karl se lo arrebató y lee; se queda mirando las letras por un rato y luego lo arruga hasta convertirlo en una bola que tira en un bote de basura cercano. La toma de la mano y la lleva hacia una banca. Habla en un tono bajo, conspiracional. Allison no cree que esto le esté sucediendo. Quién diría que ella terminaría siendo la chica a la que le dicen que no puede tener ese bebé.

— No podemos tenerlo.

Karl lo repite y a ella esas palabras le resultan ajenas; la voz no es familiar: en unos cuantos segundos ese hombre se ha vuelto un desconocido. Tiene la sensación de que es la primera vez que lo mira y alberga la esperanza de que esto no sea real.

— ¿Y estás segura de que es mío?

¿Cómo puede preguntarle eso? Allison se abraza a sí misma, clavándose las uñas en los brazos mientras las lágrimas comienzan a escurrirle por las mejillas. Por supuesto que el bebé es suyo, ella no ha estado con nadie más en los últimos meses. Karl dice que es una pregunta válida: un hombre nunca puede estar seguro.

Allison se tapa la cara con las manos y gime, agitada. ¿Qué va a pasar ahora? Casi no puede respirar: piensa que va a morir de tanto llorar. No es que esperara que él le pidiera matrimonio, feliz con su próxima paternidad, pero tampoco anticipó esto. Necesita oír que todo va a estar bien, aunque no sea cierto. Desearía que él la abrazara y le dijera que va a estar a cargo de lo que venga.

— ¿Pero no te tomaste la pastilla, o qué pasó?

— No tomé nada — dice ella con la voz gangosa por los mocos y las lágrimas.

La cara de Karl se contrae en un gesto idéntico al que hacía su madre cuando encontraba la casa en desorden o a su hija comiendo sin cubiertos. Abría mucho los ojos y parecía pensar: «No puedo creerlo. No puedo creer que la casa esté de cabeza y nadie haga nada. No puedo creer que te alimentes como una troglodita. No puedo creer que no te hayas tomado las pastillas».

Él sigue hablando, ahora en un tono paternal que comienza con una calma aparente y luego escala hasta la desesperación: ¿Cómo se le ocurría a Allison meterse a su cama sin decirle que no usaba ningún método anticonceptivo? ¿Era retrasada mental o qué?

Allison mira su reloj de pulsera y exhala. Está vacía y duele mucho sentirse así. Ya se ha cansado de llorar y no quiere escuchar preguntas que tienen una respuesta irrelevante. «Se me ocurrió así, como si nada; y sí, soy retrasada mental. ¿Qué importa ahora?».

Karl toma la cara de Allison y la obliga a mirarlo. No solo ha perdido ya la mitad de su siguiente clase, cosa que le traerá problemas con su director, sino que ya le arruinó el día, el semestre y quizá la vida entera. No es ella la que debe llorar, sino él.

— ¿Qué vamos a hacer entonces?

Allison lamenta el tono infantil que se le escapa; se siente como una niña desamparada.

— No sé. Lo único que sé es que no vas a tener ese bebé.

Ella se lleva las manos al vientre y da unos pasos hacia atrás. Su cuerpo está temblando y siente que la cara se le quema. Luchó tanto por no pensar en eso y ahora él ha dicho las palabras. Es verdad. Esto sí está pasando.

— ¿Y cómo...? — pregunta muy bajo, pero en el fondo sabe cómo. Sus padres no pueden saber. Y si él no va a estar con ella, no podrá seguir. Ella sola no.

— El lugar está en el centro, se puede llegar caminando sin problema. — Karl se toca la barba y mira a su alrededor buscando a alguien que pudiera escuchar su conversación—. Es un médico que no va a hacer ningún tipo de preguntas.

Allison ve con alarma cómo él toma el libro de Böll, saca una pluma de su camisa y apunta de memoria la dirección exacta del consultorio sobre la última página. Se lo entrega y menciona cierta cantidad de dólares. Ella tiene solo el dinero que sus padres le dieron para la renta del departamento y para la compra de libros. Con el sueldo y las propinas del restaurante apenas le alcanza para hacer el súper y comer en la cafetería de la Student Union. ¿Cómo va a conseguir esa cantidad?

Karl exhala un bufido de fastidio, como si tuviera que hacer fila en un trámite burocrático. Tamborilea los dedos sobre su pierna y después de pensarlo un poco, le dice que no le sobran los

dólares, pero no ve otra opción más que disponer de sus pocos ahorros. Le llevará el dinero a su trabajo, por la tarde.

Ella se muerde el labio inferior. Ya había dejado de llorar y ahora siente que empezará otra vez. Se acerca a Karl y toca ligeramente su brazo. La tela del saco es muy suave, cálida. ¿Entonces irá sola con el doctor?

—Esto no es una historia de Hemingway —dice. Él es un hombre ocupado y ella lo sabía cuando coqueteó con él aquella vez en *The Wagon Wheel*. Ya estaba haciendo bastante con darle la dirección y el dinero. No le correspondía a él solucionarle sus problemas.

Allison toma *The Lost Honor of Katharina Blum*. La dirección sigue allí, en la caligrafía apresurada de su profesor. No se le ocurre otra cosa que abrir el libro en cualquier página y leer. No busca la respuesta a esa pregunta que todavía no se atreve a hacerse, pero al menos la lectura hace que su vida parezca normal. Las universitarias como ella tienen que estudiar, no ir solas a una clínica abortiva. Levanta la vista. La figura de Karl, ya muy pequeña, se va perdiendo entre los estudiantes que van con premura de un edificio a otro.

Atrás de ella se levanta un árbol enorme, sin hojas. La nieve cubre gran parte de los jardines del campus: echa de menos el verano, con todos los alumnos recostados sobre el césped, leyendo, dormidos o besándose. Mira hacia arriba y las lágrimas se van atrás de las orejas y luego bajan por su cuello. El cielo se vuelve de un azul muy oscuro y se da cuenta de que tiene mucho frío. Le duelen los pies, tiene hambre y los ojos muy hinchados. Alguien debería cargarla y ponerla sobre la cama, hacerle un té y arroparla, traerle los cómics del periódico.

Allison Moore arranca la página con la dirección del médico. Después se pone de pie y camina con mucho cuidado. No quiere resbalar en la banqueta congelada. Deja el libro sobre la banca. La literatura contemporánea alemana ya no es de su interés.

Sobre una banca cubierta de nieve

Parece ser que Katharina, al recibir la noticia de la muerte de su madre, no se desmayó precisamente. Casi parecía sentirse aliviada.

Heinrich Böll,
El honor perdido de Katharina Blum

La mejor información se obtiene de las madres, incluidas las enfermas.

Heinrich Böll,
El honor perdido de Katharina Blum

— Eres una *nerd*. No te gustan las vacaciones porque no puedes vivir sin estudiar. *Nerrrrrd* — dice Lorna, su jefa, salpicando a Helen con saliva.

Como muchos jefes, está convencida de que todo lo que dice es inteligente o gracioso. Lorna tiene la incapacidad de distinguir una risa fingida de una auténtica. Pero Helen no es del tipo de empleados que intentan reírse. Solo guarda silencio, se pone su abrigo y sale de Watson's Library por una de las puertas laterales.

Helen busca una banca donde pueda fumar y beber café sin que la atropelle el río de estudiantes en tránsito. La banca tiene una ligera capa de nieve, así que Helen se limita a poner allí la taza térmica y a subir una pierna, como un flamingo invernal. Mirar a la gente e imaginar las historias que se esconden detrás de sus caras la relaja. Tal vez hay por allí otras vidas peores que la suya. Por eso le gusta la universidad con sus treinta mil alumnos. El anonimato que proporcionan las masas es un respiro para Helen: nadie se fija en ella porque es solo una hormiga entre las demás. Y luego está la distancia, claro. La distancia entre la universidad y su ciudad natal es probablemente lo mejor porque no le permite visitar a su madre cada semana. Cuando ella pregunte por su hija Helen, la enfermera le dirá: «Está allá en Kansas, estudiando, ¿ya no se acuerda?». Su madre va a preguntar por los días festivos y alguno de los médicos en entrenamiento le recitará con paciencia: «Día del Trabajo, Acción de Gracias, Navidad, Martin Luther King, *Springbreak* y verano», mientras le pone sus medicamentos sobre la lengua y le acerca un vaso con agua.

Helen enciende un cigarrillo y lanza el humo hacia arriba. Le da un sorbo a su café tibio y luego inhala despacio. Alternar esos dos vicios hace que se sienta una mujer fuerte. Una vez leyó que solo la gente débil encuentra fortaleza en los rituales. Debe ser verdad porque ella no puede evitarlos. Aunque nunca la han hecho sentir fuerte. Se termina el café antes de que se enfríe por completo y al poner el tarro otra vez sobre la banca, nota que hay algo debajo de la nieve. ¿Desde cuándo estaría allí? Es un libro y gracias al buen material de los forros, no está tan mojado. Helen lo examina de forma mecánica, como hace con todos los libros con los que trabaja en el departamento de adquisiciones. Es una edición de pasta dura, con el lomo cosido, 130 páginas, Fountainhead Publishers. Böll, Heinrich. *The Lost Honor of Katharina Blum*. No tiene los sellos de la biblioteca y está en perfecto estado. Lo abre y aspira el aroma de las páginas: casi nuevo, a excepción de la página

del colofón, que parece haber sido arrancada. A Helen no le gusta tanto leer como tocar y oler los libros. Este es muy bonito; la portada tiene una imagen que transmite una profunda angustia.

Termina de fumar y deja caer la colilla del cigarro sobre la nieve sucia del piso. Su receso de diez minutos ha terminado. Mira alrededor, pero no ve a nadie que parezca haber perdido algo. Recoge el tarro vacío, se pone el libro bajo el brazo y regresa al trabajo. En cuanto entra, Lorna, que bebe leche de soya y come brotes de alfalfa con rodajas de zanahorias, mira el enorme reloj que tiene en la pared y meneaba la cabeza en desaprobación. Nunca le dice nada directamente, pero más tarde, cuando coincidan en el área del café, sin dirigirse a nadie en particular, soltará algo como fumar es un hábito horrible. Luego le preguntará a Tricia, su asistente personal: «¿Sabías que fumar es lo peor para el cutis? Te hace ver más vieja».

Helen la saluda con una inclinación de la cabeza y se dirige a su casillero para guardar el libro. Se sirve más café y regresa a su escritorio. Desde allí escucha a Tricia murmurar:

— Todos los chinos fuman muchísimo. — Cuando se da cuenta de que Helen está allí, agrega nerviosa— : ¿Ya tenemos este libro sobre China?

Tricia tiene los dientes un poco chuecos, siempre manchados de lápiz labial, y una propensión a secundar todo lo que Lorna diga. En sus manos hay un libro de historia de la Segunda Guerra Mundial. En la portada se distinguen algunos tanques y una pequeña esvástica.

— No sabía que China había participado en la Segunda Guerra con los nazis.

Tricia se ríe nerviosa y comienza a levantar algunos de los libros apilados en su escritorio.

— No, este no. Era otro que tenía por aquí.

El saber que pronto verá a su madre oprime tanto a Helen que ni siquiera se siente con ánimos de contestarle a Tricia, así que se inclina para abrir con su navaja una caja de libros que vienen de España. En un principio, su jefa la había contratado pensando asignarle todos los libros procedentes de Asia, porque tenía la idea de que las personas con ojos rasgados compartían una especie de idioma amarillo-universal. En la entrevista de trabajo, Lorna le preguntó a Helen si su apellido era chino, porque sonaba muy *exótico*. Ella dijo que sí y odió en silencio la rubiedad de la que sería su jefa, pero luego bajó un poco la cabeza y se esforzó en sonreír como imaginó que lo harían las chicas asiáticas que daban vida a esos estereotipos.

Más tarde, cuando Lorna se dio cuenta de que Helen no hablaba más chino que la norteamericana promedio, se había sentido traicionada. Un día la esperó en la entrada de la biblioteca y se lo reprochó: «Pensé que hablabas chino». Luego se lamentó sobre las políticas de la universidad, los trámites y el hecho de que no podía dejar de contratarla porque ya había firmado todos los papeles y las burocracias universitarias la desanimaban. No dijo que para despedirla tendría que justificarse y el mundo era demasiado políticamente correcto de un tiempo para acá. «Solo porque mi apellido es de origen chino, no quiere decir que yo hable el idioma», respondió Helen Han y encendió un cigarro. Lorna frunció la nariz y comenzó a mover los brazos como si fuera la víctima de un enjambre de abejas. «¿Y ahora qué voy a hacer contigo?». Helen exhaló el humo despacio: «Hablo español. Mi madre es mexicana y yo estoy haciendo mi especialidad en *Spanish Lit*». «¿De verdad?». Lorna dio unos pequeños brinquetes y aplausos de foca: «¡Maravilloso!». Tenía las manos grandes, llevaba uñas postizas y un peinado infantil. No pudo contenerse y dijo: «¡Pero no pareces mexicana!».

Durante las siguientes tres horas, Helen Han abre más cajas, escribe los datos bibliográficos de los libros nuevos y los coteja contra los ficheros para ver si la biblioteca ya los tiene. Cuando es así, debe buscar el libro en los estantes para comprobar si se trata de la misma edición y para verificar el estado en el que se encuentra. A Helen le gusta pasar el tiempo en los ocho niveles de la biblioteca, sobre todo en los más alejados de las áreas de estudio común. A veces toma asiento en uno de los

escritorios del fondo y mira la vida del campus a través de las ventanas góticas. Aquello que sucede más allá de los vidrios opacos no existe por un momento. Lo único tangible son los libros, estantes, escritorios y las lámparas sobre ellos. Le gusta imaginar que ella misma es parte de la biblioteca y que no tiene que vivir allá afuera.

Helen termina de cotejar los libros que lleva, pero no quiere volver aún a la oficina con Lorna y Tricia. Dos estudiantes que se besan contra un librero se alejan cuando la ven caminar por el pasillo. Helen se sienta en el suelo abrazando sus rodillas. Hunde la cabeza entre sus brazos y desea con todas sus fuerzas que el lunes no sea el Día de Martin Luther King. Que su boleto a Brownsville se desvanezca o que venga un tornado, una gran nevada, algo catastrófico que impida su viaje. Calcula que su jefa ya estará diciéndole a su asistente que es tiempo más que suficiente para que ella coteje cinco libros, así que se pone de pie y regresa. Sobre su escritorio se han acumulado ya otras cajas. Lorna pasa por allí dando pequeños pasos como de ballet y deja varias facturas sobre los libros.

— Para el martes — dice con una sonrisa de dientes demasiado blancos.

Helen mira el reloj. Faltan quince minutos para su hora de salida. Se le ocurre que podría quedarse a trabajar durante el fin de semana y luego el día feriado. Se lo pregunta a su jefa, pero ella le informa que se va de viaje y la oficina tiene que permanecer cerrada sin ella. Lorna comienza a guardar sus cosas en los cajones del escritorio. Es siempre en esos momentos cuando hace algún tipo de conversación *amigable*. Tricia se materializa a su lado. Viene del baño, perfectamente peinada y con el maquillaje retocado: radiante, como siempre que termina el turno. Huele a *spray* para el cabello.

— ¿Y qué harás en estas minivacaciones? — le pregunta a Helen mientras acomoda sus cosméticos en una bolsa con pequeños pandas.

Ella hace como que no escucha y se dirige al casillero para sacar su mochila. La carta de su madre está allí dentro, junto al libro que se encontró en la banca.

— Se va a visitar a su mami — dice Lorna. Helen detesta que la gente responda por ella, pero esta vez agradece no tener que intercambiar palabras con Tricia. Se limita a sonreír, dice adiós con la mano y se pierde en el laberinto de cubículos que terminará por llevarla a la salida.

Tiene hambre, pero no tiene ánimos de ir todavía a su dormitorio. Un viento frío la empuja mientras camina hasta The Yellow Sub, en donde pide un sándwich de atún y chocolate caliente. En una mesa cerca de la ventana, abre la carta y la lee una vez más. Tal vez espera encontrar un nuevo significado entre líneas, algo que se le hubiera escapado en una lectura previa. Pero es lo mismo. Su madre está enferma, le urge ver a su única hija. Y no, no está loca, se lo reitera en una posdata. Eso lo sabe bien. Helen siente el principio de uno de esos dolores de cabeza que la aquejan cuando tiene que visitar a su madre. Desearía que ella estuviera loca en verdad. Es precisamente su cordura lo que le impide vivir en paz: saberla metida en el sanatorio mental, en lugar de la cárcel. No hay nada de malo en tener una madre loca, que no sepa quién es la hija que la visita o que no hubiera registrado el hecho de que hace unos años ahogó a su hijo en la bañera. Pero su madre está en sus cabales; al menos, tanto como la mayoría de los seres humanos que caminan libres por la ciudad. El abogado la había defendido alegando demencia temporal y una muerte por negligencia. Llevaba ya cinco años internada en ese asilo mental-casa hogar de ancianos, como si fueran unas vacaciones. No faltaba mucho para que tuviera la opción de irse. Helen quiere estar muy lejos cuando eso suceda.

Helen termina de comer y revuelve el chocolate con la cucharita. ¿Qué la obliga a visitarla? No tiene que hacerlo, nadie la está forzando. ¿Tanto le importa lo que su madre les diga a los demás? «A mí nadie me viene a ver, parece que no tengo familia». No, no es eso. No debería ser eso. Quisiera creer que la visita para sentirse bien consigo misma, porque Helen es en realidad una buena persona. Han pasado muchas cosas, cosas horribles, sí, pero cuando su madre al final muera, Helen no

cargará con la culpa. Nadie podrá llamarla una hija ingrata. Porque en otros aspectos, en los visibles, sobre todo, la madre de Helen hizo lo que hacen las madres icónicas: parir con dolor, cambiar pañales, proveer biberones esterilizados y tibios, mandar a la escuela, ir a las juntas con las maestras, tener la casa limpia y la ropa doblada en los cajones.

Helen sabe que no tuvo a la peor de las madres. No la había abandonado en la calle de recién nacida, no apagaba las colillas del cigarro en sus bracitos de bebé, ni llevaba hombres extraños que abusaran de ella. Tampoco la dejaba sin comer ni la tenía encerrada en un sótano, amarrada a una silla. Para el mundo, Helen había vivido una infancia normal. Sería, de pocas sonrisas, pero fue una niña bien nutrida y educada. Limpia, sana, una chinita a la que no se le veían cicatrices ni moretones. Tenía todo para ser feliz y eso la convertía en la peor de las hijas, sin duda.

Se pone de pie para ir al baño. Se examina en el espejo y lo que encuentra es un ser humano visiblemente cansado, con los ojos un poco rojos y una obvia falta de alegría. Mañana es el día. Tiene que preparar la maleta y la voluntad.

Helen Han duerme durante todo el vuelo a Dallas. Allí tiene que correr para lograr la conexión. En el último tramo que la llevará a Brownsville, intenta dormirse otra vez, pero no puede. Pide un café y le traen una taza minúscula con un líquido tibio de sabor indefinido y horrendo. Le ha tocado el único lugar en el avión con el revistero vacío y ella no va a hablarle a su vecino de asiento para preguntar si puede tomar su revista. Eso podría desatar una conversación y para ella no hay cosa peor que el intercambio de información superflua con desconocidos. Helen recuerda que metió en la mochila el libro que se encontró en la banca y lo abre en las primeras páginas. Alguien ha escrito algo allí: el nombre de una mujer, una estudiante, seguro, que tiene miedo y frío, y ahora, también ha perdido su libro debajo de la nieve, la pobre. Tal vez, cuando regrese al campus la busque en el directorio de estudiantes para regresarle su libro. O quizás no. Sin pensarlo, Helen saca una pluma y escribe:

Helen Han, triste. No quiero hacer lo que tengo que hacer.

Toma un taxi del aeropuerto y deja en el hotel su maleta. Entra en un café de la esquina, donde es la única comensal que no tiene el cabello blanco ni ordena el *early bird special*. Le da sorbos minúsculos al café y come despacio, tratando de estirar los minutos. Termina y pide la cuenta. Debe ir al sanatorio: no tomó dos aviones hasta allí solo para no visitar a su madre. Exhala, se pone la mochila al hombro y se echa a andar. El invierno es mucho más agradable aquí. Si las circunstancias fueran otras, Helen disfrutaría la caminata, la tibieza del sol abrazándola mientras los músculos de sus piernas trabajan.

Se detiene cerca de un letrero de piedra sobre el pasto. *Koalas' Paradise: Sanatory & Retirement Home*. El lugar está rodeado de eucaliptos. Eucaliptos por doquier. No recordaba que el pequeño hotel al que siempre llega estuviese tan cerca del lugar donde vive su madre. Con un pie sobre el primer escalón de la entrada, Helen piensa que todavía está a tiempo de no entrar. Tal vez no vale la pena. Si cruza la puerta, tendrá que verla; tarde o temprano sucederá algo y terminará por sentirse miserable. Pero si no la visita, la culpa la atormentará por meses. ¿Y si moría cualquier día de estos? Helen no podría perdonarse a sí misma. Se sienta en una banca y desde allí mira pasar a la gente que viene a ver a sus parientes con una resolución que a ella le parece admirable. Entran sin dudas, con cierto gusto y anticipación en sus rostros, flores o chocolates en las manos. Sobre todo, se nota que no tienen angustia.

Ella no está lista para entrar aún. Enciende un cigarrillo y mira el sanatorio-asilo. Es un edificio geométrico, amplio, con un jardín hermoso lleno de flores de varios tipos y el ejército de eucaliptos. «No debe ser un mal sitio para vivir», piensa: recapitula casi al instante. Piensa en su casa de la niñez, que era también así: flores, jardín, columpios, limpia y bien pintada. Y era un lugar horrible para los que vivían dentro. Le gustaría pensar que no es ella la que está sentada en una banca húmeda de rocío, sin atreverse a visitar a la que le dio la vida. Mala hija, mala hija. Una enfermera que la ve desde una ventana sale y se acerca ella.

— ¿Señorita Han? La señora Carolina la espera desde temprano.

Helen da un pequeño grito y se lleva la mano con el cigarro al pecho. Casi hace un hoyo en su blusa.

— Sí, ya voy, gracias.

— Entonces le aviso que usted ya está aquí.

La mujer gira sobre sus zapatos blancos de goma y regresa al sanatorio. Helen la mira desaparecer y suspira. Ya es hora. Apaga el cigarrillo contra la banca y se pone de pie.

Doña Carolina Martínez, viuda de Han, espera a su hija en una de las salas de estar. Tiene el cabello húmedo, el rostro maquillado y una sonrisa a medias. Lleva puesta una blusa blanca con flores, una falda azul y zapatos bajos. Se levanta sin dificultad cuando ve a la enfermera. Helen viene siguiéndola con una acidez que trepa con ardor por su esófago. Qué incómodo enfrentarse a los orígenes. Mira a su madre y piensa que esa mujer de aspecto latino no tiene nada que ver con ella. Son tan diferentes y, sin embargo, lo sabe bien, la mitad de los genes de Carolina están en ella: latentes. Por alguna oscura razón han elegido no manifestarse. Alguna vez escuchó decir a una de las tías maternas que los matrimonios interraciales eran una ruleta. Helen heredó las facciones de la abuela paterna y el gusto por fumar hasta consumirse y morir de su padre. Al menos en la superficie no hay nada del lado de su madre. Le aterra pensar que lo que ella le transmitió a través de la placenta fue aquello que no se puede ver, pero que es lo peor, precisamente por su invisibilidad.

Helen toma asiento de inmediato, las manos debajo de sus muslos, y mira sus zapatos hasta que Carolina se posa en un sofá perpendicular al de ella. Nunca han sido de besarse o abrazarse y no van a empezar ahora. Helen carraspea. No es su intención; en verdad siente molestia en la garganta.

— Así empezó tu padre y ya ves cómo terminó. Si hubiera sabido que tardarías tanto, me habría dado tiempo de desayunar y dormir un rato más.

Helen sucumbe a un ataque de tos cuando quiere decirle que no meta la muerte de papá en la conversación. La enfermera, que acomoda un cojín en la espalda de doña Carolina, dice:

— Su mamá no quiso desayunar a sus horas. Quería esperar a que llegara usted, señorita.

— Y no sabes lo malo que es para un diabético pasar ayunos — dice ella mientras se examina las uñas—. Es que tú me quieres matar. ¿No podías avisar que llegarías así de tarde?

Helen siente en el cráneo un dolor indefinido: la premonición de que algo muy malo está por ocurrir, como un tsunami que se avecina desde el otro lado del mundo y avanza imperceptible, fuera de su control. El ruido de las uñas contra la lima es insoportable. Se vuelve hacia la enfermera, que ya se aleja:

— ¿Puedo fumar aquí?

Tiene los dedos temblorosos. ¿Por qué vino? Sabía que esto iba a pasar. Cualquier cosa que le conteste a su madre solo la precipitará a esa espiral de eterna victimización. No importa que el avión haya sufrido retrasos o que dos veces le ganaran el taxi para llegar al hotel. O que Helen caminó seis cuadras de allí hasta el sanatorio. O que tuvo que debatir cada segundo de los últimos días entre venir o quedarse, entre cruzar la puerta o regresar.

La enfermera apunta su dedo grueso hacia un letrero en la pared. Un cigarro humeante atravesado por una barra roja. Helen guarda la cajetilla con un movimiento brusco. Respira y trata de calmarse.

— Pero le puedo traer café si gusta — dice la mujer y desaparece por el pasillo. Helen cambia de posición, cuenta hasta diez y se obliga a sonreír.

— Tuve algunos contratiempos, mamá. Siento mucho que me tuvieras que esperar. ¿Quieres que te acompañe a comer?

El mejor plan que tiene es evitar confrontarla. Si lleva la plática por temas inocuos, esquivando las partes minadas de su relación, tal vez podría llenar los minutos hasta que fuera hora de irse. Mañana acortará su visita alegando un dolor de estómago y se despedirá de su madre con un pesar fingido antes de buscar un taxi para el aeropuerto. Suena como una buena idea.

— No, si ya comí. No voy a dejar que vengas a deshacerme mis horarios. Ya sé que a ti no te importa mi enfermedad — dice doña Carolina ajustándose los lentes sobre la nariz—. Un día de estos, cuando me muera, te vas a arrepentir.

Helen piensa en todos los años en los que vio a su madre beber refrescos y comer dulces. Desde que tiene memoria, doña Carolina fue una mujer obesa, que escondía barras de chocolates y frituras en los cajones, y luego afirmaba con enorme convicción que jamás probaba nada entre comidas. Gran parte de su vida útil la pasó montada en un tren de distintas dietas en boga, comiendo lechuga en público y atorándose la garganta con dulces cuando estaba sola. Helen no recuerda haberla visto jamás haciendo ejercicio. Los compañeros de clase se burlaban de ella cuando su familia asistía a algún festival escolar: su padre, un chino escuálido, y su madre, esférica. Un número diez, decían, y Helen quería hundirse en la tierra.

— ¿Y cómo has estado, mamá? ¿Cómo va lo de tu hígado?

Preguntarle por su salud es como destapar un frasco con alacranes: está al tanto de ello, pero al menos hace que se mantenga alejada de los reproches por algunos minutos. Para ella, hablar de sus males físicos es una golosina. Ahora está en los huesos, con los estragos de una diabetes mal llevada por años. Desde que se la diagnosticaron, poco después de nacido el hermano de Helen, doña Carolina se había negado a inyectarse insulina porque no soportaba las inyecciones. Pero tampoco hizo ningún cambio en su estilo de vida. Ahora su madre le relata sus problemas hepáticos irreparables que le restan cuentas al ábaco de su vida.

— Mal, muy mal. Entre tú y tu padre lograron matarme en vida. Porque estoy casi muerta, y además sola y mi alma.

En algún momento, la enfermera dejó un vaso desechable con café deslavado y casi frío para Helen, y un plato de cartón con un flan para doña Carolina. Tal vez una vajilla de cerámica y un café hirviendo suponen un peligro para un lugar lleno de gente senil y un poco demente. A lo mejor la enfermera temía que Helen matara a su madre tirándole el líquido caliente a la cara o estrellándole la taza. Sola y mi alma. Sola y mi alma. Helen mira a doña Carolina, con su cabello blanco y ralo que apenas cubre el color amarillento de su cráneo, y experimenta un odio que le constriñe los intestinos. Vienen a su mente las imágenes del bebé, con las piernitas y los brazos gordezuelos, la sonrisa desdentada y el rostro de calabacita, gorjeando con risas. El olor a talco y leche un poco rancia. Y luego el cuerpo metido en una especie de ropón, en un ataúd blanco y minúsculo. Cuando murió, Helen vio a su padre llorar por primera vez en su vida. Desde lejos, daba la impresión de sufrir un ataque de risa. Pero eran los sollozos y los años de fumar lo que lo convulsionaban así.

— Hecho con edulcorante — dice doña Carolina antes de succionar un trozo de flan y Helen se estremece con el ruido. Deja su vaso en la mesita y siente náuseas. El postre de su madre flota sobre un líquido amarillento. Su madre diabética, supuestamente loca en el momento en que cometió ese

homicidio imprudencial, ahora disfruta un postre como si se lo mereciera. Helen sabe que la naturaleza de su madre es provocarla de esa manera para empezar un pleito. Se muerde la lengua, pero es tan difícil resistir. ¿No es doña Carolina, después de todo, la reina del *Sturm und Drang* y Helen su digna hija? Hace contacto visual con ella y jura que puede ver una chispa retardadora en sus ojos. Helen no puede aguantarle la mirada por más de un par de segundos, así que saca un cigarrillo y lo observa intensamente por un rato. No va a encenderlo, pero necesita pensar que pronto estará libre para fumar. Para irse de allí. Para hacer de su vida lo que quiera.

Doña Carolina lanza el recipiente del flan contra el piso y da inicio a una de esas escenas que poblaron casi toda la infancia de Helen: levanta la voz, la llama mala hija, la acusa de ser idéntica a su padre y luego brinca al discurso de cómo haberse casado con un chino había sido el peor error de su vida. Se lo habían advertido sus amigas desde que empezó a salir con Han: los chinos solo se aprovechan de ti. Luego te abandonan, cuando ya no te necesitan. La vida de Helen era una serie de repeticiones y variaciones de aquello. Hoy, como siempre, su madre no le concede tampoco derecho de réplica, sino que dice lo mismo en un sinfín de formas, una y otra vez. Está fuera de sí, exaltada, las mejillas de un color casi púrpura. No para hasta que la energía se le agota y solo entonces se deja caer sobre el sillón, desahuciada, un bagazo de caña.

Helen se concentra en un gran reloj redondo que se supone debe pasar el tiempo, pero que al parecer tiene los minutos atorados en los engranes. La enfermera le ordena a una mujer robusta que vaya a limpiar. Antes de irse, le dedica una mirada de reproche a Helen, que todavía tiene el cigarrillo en la mano. Entiende que aquella mujer de blanco tiene una visión distorsionada de ella, que doña Carolina ha pasado horas enteras exagerando las faltas de la hija y omitiendo los detalles de su propia historia que no le sean favorables.

Su madre sigue sollozando como suelen llorar las madres cuando pierden a un hijo. A las que les importa la pérdida, por supuesto.

—Mamá, cálmate, por favor.

Varios internos y miembros del personal se han detenido a observar la escena. Doña Carolina guarda silencio, se limpia las lágrimas y los restos del maquillaje, y mira al techo. Si no fuera su propia vida, Helen se reiría ante lo predecible de sus interacciones. Ahora le corresponde hacer su parte, que no es difícil en realidad: solo se requiere que permanezca allí para poder ser ignorada propiamente. Por alguna razón, hoy Helen no puede pasar por alto aquel silencio obstinado. De niña, cuando cometía alguna falta y comenzaba a justificarse, doña Carolina la interrumpía, pero no decía nada a su vez. Quizá disfrutaba el privilegio de controlar las palabras. Luego se quedaba sentada, sin moverse, mirando a ningún sitio en particular, con la expresión de estar esperando en una larga fila. Helen podía llorar, implorar, gritar, jalarse los cabellos y aventar sus juguetes; mamá solo tenía silencio para ella.

Helen siente las lágrimas empujando tras sus ojos y se odia a sí misma por ello. ¿Cómo puede tener el poder de hacerla llorar todavía, ahora que ya es una mujer adulta e independiente? ¿Por qué es ella la que se siente culpable? Si su madre no hubiera matado a su propio hijo, al menos la responsabilidad de visitarla se podría dividir entre los dos hermanos. Es algo egoísta, sí. A lo mejor tiene razón cuando dice que Helen siempre fue una gran egoísta. Doña Carolina sigue callada con los brazos cruzados, los labios temblando. La enfermera se acerca a Helen.

—Háblele, no sabe lo mucho que sufre la pobrecita.

Helen se acuerda del libro en su bolsa. Lo saca y comienza a leer en cualquier página. Si doña Carolina va a ignorarla, al menos Helen no se aburrirá. Ella va a cumplir su cuota de minutos de

visita y listo. Lo intentó, una vez más y falló. Punto. Qué más podía hacer. Su madre tendrá el tema de conversación de la hija desagradecida durante meses, al menos hasta que Helen vuelva a visitarla.

Doña Carolina traga saliva ruidosamente. Su hija pasa las hojas del libro y sin levantar la vista dice:

— Es sobre una mujer que se alegra cuando su mamá se muere. ¿Te imaginas?

Doña Carolina no va a dignificar eso con sus palabras. Ha practicado el arte del silencio durante años.

— Tal vez el otro hijo de Han hubiera resultado menos ingrato que yo.

Su madre jamás va a compartir con ella lo que pasó esa noche con su hermano menor. A Helen no le extrañaría que incluso no lo recordara. O que negara rotundamente lo que había sucedido. Era tan fácil. En todo caso, se morirá con ella la verdadera razón que la llevó a sumergir a su hijo en la tina.

Helen enciende el cigarrillo. Lo hace muy despacio, marcando cada uno de los movimientos. Inhala con toda la concentración de la que es capaz. Si pudiera haría unos aros con el humo, como la oruga de *Alicia en el país de las maravillas*. Luego de unas cuantas bocanadas, su madre se queja por el olor y llama a la enfermera, que viene corriendo por el pasillo, sus piernas gruesas moviéndose sobre los pequeños zapatitos de goma. Con un tono disgustado, le pide a Helen que abandone el sanatorio, porque es evidente que no sabe respetar las reglas ni la endeble salud de su propia madre. Al fin ha caído el telón. Helen deja el libro sobre el sofá y sale de allí, el cigarrillo colgando del labio inferior.

Ya pasó todo y de alguna forma, ha sobrevivido. Se siente como siempre que ve a doña Carolina, con sus peores expectativas cumplidas. Un día de estos, cualquier día, pronto, espera, todo habrá acabado. Helen sonrío: el cigarrillo se desprende de su boca seca y cae sobre el piso. Hará el viaje de regreso, en silencio, para retomar su vida exactamente donde la dejó.

Entre los cojines de un sillón

Katharina sostenía la opinión de que una caricia implica consentimiento, mientras que una impertinencia es siempre un acto unilateral... La distinción entre uno y otro concepto la consideraba en extremo importante y hasta decisiva, pues uno de los motivos que la indujeron a separarse de su marido estaba relacionado con la circunstancia de que él nunca se había mostrado cariñoso, y siempre, en cambio, impertinente.

Heinrich Böll,
El honor perdido de Katharina Blum

En ocasiones, me he sentado en una iglesia, no por motivos religiosos, sino porque allí hay tranquilidad, pero, en los últimos tiempos, también en las iglesias se meten con una, y no solamente los seglares.

Heinrich Böll,
El honor perdido de Katharina Blum

Otro turno. Ocho horas de fregar pasillos interminables y escuchar a la locura gritar a través de las puertas. No debería quejarse: es preferible ser afanadora en un asilo que la mujer de un sacerdote. El templo era más pequeño, pero más difícil de limpiar. Los fieles que iban cada día a escuchar los sermones del padre Mario dejaban todo tipo de porquerías entre las bancas y los pasillos. Ni qué decir del atrio, por supuesto. Ella terminaba exhausta, pero él no le permitía descansar. Aquello era mucho peor. Aquí, al menos sus jornadas terminan a una hora determinada. Es solo que a veces lo olvida.

Doña Cande pasa el trapeador por el piso y siente un dolor que le tensa la espalda. Se yergue y coloca sus manos en la cintura: la tensión disminuye un poco. El sanatorio está casi en silencio: solo se escuchan las suelas de sus propios zapatos y algunos gemidos sofocados. Un ave nocturna afuera en el jardín. Un concierto de cigarras. En la noche las pastillas para dormir se reparten con generosidad entre las bocas de los internos. «Así descansamos todos», dice la administradora. «Y así tú puedes hacer tu trabajo en paz, Candy».

No le gusta que la llamen Candy. Se siente ridícula: una mujer de cuarenta y un años con nombre de niña. Pero parece que a las gringas eso no les molesta, porque pueden tener más de medio siglo y seguir siendo Wendy, Sally o Minny. Ciertamente, ella no va a decirle nada a su jefa, que le da la oportunidad de trabajar sin tener sus papeles. Cada vez que piensa en quejarse por una u otra cosa, se obliga a no olvidar eso. Que no tiene papeles y que sin ellos su única opción es regresar a México, de donde salió, en primer lugar, por no tener otras opciones.

El dolor vuelve a prenderse de su espalda cuando se agacha para exprimir el trapeador. A ratos es insoportable. Si viviera en su pueblo podría ir al mercado y comprar algún chiquiador o té de yerbas para curarse. Pero acá las medicinas son muy caras. A lo mejor alguna de las enfermeras del siguiente turno podría conseguirle una pastilla. Termina de limpiar el piso tratando de agacharse lo menos posible. Quita los cojines de los sillones en la sala de visitas y comienza a sacudirlos. Siempre salen

migajas, pañuelos usados y envolturas de los chocolates que los parientes les llevan furtivamente a sus internos. A doña Cande le gustan los colores de esas envolturas brillantes y con frecuencia las guarda en su delantal. «Tienes alma de cuervo», le decía el padre Mario cuando encontraba sus cajones llenos de papelitos o de corcholatas. Pero hoy, además de la basura entre los pliegues del sofá, hay algo más. Al principio ella no lo ve, pero el libro produce un golpe modesto al caer. Aún así, una de las enfermeras que patrulla el pasillo con una charola vacía, dice: «*Shhh*» y hace aspavientos para que guarde silencio.

Doña Cande guarda el libro en su delantal y sigue con la faena. Su hija, allá en México, trabaja en una biblioteca y siempre que tiene tiempo libre, lee. Al menos eso es lo que su madrina le ha contado en las cartas. Raquel está muy contenta en su trabajo, escribe la madrina con su letra indecisa. Dice que a su hija le gusta estar cerca de los libros. A doña Cande le gustaría verla y encontrar parte de sí misma en su pelo, en la forma de tomar una taza, o de levantar una ceja, en cualquier cosa. A lo mejor, si se reconociera en ella, podría sentirla suya, fruto de su vientre, como dice el avemaría. Pero no está segura de poder regresar a Estados Unidos si cruza la frontera. Ya tuvo suerte una vez, ¿para qué tentar al destino? Y su hija, bueno, su hija tiene una vida hecha. ¿Qué tal si no tiene ganas de ver a su madre? No olvida que no es ella la que escribe las cartas, sino la madrina.

Doña Cande termina su turno en el sanatorio cerca de las seis de la mañana y toma un autobús urbano que la acerca a su casa. De allí tiene que caminar siete manzanas, demasiadas para sus pies hinchados tras una jornada de cuarenta y ocho horas a la semana. Desearía poder cerrar los ojos y aparecer por arte de magia frente a su puerta. Hay días que prescinde del autobús y camina todo el trayecto, una hora y media, para poder ahorrar más dinero y mandárselo a Raquel. Tal vez un día junte lo suficiente para que su hija venga a visitarla. Ella tiene un trabajo y no debería tener problemas para que le den la visa. «Cosa de querer, nada más, piensa».

Una mujer de cabello rubio amarrado en una coleta la rebasa trotando, ágil sobre sus piernas largas. A doña Cande le recuerda un caballo de carreras, con músculos lustrosos moviéndose debajo de la piel bronceada. Piensa en su propio cuerpo, en su carne que se afloja con los años, el vientre marcado de estrías, sus lonjas, y su cara morena con marcas de acné. Tal vez con un cuerpo como el de esa *barbie* corredora habría conseguido un marido trabajador que ahora estaría a punto de jubilarse; vivirían tranquilamente en México, sin preocuparse por lo económico, en una casa llena de macetas recién regadas y nietos gritando por los pasillos. Doña Cande no habría terminado siendo la mujer y la sirvienta de un sacerdote que pregonaba humildad, pureza y caridad en cada misa. «Nadie te va a querer así de fea como estás», escuchaba la voz húmeda del padre Mario en su oreja, «así que no te quejes. No eres María Candelaria». Ella cerraba los ojos y pensaba en Dolores del Río. No, ella no tendría jamás a su Lorenzo Rafael.

Por fin llega a la pequeña casa que comparte con dos mujeres ilegales. La madera está en mala condición y la pintura ya se ha desprendido en su mayor parte, pero la renta es la más baja que encontraron. En el pequeño jardín amarillo y seco solo sobreviven un par de cactus y no por descuido, sino por minimizar lo más posible el costo de los servicios. La puerta cruje al abrirse. Adentro persiste un olor a humedad, encierro y cigarro. Marita, la que trabaja en la fábrica de verduras y sopas enlatadas, pasa su tiempo libre fumando junto a la ventana, como si un día tras el cristal fuera a aparecer su pueblo que tanto echa de menos. Doña Cande, en cambio, extraña a una persona que en realidad no conoce. Las colillas y las cenizas es lo único que ve de Marita, porque ella

y Julia, una lavaplatos en el Denny's, laboran el primer turno y siempre que doña Cande llega a casa, ellas ya han salido para sus trabajos. Solamente los domingos, el único día libre para todas, coinciden en la casa, pero Cande duerme mientras Julia y Marita platican en la cocina, mojando piezas de pan tostado con mermelada en sus cafés instantáneos.

Doña Cande está tan cansada que en parte agradece la soledad y el silencio de la casa. Vacía el cenicero de Marita en la basura y se quita los zapatos. Luego se desabrocha el brasier y se prepara un café y un sándwich de jamón y queso. Enciende la televisión y escucha un noticiario en inglés mientras desayuna. Aunque no puede entender más que una que otra palabra aislada, la voz suave y modulada de las mujeres que dan las noticias la arrulla y le da una sensación de seguridad. Doña Cande termina y deja los trastes en el fregadero: ya los lavará más tarde. Piensa en bañarse, pero los ojos se le cierran. Va a la única recámara, donde hay dos camas individuales de colchones hundidos. Julia y Cande comparten la misma: quién sabe qué harán si a Cande le cambian el turno, pero mientras tanto, el arreglo funciona. Se duerme unos minutos después de haberse recostado. Ni siquiera le da tiempo de pensar en su hija, como casi siempre que se va a la cama.

Doña Cande se despierta cerca de las dos de la tarde. No tiene despertador, pero no lo necesita: su cuerpo siempre ha sido más sensible al entorno que su propia mente. Una pisada en el suelo, el sonido de la respiración ajena, el graznar de un tordo en el jardín, es suficiente para despertarla. No tuvo ningún sueño. Vivir con el padre Mario le enseñó a no desperdiciar los momentos blancos en que no sucede nada. Cuando la penetraba, Cande fingía dormir, hasta que el dolor la hacía gritar y él le cubría la boca. «Duele, duele», brotaban las palabras de Cande por entre sus dedos. «*Shhh*, mi niña, *shhh*», su aliento directo a la cara, porque le gustaba mirarla mientras empujaba su cuerpo con fuerza. Ella rezaba porque aquella fricción que le cortaba las entrañas, aquel olor fétido de su boca, terminaran pronto. En esos instantes deseaba morir o escaparse. Pero luego pensaba que no tenía un sitio a dónde ir. Al menos con el padre Mario tenía un techo y alimentos, algunas monedas para comprar algo los domingos en la plaza. Otras no tenían ni eso. Debería entonces estar agradecida con el padre Mario, y cuando llegaba a esta conclusión, él bufaba desplomándose sobre el cuerpo de Cande. El padre conversaba sobre el clima o sobre cualquier cosa mientras se ponía el pantalón, pero ella se volvía hacia la pared, cerraba los ojos y pretendía dormir. Una vez sola, arrancaba pedacitos de pintura de la pared y los ponía sobre su lengua: «El cuerpo de Cristo, amén».

Doña Cande se da un baño y abre una de las sopas de lata que le regalan a Marita en la fábrica. Unta varios panes con mayonesa y bebe agua de la llave. Busca en su bolsa el libro que encontró en el sanatorio. Lo pone sobre la mesa, se sienta y lo mira por un largo rato. Tal vez su hija podría practicar su inglés con él. Termina la sopa sin usar la cuchara y se limpia la boca con una servilleta usada. Doña Cande puede leer porque el padre Mario le enseñó. La tomaba por el ano y ella tenía que decir que aquello era lo mejor; si no, volvería a preguntárselo hasta sacarle las palabras que quería oír. Luego, recostado en el catre de Cande, le pedía sus libros y cuadernos. Ella apenas podía caminar; el lado bueno era que después de eyacular, el padre Mario se ponía tierno y con ánimos de darle a Cande una *buena educación, para ampliar sus horizontes*.

Doña Cande sale rumbo a la casa de *miss* Maggie, una americana con una cara perpetuamente enrojecida por el sol, que da clases gratuitas de inglés a mujeres como Cande. Mientras camina esquivando los charcos de la banquetta, no puede dejar de admirar la belleza de los jardines y de las casas de madera. Lo que más le gusta es la pequeña franja de pasto entre la banquetta y la calle. Le parece increíble que en los jardines abiertos, sin rejas y sin niños a la vista, haya triciclos, muñecas,

jugueteros que nadie se roba. Doña Cande imagina una niña de cabello rubio y coletas que juega con su muñeca cuando su madre la llama a comer. Le sirve pastel de carne, verduras, puré de papa, y la niña sentada frente a la mesa mueve sus piernas en el aire mientras come tranquila; sus juguetes, seguros allá afuera. Más tarde, portafolio en mano, papá entra a su casa y toma a la niña en brazos, para luego besar a la esposa. Un padre con trabajo, con sueldo, con la seguridad de los alimentos de mañana y de todos los días. Un cuento de hadas.

«No todo fue tan malo», dijo el padre Mario cuando la vio con su maletita raspada, lista para irse. Al menos tenía la habilidad de leer, no era una analfabeta ni una golfa como otras huérfanas, ¿no? ¿Y qué había del acercamiento a Dios? Quiso decirle al padre Mario que se iría muy lejos, de Dios y de él, que su madrina había conseguido la forma de pasarla al otro lado, donde una conocida le daría trabajo. Las palabras se le amotinaban en la boca. En una erupción le escupiría que era el peor ser humano del mundo, pero tenía miedo de que fuera a seguirla para vengarse, así que no reveló sus planes ni sus sentimientos. Solo le dijo: «Me están esperando». El padre Mario bajó la mirada y se persignó. Tal vez pensó que Cande le había platicado todo a alguien y por eso no hizo nada por detenerla. Ella esperaba una amenaza, un jaloneo, algo, cualquier cosa, pero no hubo nada. Cande lo dejó allí, con la bastilla de la sotana un poco descosida, y comenzó a caminar. Las suelas de sus zapatos eran tan delgadas que podía sentir cada piedra del camino. Pensó que pasaría una vida entera antes de que volviera a ese pueblo.

Miss Maggie siempre la saluda con una sonrisa amarilla y un mi-casa-es-su-casa. Se quita el delantal y pone un plato con galletas de mantequilla en el centro de la mesa que usan para trabajar. Hay hojas de papel, bolígrafos y un pizarrón verde, con sus gises. Falta la señora Duong, una mujer de sesenta y tantos años que tiene un restaurante de comida vietnamita en el vecindario. Tampoco está Fátima, la jovencita iraní que rara vez habla.

— No vendrá más — dice *miss* Maggie en su español con un pesado acento norteamericano. Le cuenta que el esposo la golpeó hasta dejarla en el hospital. Mientras esperan a la señora Duong, le ofrece un café. Doña Cande acepta y rodea la taza con las dos manos. Aspira el aroma y siente cómo la piel se le entibia con el calor del líquido. Una sensación de estar a salvo.

Un día, al servirle el desayuno al padre Mario y a Leobardo, el sacristán, Cande tuvo que salir corriendo hasta el baño para vomitar. Faltaban tres meses para que cumpliera los quince años. Como todas, tenía la ilusión de una fiesta. Esperaba que al menos el padre Mario le organizara algo pequeño con el dinero de las limosnas, solo por no dejar pasar el día. Él le prometió que tendría una misa especial, quizás algo más si se portaba bien. Y ella lo hizo, se portó bien todas las veces que el padre Mario quiso. Cande se sintió morir cuando escuchó al padre a través de la puerta del baño decirle: «Espero que no lo hayas arruinado todo, empezando por tu fiesta». Al salir vio que estaba furioso. Las venas en forma de tridente se le pintaron en las sienas y el párpado del ojo izquierdo le palpitaba. Cande lloró. No entendía por qué este malestar podría cancelar su fiesta. O al menos la ilusión de su fiesta de quince años. Un vestido nuevo, un pastel. ¿Qué cosa había hecho mal? Apretó los ojos y esperó. Pero no hubo golpes. El sacerdote se deshizo del sacristán pidiéndole un mandado. Luego comenzó a caminar de un extremo del cuarto al otro, las manos crispadas a cada lado del cuerpo, hablando consigo mismo. Cande lo miraba desde el piso del baño, donde se había dejado caer porque sentía que las ganas de vomitar no se irían jamás.

El padre era un hombre de acciones. Al día siguiente, muy temprano, la llevó a un consultorio médico. La mujer que hacía de secretaria y enfermera a la vez les informó que el doctor Jiménez estaba en un curso en la capital y no regresaría en las siguientes semanas. El padre Mario no sabía qué hacer. No podían esperar tanto, le reclamó a Cande. Tuvieron que regresar. Recuerda que ella

tenía unas ganas muy fuertes de dormir. Últimamente sufría de un sueño increíble, como si no durmiera jamás, a pesar de que el padre Mario, como por milagro, había dejado de buscarla por las noches. A cambio, estaba de un pésimo humor todo el tiempo. Incluso en los sermones levantaba la voz y golpeaba el púlpito con el puño. Sus temas preferidos eran ahora la desvergüenza y la traición. Cande notó que sus náuseas habían desaparecido casi por completo, pero sentía que los pechos iban a reventarle. Poco después fue a ver a su madrina. «Tienes que salirte de allí», le dijo. «Dios, si eres una niña todavía».

En inglés, *miss* Maggie le hace preguntas sencillas sobre el clima, el color o el tamaño de las cosas, para repasar los temas ya cubiertos. «Es una maravilla comprobar cómo ha avanzado», dice. Doña Cande no entiende cómo *miss* Maggie puede ser tan amable con ella, sin cobrarle nada a cambio de las clases o de las cosas de comer que les ofrece a sus alumnos. Siempre que va a su clase de inglés a doña Cande le dan ganas de llorar. Saber que existen personas buenas en esta tierra, como su madrina, como la señorita Maggie, la conmueven.

La clase termina a las cinco de la tarde, y la maestra les ofrece una cacerola de verduras y carne.

— Soy una mujer sola, con una pensión aceptable y gustos austeros. Puedo darme el lujo de invitar a mis amigas a cenar — les dice como siempre al servir los platos. Doña Cande saca el libro que se encontró.

— Quisiera mandárselo a mi hija Raquel.

— Ah, este es un buen libro — dice Maggie tomándolo entre sus manos de venas azules. Lo abre y lee la primera página. Se queda seria por un momento.

— ¿Cómo te sientes en este momento?

Doña Cande piensa en que pronto comenzará su turno en el sanatorio mental. La esperan ocho horas de barrer, trapear, limpiar baños y todo tipo de desechos de los enfermos. Luego el regreso a la pequeña casa, a encontrarse con la ausencia de sus compañeras. La imposibilidad de regresar a México, la falta de una vida real en Estados Unidos. Porque luego de tantos años, Cande se sigue sintiendo como si estuviera de paso, solo para escapar del padre Mario. Piensa en esa hija que llevó por nueve meses dentro, escondida en la casa de la madrina. El parto, el miedo, el dolor, la desolación. Tener a la niña en los brazos, sentir en el alma el hormigueo materno, mezclado con el terror de tener quince años y ninguna familia. Su madrina se llevó aquel pequeño bulto tibio. El dolor del parto no había sido nada, nada comparado con eso. «Cande, la van a adoptar, ella va a estar mejor. Yo te voy a mantener al tanto, trabajo para los señores. Gente buena, de veras». Cande durmió por unas diez horas después de que se llevaron a su bebé. Cuando se despertó se sentía aliviada, pero a la vez ruin, culpable e infinitamente triste.

— Este libro ha pertenecido a otras mujeres — dice sirviéndole más café—. Las dos escribieron cómo se sentían. Creo que deberías de hacer lo mismo, Cande.

Ella obedece tomando la pluma con desconfianza. Permanece inmóvil por un tiempo, a punto de escribir, hasta que traza las letras de su nombre. Cuando termina, cierra el libro y lo desliza sobre la mesa para que su maestra pueda leer.

Candelaria Piña, abandonada por el mundo.

Según el reloj de cucú arriba del librero, es hora de irse. *Miss* Maggie le dice a Cande que mandará el libro a México a la dirección de la madrina, como ha hecho otras veces con las cartas de Cande. Ella le agradece la clase, la comida y el servicio de paquetería; pasa al baño y sale de nuevo a la calle. El sol se está poniendo. Mientras va por la banqueta, una oleada de pájaros regresando a sus nidos

oscurece el cielo. Cande también quisiera regresar a casa; no al departamento de madera que comparte con Julia y Marita; no al cuarto oscuro en la casa de su madrina, donde se escondió durante su embarazo; no al catre dentro de la bodega sobre el que la aplastaba el padre Mario cada noche. No. A casa.

Doña Cande respira el aire fresco y endereza la espalda. Un hombre que pasea con un perro cruza la calle para no toparse con ella en la banqueta. Ella sigue caminando con la vista en el piso hasta que llega a la entrada del sanatorio. Volver a casa. El breve tiempo en el que recuerda haber vivido con su mamá, una mujer siempre trabajando, de mal humor, exhausta, pero al final madre. Cande temía sus golpes, sus regaños, pero recuerda la tibieza de la protección y del cariño. Porque cuando su mamá no se sentía cansada estaba de buenas y eso significaba abrazos, un paseo por la plaza, un algodón de azúcar. Luego vino la enfermedad, el abandono, el hambre, esto.

Una enfermera afroamericana que termina su turno se cambia en los vestidores cuando doña Cande entra para ponerse el uniforme de mujer del aseo. El cuarto huele a cloro y a sudor.

— *Going home* — canturrea la otra mujer y sonríe no para Cande, sino para ella misma, antes de salir meneando las enormes caderas. Doña Cande llena una cubeta con agua y líquido limpiador de pisos. Se mira al espejo y trata de acomodarse el cabello. Ya será su turno algún día.

De manos de una bibliotecaria amarga

¿Por qué, de repente, le parece a uno tan desagradable su propio despacho, casi desordenado y sucio, a pesar de que no se ve ni una mota de polvo y todas las cosas están en su sitio?

Heinrich Böll,
El honor perdido de Katharina Blum

Es posible que la causa de mi conducta fuera el miedo; iconozco a tantas mujeres solteras que se emborrachan cada noche solas ante el televisor!

Heinrich Böll,
El honor perdido de Katharina Blum

Ingrid Henkel saluda a la bibliotecaria y busca su lugar preferido: un escritorio hasta el fondo, rodeado de libreros, lejos de las ventanas. La fecha límite de su tesis ya no se ve tan lejos. Si estuviera allí su madre, le recordaría que ella, a su edad, ya estaba por concluir su primer doctorado. Ingrid, en cambio, batalla con una simple tesis de maestría. Poca cosa. Aprieta los dientes y comienza a sacar con demasiada fuerza los libros de su *rucksack*. La bibliotecaria hace *shhh* desde el mostrador. Ingrid la ve haciendo sus rondas por los pasillos. Es la antítesis de la bibliotecaria arquetípica: no lleva lentes ni faldas largas. Es joven, redonda, un poco baja y lleva una playera negra demasiado entallada: un pingüino con acceso ilimitado al catálogo. Se detiene frente a la mesa de Ingrid, que se vuelve a su cuaderno de inmediato.

— Señorita Henkel, me llegó esto. Tal vez le pueda servir — le dice acercando un libro hacia ella.

«No se apega a la bibliotecaria del imaginario colectivo, pero es buena en su trabajo», piensa Ingrid. Conoce a todos los usuarios registrados en la biblioteca por sus apellidos y es capaz de recordar el tipo de libros que sacan con más frecuencia. Evidentemente sabe que ella trabaja en su tesis sobre escritores alemanes del siglo XX. Ingrid mira el libro sobre su escritorio.

— Es una buena edición — dice. Tiene los ojos de un café muy claro y las facciones rústicas, como una artesanía hecha con premura. A Ingrid se le ocurre en ese momento que no sabe el nombre de esa mujer. No lleva gafete—. No es el título que buscaba usted, pero sí es el autor.

— Gracias. A lo mejor me sirve.

Ingrid toma el libro. La semana pasada había buscado sin suerte *Opiniones de un payaso* de Böll. Siente que lo propio en ese momento sería preguntarle su nombre a la bibliotecaria, pero no se atreve.

— Puede quedárselo, no es de la biblioteca.

— ¿De verdad? Qué amable.

— Sí. Me lo regalaron, pero no lo quiero. Me haría un favor si se lo lleva.

La mujer se vuelve y se aleja con paso rápido para refugiarse detrás del mostrador y de una pila de libros por catalogar. Ingrid saca un libro, busca una página con un mapa de Alemania y, como siempre, busca el pueblo de su papá, Andreas Henkel. Lo señala con el dedo y presiona el papel por

unos segundos. Sus orígenes están allí. Piensa en él, en el sándwich con Nutella que le preparaba como *lunch* antes de llevarlas, a ella y a su hermana, al colegio de monjas. Él hubiera querido que asistieran al colegio alemán, les decía, pero ya sabían lo que pensaba su madre al respecto. Ingrid lo sabía, claro. Su madre era de las mujeres que hacían las cosas a su modo, y su padre era de los hombres que optaban por la paz conyugal. Por eso cedió en lo del colegio alemán. Por eso permitió que sus hijas fueran adoctrinadas en el catolicismo y no en su propio laicismo. Por eso México en lugar de Alemania.

Ingrid suspira. Cambia de lugar los libros de su escritorio, abre unos, busca algo sobre la vida de un autor y toma algunas notas con su letra manuscrita, perfecta. *Gracias, monjas*. Escribe con la pluma fuente que Andreas Henkel usó hasta el día que murió. La encontró en el cajón de su escritorio junto con una dotación de pequeños cartuchos de tinta de varios colores.

Ingrid roe sus uñas y mira los estantes. Acomoda los libros en una pila perfecta sobre su escritorio. La biblioteca está casi vacía; la mayor parte de los estudiantes vienen por las tardes. Afuera de la bibliotecaria y de Ingrid, solo hay una mujer con gafas de topo que todos los días se inclina frente a sus cuadernillos de crucigramas, con un diccionario al lado; además de Ezequiel, el anciano que se encarga de mantener sin polvo los volúmenes. Se mueve despacio con el plumero, mientras murmura palabras que solo él entiende. Ella nunca ha sabido si habla español o algún otro idioma. Se pone de pie y le pide de favor a la bibliotecaria que cuide sus cosas mientras ella sale un momento.

La luz del día la toma por sorpresa. Compra café y un bisquet en un puesto de la esquina. No ha avanzado nada en su trabajo. A ese paso, la fecha límite de la tesis llegará antes de que complete la mitad. Si fumara, este sería el momento de encender un cigarrillo, porque terminar esa tesis es una de las razones por las que no duerme bien en la noche. Eso y el enorme cuerpo de Markus que no encuentra su posición en la cama. Su madre diría que esa falta de disciplina es la prueba del fracaso seguro del resto de su vida. «Qué vergüenza, Ingrid Patricia, qué vergüenza». Esa frase la usaba lo mismo para cuando Ingrid tenía un pedazo de comida en un diente que para criticar que ahora vive con un hombre sin estar casada. Qué vergüenza. Ingrid, por la abuela paterna. Patricia, por la materna. Vergüenza, por existir y no estar a la altura de sus expectativas.

Ingrid se muerde los labios, pero las lágrimas corren de todas formas. La omnipresencia de su madre le provoca un dolor de cabeza justo detrás de los ojos. Se mete lo que le queda del bisquet en la boca y lo apura con el café. Tira el vaso en un bote y se dirige con aparente decisión a un teléfono público. Marca y unos segundos después escucha la voz adormilada de Markus al otro lado de la línea.

— *Hallo?*

Pone el auricular en su lugar. En realidad, no tiene nada que decirle, pero necesita saber que está allí, que sigue en su vida. Le es vital tener a alguien con quien hablar alemán. Dejó de hablarlo cuando murió su padre; ni siquiera su hermana quiere hablarle en alemán. «Ingrid, estamos en México, por amor de Dios». Es increíble la forma en que su hermana ha hecho suyas las frases de Dolores, su madre. A pesar de sus esfuerzos, Ingrid misma no puede evitarlo a veces. Sabe que no puede hacer ningún plan a futuro, por simple que sea, sin sentirse culpable de no decir Si-Dios-quiere o Dios-mediante.

Vuelve a marcar el número de su casa. El timbre suena sin respuesta. Ingrid cuelga. Todas las arterias que llegan a su corazón se constriñen cuando imagina a Markus en la cama con una valquiria, alguien con quien Ingrid jamás podría competir: no tenía ni siquiera los ojos azules de papá. Hasta eso le había arrebatado ella. Siempre, en el primer día de clases, al pasar lista, la monja

maestra parecía decepcionada cuando la que contestaba presente al nombre de Ingrid Henkel era una niña bajita, de tez apiñonada y cabello negro. Le aterra que Markus busque una mujer alta y rubia. Podría llamarlo y colgar una vez más, o comprarse otro café, pero no puede quedarse parada allí frente al teléfono público. Siente los músculos tensos y las mejillas calientes.

Ingrid camina unos cuantos metros hasta la esquina del otro lado como buscando a alguien y luego regresa al teléfono. Utiliza su última moneda para marcar. Se da cuenta de que le duele mucho la cabeza y, cuando está a punto de colgar, escucha la voz agitada de su novio.

— *Hallo?, hallo?*

«Qué vergüenza, Ingrid Patricia».

— ¿Dónde estabas?

Ingrid habla en alemán y, para su pesar, el tono es de reproche.

— Me estaba bañando, ¿eras tú hace un momento?

Lo imagina con la toalla en la cintura, escurriendo agua sobre la alfombra. Las huellas enormes de sus pies. Ingrid, con I de injusta, insegura, imperdonable.

— No — dice. Es solo que no encuentra uno de sus libros. ¿No podría él por favor revisar si lo olvidó sobre la mesa de la cocina?

Ingrid escucha cómo baja la escalera y después de una breve pausa está de vuelta:

— Negativo.

— ¿Y en el buró junto a la cama?

Escucha los pasos de Markus otra vez.

— *Nichts.*

En un momento, él saldrá para su trabajo y en la noche estará de vuelta para tener relaciones con Ingrid, pausada, mecánicamente. A ella le gustaría que se dieran un baño antes, que cenaran juntos. Que hubiera una charla en la que se preguntaran mutuamente cómo les había ido durante el día. Pero en cuanto eyacula, Markus tiene la costumbre de caer en un sueño profundo del que no se recupera hasta el día siguiente. *Morgen, Morgen.*

Ingrid regresa a la biblioteca. Sus cosas siguen intactas sobre su escritorio. Se sienta con la intención de trabajar, pero la mañana se le ha escapado ya. No hizo nada. Se pone a leer, pero pasa de un párrafo al otro sin poder recordar lo que leyó en el anterior. Relee y olvida. ¿Cómo podrá ser alguna vez como Ella? Su madre era capaz de pasar cinco o seis horas sentada en la mesa del comedor, trabajando en sus investigaciones, levantándose un par de veces para ir al baño o beber agua, nada más. Ingrid y su hermana tenían permitido jugar cerca, siempre y cuando no hicieran ruido. De lunes a viernes, su madre daba clases en una universidad a cuatro horas de allí, así que tenía un departamento y visitaba su casa los fines de semana.

Papá y Nana, una mujer de edad indefinida que, para efectos prácticos, fue la madre de Ingrid, eran quienes estaban a cargo de ella y de su hermana. ¿Por qué entonces se empeñaban tanto en estar cerca de su madre biológica, que no les prestaba mayor atención que a las plantas del jardín? Jugaban a sus pies, con aquellas muñecas rubias y vestidas con trajes típicos alemanes, hablando solo con los labios, para no molestar a la doctora en ciernes. Ingrid y su hermana se transformaban en personajes de películas mudas hasta que Nana venía y las tomaba de las manos para darles un baño, ofrecerles de merendar y meterlas a la cama. El beso tibio de Nana sobre la frente de Ingrid. «Que sueñen con los angelitos, mis niñas». «¿Y mi mamá?». «Va a seguir trabajando, luego viene a darles el beso de las buenas noches». Nunca llegaba. Ingrid lo sabía porque una vez permaneció despierta hasta el día siguiente.

Ingrid mira los libros y cuadernos frente a ella. Se le ocurre que lo de la maestría es una gran

equivocación. Muy en el fondo, teme, no le interesa nada de esto. Alguna vez, como a los doce años, mientras su padre secaba platos y su madre leía, Ingrid dijo que le gustaría casarse y tener hijos. Ella levantó una ceja sin decir nada. Papá dejó el trapo y miró a Ingrid: «Solo asegúrate de tener tiempo para ellos». Ella giró la cabeza hacia donde estaba su madre, que no dijo nada, pero cambiaba con brusquedad las hojas del libro, como si desplumara un ave. Tenía los labios muy apretados.

Ingrid piensa en Markus. Lo recuerda durmiendo hasta medio día, los fines de semana. Todas las horas frente al televisor, con sus partidos de *soccer*. Su manera tan natural de permitir que ella le sirva la comida o lave y planche su ropa. «Me encantan las mexicanas; no son como las alemanas, que no quieren hacer nada», le decía a Ingrid al principio y a ella, más que otra cosa, le dolía que pensara en ella como mexicana. ¿Dónde quedaba el otro cincuenta por ciento de sus genes? Para él, Ingrid era la estampa de la mujer abnegada de la época de oro del cine mexicano. Pero él no era como papá. No lo puede ver renunciando a las cosas que le gustan por atender a una pequeña criatura en pañales. Por supuesto que lo juzga, algo que hace todo el tiempo, debe admitir. Al menos es de lo que Markus la acusa cuando discuten.

La bibliotecaria está por salir a tomar su descanso para la comida. Ingrid la ha visto repetir la acción a la misma hora durante los cinco meses que lleva trabajando en su tesis. Sin muchos logros, por cierto; escucha la voz materna en su cabeza. La otra mujer camina en su dirección. Va a decirle que estará afuera por una hora, y como no tiene quién la ayude, tiene que cerrar. «¿No podría...?».

Ingrid asiente y comienza a recoger sus cosas. De todas formas ese día no pinta bien para su investigación. ¿Para qué engañarse? Afuera, la ciudad es puro sol: una escasez total de sombras. Tiene hambre. Eso le da un cierto propósito a la siguiente hora de su vida. A pesar del calor, no quiere tomar el autobús. Camina. Antes de llegar a casa, se detiene en una tienda de donas y compra una caja de las favoritas de Markus. Las piernas le duelen. Lleva meses sin correr y es evidente que la poca condición que alguna vez tuvo, ya se esfumó. El peso de la mochila llena de libros en su espalda ancla a la banqueta cada uno de sus pasos. Mala idea esto de caminar. Aunque solo le faltan unas cuadras, toma un taxi y el fracaso termina de envolverla. Cómo quisiera que lloviera. La lluvia le gusta cuando está en casa, con una taza de café en la mano. De niña, Nana le ponía una silla cerca de la ventana y le daba chocolate caliente. Veían las gotas rebotar contra el pavimento y ella decía que cada gota era un pato de cristal. Nana no sabía leer, pero inventaba historias que le contaba a Ingrid, sobre cisnes, princesas y niñas.

Se supone que Markus está en el trabajo, pero Ingrid lo encuentra acostado en el sofá, mirando el televisor y con la mano alrededor del pene. En la pantalla una mujer rubia abre las piernas a un hombre muy pálido, sin músculos y patillas como de los setenta. Markus se sobresalta al principio, pero luego se queda quieto y espera a que ella desaparezca. Ingrid pone las donas sobre la mesa y siente que las lágrimas están a punto de salirsele. Su plan de comer donas y beber café frente a la ventana, imaginando que llovía, se ha venido abajo. Por alguna razón, hoy no se siente capaz de soportarlo. Se encierra en su cuarto, se acuesta con la cabeza enterrada en la almohada y comienza a llorar. Le duele esa masturbación furtiva; es como una traición. Ingrid no es suficiente, tal vez lo ha venido haciendo cada día que ella pasa en la biblioteca.

Ingrid toma del buró el portarretratos con la foto de su padre; de saco y corbata, el cabello muy corto. Quiere descifrar su mirada, pero no puede. Papá no estaba viendo hacia la cámara, si no hacia un lugar indefinido. Tiene los labios apretados, las primeras canas y arrugas finas alrededor de sus ojos. ¿Qué lo había hecho dejar su país y no volver nunca? Ella tiene entendido que sus padres se conocieron en la carrera. No recuerda el nombre de la ciudad. Alguna del lado occidental, supone. Él era muy chico cuando terminó la Segunda Guerra Mundial. Gracias a un tío que lo refugió en su

casa, su padre había podido vivir en el lado libre, pero toda su familia se había quedado atrapada tras el muro. Lo único que Ingrid sabe es que Andreas Henkel creció y entró a la universidad, donde conoció a una mujer mexicana de facciones duras y paso firme. Una pionera de su tiempo, cuando las mujeres en México, si es que acaso estudiaban, era solo para ser secretarias o enfermeras. Su madre era, y es, una mujer con cerebro y agallas, pero sin corazón. Al parecer, su padre decidió que se iría con ella a un país que no conocía, para no volver jamás. Entre la primera vez que puso un pie en México y el día en que dejó de respirar, Andreas Henkel se dedicó a fumar, sin cansancio, una cadena de cigarrillos que culminaron con un grillete canceroso. Para olvidar lo que fue, tuvo que matarse a plazos.

Ingrid lo recuerda en esos últimos días en el hospital y se estremece. Era un esqueleto forrado de piel amarillenta, con tubos que entraban y salían de diversas partes del cuerpo. Su madre estuvo de visita un par de veces por apenas unos diez minutos, con una expresión rígida en su rostro, como si el moribundo fuese un gran inconveniente para su horario de trabajo. Cuando se iba, su padre se relajaba ostensiblemente. Ingrid permaneció a su lado lo más que pudo. Una mañana se despertó sobre el sofá de visitas y sintió la mirada de su padre. Se sentó en la orilla de la cama y acarició la mano de papá, cuidando de no tocar la aguja de la vía intravenosa. Le dijo que necesitaba hacerle una pregunta. Él asintió con los ojos y con una sonrisa apenas insinuada. Ella la hizo: «¿Fuiste feliz?».

Ingrid nunca lo había visto llorar. Ni siquiera en las peores crisis de la enfermedad. Y ahora parecía que las lágrimas que guardó por sesenta y cinco años iban a inundar el cuarto. Se dejó ir y comenzó a temblar con fuerza, sollozando. No podía hablar ya, pero miró a Ingrid y con los labios dijo: «No». Volvió a repetirlo, moviendo la cabeza despacio: «No, no, no». Apretó los ojos y giró la cabeza hacia el otro lado para fingir que dormía. Ella entendió que quería estar solo, así que lo besó en la frente y le dijo que iría a la cafetería por algo de comer. Cuando regresó, las enfermeras le cubrían la cara con una sábana. Ingrid hundió la cabeza en la almohada. Suspiró varias veces, pasando el brazo sobre el pecho huesudo de su padre, que ya no se movía.

Cuando Ingrid sale, Markus sigue recostado sobre el sofá, pero ya no tiene los pantalones abiertos, y apunta a la pantalla con el control, brincando de canal en canal. Suceden tantas cosas en la vida de Ingrid y él no tiene la menor idea. Ella toma el *rucksack* y sale del departamento sin decir nada. Luego toma un taxi y pide que la lleve hasta el cementerio que está desierto: faltan un par de meses para el Día de Muertos.

Ingrid camina entre las tumbas y encuentra una lápida que dice: *Andreas Henkel, 1940-2005*. Se hinca sobre la tierra y acaricia las letras hundidas que marcan el nombre y el lapso de vida de un hombre infeliz. No hay lugar en una lápida para los recuerdos ni los remordimientos; solo un pequeño florero. Pone las flores que cortó de un jardín mientras esperaba el taxi.

Ingrid saca el libro que le regaló la bibliotecaria. En la primera página encuentra los nombres de otras mujeres. Se queda mirando las letras tan distintas unas de otras. Busca entre sus cosas y encuentra la pluma fuente de su padre. A la distancia se escucha el ruido de motores; cerca de ella, el zumbido de algunas abejas en una tumba cercana. Escribe despacio, con su mejor letra, en tinta color púrpura:

Ingrid Henkel Olmos, huérfana de planes.

Inhala el aroma de la tierra mojada. Se pone de pie y abandona el libro sobre la tumba de su padre. No sabe por qué, pero de pronto se encuentra más tranquila, llena de energía, como si fuera capaz de

renunciar a todo para empezar de nuevo.

Sobre la tumba de un desconocido

Entre las 12:15 y las 19:00 ella estuvo deambulando por la ciudad en busca de su arrepentimiento, pero no lo encontró.

Heinrich Böll,
El honor perdido de Katharina Blum

... y todos sabemos lo espectacular que resulta la sangre en cantidad sobre un fondo blanco.

Heinrich Böll,
El honor perdido de Katharina Blum

Anamari sabe que es primero de octubre desde que abre los ojos y escucha el zureo de las palomas en el balcón de su cuarto. Abre su agenda y pasa las hojas hasta encontrar el pequeño calendario que guarda allí. Tiene razón: es primero de octubre. Otra vez. Ya no cuenta los días; prefiere que el tiempo pase por debajo de las puertas y llegue al mar, como una fuga de agua. Le importa saber si es lunes, miércoles o sábado, por las rutinas domésticas, pero nada más. Ahora se deja llevar por todo. Desde la muerte de Óscar, nada en la vida la motiva a moverse.

Anamari se levanta al baño, se sienta para orinar y siente que no tiene fuerzas para ponerse de pie. Lavarse los dientes, darse un baño, cubrirse las arrugas con maquillaje y peinar ese cabello cada vez más ralo le parecen tareas imposibles. Dar la impresión de que sigue viva es más difícil que nunca. Es primero de octubre, después de todo.

Manuel la encuentra así, en la taza; solo quiere decirle que ya se va a la oficina. Al menos él tiene un sitio para volcarse en el trabajo y no recordar. No le dice nada más; ya está acostumbrado a los periodos depresivos de su mujer que se vuelven más prolongados y profundos a medida que se acerca la fecha. La sirvienta se encarga de darle sus medicamentos: drogas muy caras que él paga mes con mes diligentemente, al igual que las sesiones con el psiquiatra, con el peinador, la manicurista y las tarjetas de crédito, sin decir nada sobre las cantidades impresas en los estados de cuenta.

— ¿No me vas a acompañar al cementerio? — pregunta Anamari, como cada año. Manuel cierra la puerta del baño. Prefiere hablar con un pedazo de madera de por medio.

— Tengo una cita con un proveedor.

La mejor manera de no discutir es esa: presionar las plantas de los pies sobre las duelas y alejarse. Ella tiene que reconocer que Manuel es un caballero: en lugar de decirle que para él su hijo murió muchos años antes de que su corazón dejara de latir, le ofrece una excusa práctica y verosímil.

Anamari siente el fluir de la sangre tamborileándole las sienas. Se pone de pie y se mira al espejo. Hace años que no reconoce esa cara de mujer con ojeras y nuevas arrugas. Ningún cirujano ha conseguido arrancarle esa expresión. Sabe que no es ella. Esa, la del espejo, ni siquiera fue madre de nadie. Porque una madre cuida de sus hijos, los ama y los acepta. Lo había intentado por algún tiempo. Esa mujer del cabello teñido y el cuello flojo se aposentó aquí desde la muerte de Óscar, y ella no tiene otra opción que coexistir. Es ella, la otra, la misma que en este momento la obliga a

ponerle pasta de dientes al cepillo y quitarse el sabor amargo de toda la noche. Es ella la que la empuja hasta la regadera y la obliga a asear su cuerpo, aunque Anamari quiera llorar a gritos debajo del chorro del agua. La odia por ser práctica e impositiva, pero en el fondo sabe que de no ser por ella, ya habría perdido lo poco que le queda. Desde que vio *One Flight Over the Cuckoo's Nest* le aterroriza la idea de llegar a un lugar así. Teme no tener el nivel necesario de locura como para no darse cuenta de que está allí. Tener conciencia de las cosas es a veces más terrible que el hecho mismo.

Vuelve a mirar el espejo. La otra mujer ya está peinada, con el maquillaje bien puesto y metida en una falda larga, oscura, con una blusa color jamaica. La pintura de labios hace juego con la tela. Ensayan juntas una sonrisa y consiguen una versión aceptable. Están listas para lo que sea: ya no hay nada importante que perder.

Abajo, en el comedor, encuentra su lugar. Hay un par de margaritas en el diminuto florero del centro. Recuerda que tiene que comprar flores. Rosa la saluda con el buenos-días-señora de siempre. ¿Qué pensará de ella? No quiere imaginarlo; solo frunce los labios hasta lograr la sonrisa de hace un rato, mientras la muchacha le pone en la mano las pastillas y le acerca un vaso con agua tibia.

— ¿Qué le preparo, señora?

Anamari se aferra a los cubiertos y siente uno de sus párpados enroscarse como un molusco: no puede tomar ese tipo de decisiones el primero de octubre.

— Lo mismo que le hiciste al señor, Rosa. Y café, necesito café.

La muchacha da la vuelta con un sí-señora y desaparece en la cocina para materializarse minutos después con una charola. Coloca frente a ella una cucharita de plata, un pequeño recipiente con cuatro cubos de azúcar y la taza de café. Anamari da los primeros sorbos y se quema los labios. Allí cerca está el periódico que Manuel hojea cada mañana, pero a ella no le interesa lo que sucede con el mundo.

Rosa trae un plato con algo que humea. Anamari ve que lo que Manuel desayunó fue omelet con champiñones y queso. Hace tiempo, habría fruncido la nariz y alejado el plato. Pero ya no. Si comer omelet durante el desayuno fue bueno para Manuel también lo será para ella. Inserta la tortilla de huevo en la boca, mastica, traga. El sabor le es indiferente. Posee aún esa ligera chispa que le recuerda que comer es importante para seguir viva y por eso llena el estómago tres veces al día a las horas convenidas.

Después de la muerte de Óscar, Anamari dejó de comer. Se quedaba en la cama con las manos reposando sobre el vientre y la mirada clavada en el techo, rehusando alimento o consejo. Tadeo Süskind, su amigo desde hace años, había ido a visitarla, a instancias de Manuel. La miró con sus ojos pacientes y grises, que parecían saber el verdadero valor de las cosas, antes de sentarse en la orilla de la cama. Luego tomó una de sus manos entre las suyas. Tenía la piel rugosa; los dedos gruesos. La apretó un poco y ella lanzó un pequeño quejido, y por un momento salió del sopor en el que el hambre y el dolor la habían sumido. De Tadeo, sobreviviente del Holocausto, no podía esperar lástima. Había perdido a sus padres, a sus hermanos, a su primera esposa y a sus hijos por hambre, trabajos forzados y cámaras de gas. Ya liberado, tuvo la oportunidad de ir a Estados Unidos, pero prefirió México: llegó sin nada y poco después ya era profesor en la universidad. Aprendió español, se casó, volvió a hacerse la vida. Ella vio cómo Tadeo sacó un arma de su pantalón. La puso sobre la sábana de su cama. «Si vas a matarte, date un tiro. La inanición toma tiempo y, francamente, es una falta de respeto para quienes no tienen qué comer», le dijo en un tono plano.

Anamari miró con terror ese pedazo de metal sobre sus piernas. Negó con la cabeza y empujó el arma hasta que estuvo lejos. Tadeo la recogió y se puso de pie. Se inclinó para besar la frente de

Anamari y señalando el Cristo de la pared, sobre la cabecera, levantó las cejas. «Mi gente te vigila, no te olvides», dijo antes de salir con pasos suaves sobre la alfombra y cerrar la puerta tras de sí. A Tadeo le causaba gracia la cristiandad de Anamari, con sus crucifijos en varias partes de la casa, el nicho con una imagen de la guadalupana y la estampa en la puerta principal de «Este hogar es católico», como ajos para ahuyentar a los testigos de Jehová. Eso y la cita cada domingo en la iglesia, a la que también asistían sus amigas y conocidas para comparar atuendos, familias, peinados y nivel de devoción familiar. «Los católicos me ponen nervioso», bromeaba. «Cada vez que alguno se me queda mirando, siento que está pensando qué tal me vería como lámpara de pie». A ella le parecía increíble que pudiera bromear con aquello y por eso le aterrizó tanto la pistola que le dejó Tadeo Süsskind: por una vez, hablaba en serio.

Esa misma tarde, Anamari volvió a comer. A la mañana siguiente, se bañó y dio una vuelta a la manzana. El resto del día lo pasó sentada frente al televisor, cambiando los canales sin ver. Gracias a su amigo, había retrocedido un par de pasos de la orilla del precipicio.

— ¿Le retiro, señora?

Rosa la trae de vuelta al primero de octubre.

— Todavía no. Haz otra cosa, no te pago para que estés parada sin hacer nada.

Anamari se arrepiente de sus palabras en cuanto termina de pronunciarlas. Unos días antes de su partida, ella y Óscar discutieron. Su hijo le dijo que era una tirana que trataba mal a la gente, empezando por el servicio doméstico. Eso le había dolido mucho, porque Anamari siempre se consideró una persona amable, *gente bien* en el buen sentido de la palabra. ¿No estaba metida en varias organizaciones privadas de ayuda a los pobres? ¿No le regalaba a Rosa toda la ropa pasada de temporada, algunas cosas prácticamente nuevas? ¿Y el bono navideño? Nunca perdonó a Óscar por esa recriminación; no tuvo oportunidad.

— Rosa, discúlpame, es un día muy difícil para mí. Yo te aviso cuando termine — dice, pero la mujer ya se ha retirado.

¿Y le importa a ella haber ofendido los sentimientos de la servidumbre? Saber que a uno aún le importan ciertas cosas es una buena señal. Cuando come lo que parece suficiente, empuja el plato, se limpia la boca con la servilleta y se prepara para ir al cementerio.

Lorenzo, mozo y chofer, la espera leyendo el periódico. Anamari piensa que podría haber sido un taxista de esos que hablan de política con los pasajeros.

— Buenos días, Lorenzo.

Él le contesta con un movimiento como de quien se quita una gorra imaginaria, y abre la puerta para que suba.

— Vamos a comprar flores y luego al panteón, por favor.

Él también la si-señorea y enciende el motor de inmediato. Anamari espera que haga algún comentario para poder decirle que no está de humor para hablar, pero él maneja en silencio, concentrado en el camino. Ella se siente incómoda. Lorenzo lleva años trabajando para ellos. Cuando estaba embarazada de Óscar, era él quien salía a media noche a conseguir helado de chocolate, un pastel de zanahoria, las picadas veracruzanas. Fue el primero al que Anamari llamó cuando vio el cuerpo de su hijo. También fue él quien evitó que cayera al suelo cuando se sintió desfallecer. Ahora ella le pide que la lleve al cementerio y él no tiene nada qué decir.

El coche se detiene frente a uno de los tantos puestos de flores. Una mujer de vientre y pechos caídos bajo la playera casi transparente se acerca a la ventanilla del chofer. Un niño de unos dos años juega en el piso, junto a las flores, descalzo. Tiene la cara llena de mocos secos y tierra.

— Una docena de crisantemos, por favor — pide él. Son las flores que Anamari le ha llevado a su

hijo muerto año con año. Pero hoy grita desde el asiento de atrás:

— Aves del paraíso. Siete aves del paraíso, por favor.

Lorenzo no dice nada, pero ella sabe que él puede adivinar que las siete flores corresponden a cada año que Óscar lleva muerto. Sobre el cambio de flor, seguro piensa que es la consecuencia de los caprichos femeninos de su patrona. No sabe que la flor favorita de Óscar era el ave del paraíso. Desde niño, cada vez que Anamari recibía algún arreglo de flores, él las miraba embelesado preguntando los nombres de cada una. Otros niños se interesaban en los carros, en las máquinas de construcción, en los superhéroes fantásticos. ¿Por qué a ella le había tocado el niño enamorado de las flores, el que hacía dibujos de princesas en su cuaderno y se divertía pintándose con sus cosméticos? Intentó meterlo a clases de fútbol, tenis, karate y él fue infeliz. Sufrió cada momento. Y corrían las murmuraciones familiares. Ella lo sabía porque las sirvientas de su suegra, de sus hermanas y cuñadas tenían todas un precio por el que podían comentar algunas de las cosas que escuchaban en las reuniones de la familia. «No es normal que el niño sea tan limpio». «Los niños de mi época no eran así», decía la suegra. «Y tampoco es normal que se siente con las niñas a platicar en los recreos», decía la cuñada que tenía a sus hijos en el mismo colegio. «Y cómo mueve las manitas al hablar, así muy...». Y luego hacían un gesto que se entendía por común, porque nadie se atrevía a decir las palabras que en realidad revoloteaban en la mente de todas. «Tienes un hijo maricón, Anamari».

Lorenzo pone las flores en el asiento del copiloto. Era abuelo desde hace unos años. Anamari y él tienen casi la misma edad. Si Óscar hubiera sido un hombre normal, ella también sería una abuela. Sus nietos tendrían los ojos verdes de Óscar, que eran los de Anamari también, y la nariz de Manuel, recta y hermosa, no como la suya, que el cirujano tuvo que arreglar. También tendrían las pestañas rizadas de Manuel. Recuerda a su esposo de joven, con el cabello negro engominado, y ese perfil de Marlon Brando. Como si perteneciera a otra época, la envidia de todas sus amigas.

— ¿Otra cosa, señora?

Es Lorenzo con sus canas, sus ojillos de ratón y nariz ancha como un chile poblano; sin embargo, había engendrado hijos normales y ahora es un abuelo feliz.

— No, ya vámonos.

¿Qué habían hecho mal? Su esposo había sido un hombre al que se le podía poner el adjetivo de *apuesto* sin equivocarse. Era masculino sin lugar a dudas. No había sido que Óscar careciera de una figura paterna y viril. Anamari no puede recordar si alguna vez estuvo enamorada de él. No sabría ni siquiera definir qué significaba la frase estar enamorada. Piensa que en algún momento tuvo que estar enamorada de su esposo, pero ahora no está segura. Sí, al principio la volvía loca ese perfil, la forma de bajar los ojos de pestañas rizadas, sus manos grandes y suaves. Sus acciones y opiniones le parecían estupendas, interesantes. El hombre sigue siendo el mismo, pero ahora las cosas que eran virtudes se han vuelto defectos. Antes era ordenado; ahora es obsesivo, casi un loco. Antes era cortés y le daba su espacio; ahora es indiferente. ¿Y eso de qué forma repercutió en su hijo?

Anamari baja el vidrio. Ya están entrando al cementerio. Un viento frío le mueve el cabello. Huele a tierra húmeda, a flores marchitas, que a ella siempre le ha parecido que es el olor de los muertos. Las ruedas del carro van despacio sobre el camino de grava, como un rechinar de dientes. Lorenzo se estaciona; no pueden seguir en el auto.

— ¿Quiere que la acompañe, señora?

En realidad, a Anamari le da lo mismo, pero no tiene ganas de darle la razón a nadie el día de hoy. Es primero de octubre. Lorenzo le abre la puerta y aguarda a que ella salga del carro.

— No, espérame aquí.

Anamari toma las flores y avanza entre las tumbas. Hace un año sus tacones se hundieron en la tierra, esa mezcla de huesos, carne muerta y gusanos. Esta vez trajo zapatos bajos y sencillos, bastante horribles, opinarían sus amigas. Se los regalará a Rosa en cuanto regrese. Se detiene a unos cien metros del lugar donde Óscar está enterrado. El lugar donde descansa su hijo se ve limpio; el pasto alrededor sin malezas y bien recortado. Lorenzo ha estado haciendo bien su trabajo. Mira las otras tumbas, con lápidas sucias, envolturas de comida chatarra, flores marchitas. Al menos ella podía darse el lujo de mantener el sitio con dignidad.

Está cansada por la caminata, pero no quiere sentarse sobre la piedra que cubre a su hijo muerto. Cuando Óscar nació, ella no se cansaba de besarle los pies, las manitas con sus hoyuelos, el estómago redondo, las pequeñas nalgas que parecían dos panqués, la cara de angelito barroco. Pero desde aquel jueves, ella no volvió a rozar la piel de su hijo ni nada que hubiera estado en contacto con él. Sí, fue un jueves, día de jugar canasta con las amigas. Ella sufría los síntomas de la menopausia, que había decidido sobrellevar sin hormonas, a pavofrío, igual que su madre, su abuela y un largo etcétera de sus ancestras. Como no tenía una buena mano, hizo que Lorenzo la llevara de vuelta a casa. Subió al cuarto de Óscar para preguntarle si quería que Rosa le preparara algo de merendar y abrió la puerta sin tocar. Vio a su hijo con otro hombre; desnudos y jadeando. Pensó que su vida había llegado a una especie de fin. ¿No era aquello lo peor que una madre podría sufrir? Después supo que no.

Anamari toma asiento en la tumba de junto. Según la inscripción en la piedra, abajo yace el cuerpo de un señor Henkel. Hay un ramito de geranios, junto a un libro. Viles geranios de jardín. Un apellido tan lindo, tan extranjero, y los deudos sin dinero o ganas de invertirlo en unas flores decentes. *The Lost Honor of Katharina Blum*. Apellido judío. Tal vez se lo lleve a Tadeo.

Todavía hoy se pregunta si fue un error haberle platicado a Manuel del incidente. «No pensé que se pusiera así», dice dirigiéndose al sepulcro de Óscar. Es cierto, no esperaba que reaccionara corriendo a su hijo de la casa, sin nada más que con lo puesto. Ni dinero ni el carro ni la ropa ni una maleta con las cosas más personales: solo su cuerpo, con los moretones y la sangre seca. Óscar ya era un hombre; pudo haberse defendido, pero no lo hizo. Su admiración abyecta por Manuel se lo impidió. Él dijo que un maricón no podía ser su hijo y Óscar se soltó a llorar; luego recibió todos los golpes que Manuel pudo darle, hasta que se cansó. Quizás ella podría haber hecho algo, pero no se movió, ni siquiera cuando Óscar quiso despedirse de ella con un beso. Lo amaba y le daba asco al mismo tiempo. No lo volvió a ver hasta después de muerto.

Anamari ha ido al panteón sin falta, cada año, tras la muerte de Óscar. Es lo propio. También fue lo propio haberle pagado a los periódicos locales para que no publicaran la noticia. No había caso alguno de que todo mundo se enterara de la muerte de su hijo en un motel de paso. ¿Suicidio?, ¿crimen pasional? Anamari no quiso que se investigara. Ella vio la escena: faltaba la mitad de arriba del rostro y cráneo de Óscar, la sangre y el cerebro decoraban la pared como un cuadro surrealista. No quiso saber nada más. A partir de ese día todo se volvió irrelevante.

Abre el libro. Leer era uno de los pasatiempos de Óscar. Cuando se fue de la casa, Manuel ordenó que vaciaran su cuarto. La casa tendría ahora una habitación extra: un cuarto de juegos, un lugar para las visitas, otro estudio, o incluso se podría dar el lujo de dejarla vacía, pero no quería ver ninguna de las posesiones de Óscar. Algunas cosas fueron a la caridad, otras para Lorenzo y para Rosa. Las cajas llenas de libros en inglés se donaron al Colegio Americano, y las revistas y las fotos fueron quemadas. Cuando su hijo murió, Manuel ordenó que cremaran el cuerpo, pero ella insistió en el entierro. Su esposo accedió al fin, pero dijo que de su bolsa no saldría ni un peso. Anamari tuvo que recurrir a su hermana, la soltera, que siempre había sentido predilección por Óscar entre

todos los sobrinos. Fue ella la que lloró más durante el funeral y la que a fin de cuentas pagó por ese gasto. «No es normal que no aceptes a tu hijo», le susurró cuando bajaban el féretro. Anamari la odió por eso. Además sospecha que su hermana visita la tumba de Óscar de forma furtiva. ¿Por qué Dios no le había concedido un hijo normal?

En el libro que tiene en las manos, Anamari encuentra los nombres de varias mujeres y algo así como su estado de ánimo. Busca en su bolsa y saca su Montblanc. Es de su marido, pero ella tiene la costumbre de tomar cualquiera de sus cosas y hacerla perdediza cada vez que discuten. Escribe su nombre: Anamaría Sáenz de Urquiza. Levanta la pluma; contempla la urraca que se ha posado sobre la piedra con el nombre de su hijo. El ave es brillante, casi azul; grazna y esponja las plumas. Anamari ve llegar otra, más pequeña, de plumas cafés y opacas. Ambas dan vueltas y bailan tango.

En lugar de pararse y espantarlas, Anamari las deja hacer. La persona más importante de su vida lleva siete años bajo tierra. Si su tumba va a ser un lugar de apareamiento, que así sea. Tacha el apellido de Manuel; cuando ella nació era Anamari Sáenz y no era de nadie. Óscar, que sí fue suyo, ya no está. Ya no existe.

Anamari Sáenz, resignada a seguir viviendo.

Se pone de pie porque los mosquitos comienzan a picarle las piernas. Lorenzo, que fuma recargado en el carro, la ve venir y se apresura a abrirle la puerta.

Epílogo

Una amiga me trajo este libro. Lo encontró tirado y no pudo dejarlo donde lo encontró. Tampoco se animó a tirarlo en un bote de basura. Supongo que existe una especie de código que no le permite a un ser humano deshacerse de un libro como si fuera una bolsa de frituras. Decía Heine que quien empieza por quemar libros termina por quemar gente, adelantándose así al horror de horrores que vendría después. Por eso, entre todas las personas, yo menos que nadie podría rechazar este regalo. Debo admitir que lo intenté, pero la tenacidad de mi amiga pudo más que mi necesidad. O viceversa.

Era uno de esos días en que no me apetecía estar para el mundo, en los que se me dificulta en particular convivir con las cosas más simples y más sorprendentes a la vez. Uno de esos días que persisten a pesar de una serie de noches de insomnio. Este cuerpo, que en cierto momento llegó a pesar no más de treinta y cinco kilos, tiene ahora músculos y hasta una reserva modesta de grasa abdominal, y puede recostarse en una cama amplia y suave, cálida. Este cuerpo que me pertenece a veces, pero otras no, exige alimentos a cualquier hora del día y puede obtenerlos. Hace tiempo que no siente el vacío infinito que hace que el mundo se vea a través de una capa de neblina. Este cuerpo ya no vive agazapado constantemente por el miedo de la muerte, de los golpes, de la nieve sobre los pies descalzos, y sus pulmones ya no se envenenan con el humo y las cenizas que las chimeneas vomitaban a toda hora. Yo, que no soy especial en ninguna manera, estoy aquí mientras que otros seis millones no lo están. No fui mejor persona, no fui más fuerte ni más listo ni más nada. Durante cada día, cada hora y cada minuto en el infierno, estuve, por cuestiones ajenas a mí, a un milímetro de morir, pero no lo hice. Y hay días en que no se puede vivir con la certeza de estar vivo gracias a esa gratuidad. Si hubo un tiempo en que caía en un sueño oscuro en la barraca dura, dormido entre los que se volvían cadáveres de la noche a la mañana, entre las heridas supurantes, la mierda y el frío invernal, ahora, en un colchón tibio, el castigo por ser un hijo consentido del azar es no conciliar el sueño.

El timbre sonó y me quedé quieto, sin moverme. Esperé varios minutos, sin mucha suerte, porque el sonido volvió a partir el silencio de mi casa. Me puse pantuflas (tibias, cubiertas para estos pies que no se las merecen) y caminé sin hacer ruido hacia la ventana de la entrada. Atisé por la cortina y vi a una mujer. Al principio no la reconocí: en ocasiones me parece que el resto de las personas no tienen rostro. Tal vez sucede que yo mismo soy otra vez aquel fantasma deslavado que caminó la marcha de la muerte y se salvó porque se desvaneció, lo dieron por muerto y entre tantos cuerpos que enterrar, el suyo fue pasado por alto. Me retiré de la ventana sin hacer ruido y me acuclillé cerca de la escalera, esperando a que se diera por vencida y se fuera. Pero ella, en lugar de desistir, comenzó a golpear la puerta, cada vez con más fuerza, y a llamarme por mi nombre. Cubrí mi cabeza por instinto, hecho un ovillo, como si un SS fuera a partirme el cráneo con la culata de su Sturmgewehr. No sé cuánto tiempo estuve así, pero de pronto escuché un sonido metálico y justo después unos zapatos de tacón, como cascos de caballo, acercándose hasta mí.

— Tadeo, soy yo, Anamari. — Sentí su mano fresca en mi hombro—. Todo está bien. Entré por la cocina.

La miré desde mi posición en el piso. Si quería estar solo, vivir en la ciudad no iba a ayudar a mis propósitos de anacoreta. Mi amiga era tan gregaria como el resto de los seres humanos y por alguna razón se había tomado el trabajo de venir a mi casa.

— Es uno de esos días — le dije. Ella me tendió los brazos para ponerme de pie. Sentí crujiir los huesos de mis piernas.

— Sí, para mí también — Me besó en la mejilla: tenía los labios tibios—. Otro aniversario de Óscar.

Podría haber contestado algo. Cómo pasa el tiempo, qué barbaridad. ¿Ya otro, tan rápido? O podría haber dicho que siento mucho su pérdida. Pero no se puede ser solidario con el dolor ajeno por tantos años. Ni siquiera con el propio. Así que guardé silencio.

Puso agua en la tetera y encendió la estufa. Buscó en los gabinetes hasta que encontró el lugar de las tazas y del té. Yo la miraba desde mi lugar en la silla. Estoy seguro de que no hacía algo tan doméstico por sí misma desde hace un buen tiempo. El sentido de las cosas empieza a perderse por detalles como ese. Cuando estuvimos sentados uno frente al otro, té de por medio, Anamari deslizó hasta mí un libro.

— Ahora resulta que no soy la única que sufre, Tadeo.

Yo sumergía mi bolsita de té en la taza. Levanté la vista al escuchar a mi amiga. No comprendí su intento de broma hasta que vi las arrugas alrededor de sus ojos plegarse como una pequeña persiana. Me explicó cómo lo había encontrado. Pensaba que me podía interesar.

— Claro que todos sufrimos — le dije—. Somos judeocristianos, por las barbas de Alá. Se supone que es nuestra misión. Eso y sentirnos culpables cuando no estamos sufriendo, claro.

Ella se echó a reír. Estuvo un rato más y cuando comenzó a oscurecer, se despidió de mí. Por la ventana vi cómo un hombre canoso le abría la puerta del automóvil. No tenía idea de que la había estado esperando todo este tiempo. Me quedé allí hasta que se alejaron y los perdí de vista.

Abrí el libro ese mismo día en la noche, porque no podía dormir. Mientras tomaba un vaso de leche tibia, leí con cuidado la primera página, luego el resto del libro. Katharina Blum perdió su honor. Todos hemos perdido algo, pero a veces encontramos pedazos aquí y allá.

NO ME PASES DE LARGO
2013

*Don't pass me by, don't make me cry, don't make me blue
'Cause you know, darling, I love only you.
You'll never know it hurt me so.
How I hate to see you go.
Don't pass me by, don't make me cry.*

The Beatles, «Don't pass me by»

Lucio en el cielo sin *flash*

Me enteré de la muerte de Lucio por Henry Morgan, su mejor amigo y compañero nuestro en la preparatoria. Mandó un mensaje de texto a mi celular muy temprano; yo estaba mordiendo un pan con mantequilla de cacahuate y debatiéndome entre sopearlo en el café o hacer lo correcto. El teléfono sonó con el efecto de un cristal roto. Siempre que lo escuchaba, en mi mente veía una piedra envuelta en un pedazo de papel atravesando la ventana. Con mi mano libre apreté un botón y lo leí. Solo cuatro palabras: *¿Qué sabes de Lucio?* Divertida y tratando de no manchar el teléfono, teclee con un dedo: *Que está muy flaco, que es fotógrafo y que cambió a sus viejos amigos por el encanto neoyorquino.* Me reí y seguí desayunando.

Aunque tenemos años sin vernos, Henry y yo nos hemos mantenido en contacto. Al menos en las fechas importantes. En la escuela, lo llamábamos el Pirata, siempre a sus espaldas. Éramos adolescentes y nos parecía hilarante que sus padres le hubieran puesto así, cuando él era un muchacho delgado y tímido que no mataría un pez dorado ni en defensa propia. Jamás se nos ocurrió pensar que Henry era un nombre común y corriente, y Morgan, simplemente, el apellido del padre. Yo solía molestarlo diciéndole que Lucio solo era su amigo por su apellido extranjero. «Si te llamaras Enrique Martínez, no se dignaría a hablarte». Pero él sacaba su espada y me hacía avanzar por la tabla: «Y si tú no fueras pelirroja, ni siquiera te miraría. *Touché*».

Pero qué sabes de Lucio no era una pregunta hipotética ni una invitación a jugar. El siguiente ladrillazo me informaba: *No puedo decírtelo por este medio. Llámame.*

Ya se sabe que la muerte es una de las cosas que no pueden comunicarse en un mensaje de texto. Es un alivio que algunos guarden las formas todavía. De cualquier manera, antes de que Henry contestara mi llamada, yo ya sabía que mi amigo había muerto. Solo que él no lo puso así. Con esa voz gruesa que parecía la antítesis de su cuerpo, dijo:

— Noelia, lo siento mucho. Lucio falleció.

La primera acepción de *fallecer*, según mi pequeño *Larousse*, es «llegar al término de la vida». El Pirata me estaba informando que Lucio había llegado al término de su vida. Si nuestra existencia fuera una carrera, él ya habría arribado a la meta. Lo imaginé vestido de atleta atravesando un listón plástico, dando grandes pasos para disminuir la velocidad y con los brazos arriba en señal de triunfo. Eso no sonaba tan mal. Malditos eufemismos.

En los tiempos de Lucio y míos, que nunca fueron nuestros, el Pirata y yo convivíamos meramente por las circunstancias. Yo era la chica con la que su amigo se acostaba a escondidas y él era el amigo de Lucio que yo debía de tolerar si deseaba que nuestros viernes de motel continuaran. Se trataba de un secreto triangular, una situación incómoda y conveniente para todos, supongo. Cuando Lucio salió del encuadre de nuestras vidas, Henry Morgan y yo descubrimos que teníamos más cosas en común que la ausencia de un fotógrafo. Me di cuenta de que en realidad el Pirata era un tipo estupendo y que los dos fuimos, a nuestro modo, parte de la vida oculta y vergonzante de Lucio Dunn.

— ¿Cómo fue?

La calma con la que hablé consiguió alarmarme. Siempre pensé que cuando me tocara recibir la noticia de la muerte de alguien cercano reaccionaría con más dramatismo. Pero escucharme a mí misma era la prueba de que yo sabía que esto sucedería más temprano que tarde. Pude haber echado mano de la negación. La gente siempre niega la muerte. No es cierto. Lucio no está muerto. Nooooo. Algo así. No lo hice; di por buena la información del Pirata y quise saber cómo fue. La mecánica de los hechos. No más.

—No estoy muy seguro —dijo Henry. Su voz daba la impresión de tranquilidad, pero había algo que temblaba al final de cada frase—. Yo me enteré por alguien más. Lo encontraron en su departamento después de varios días. —Se detuvo antes de tragar saliva por unos segundos—. Suicidio, tal vez.

Apreté el auricular y permanecí en silencio. El muy hijodeputa. ¿No tenía a sus amigos glamorosos? ¿No podía habernos contactado? Su vida era perfecta. Se había hecho de un nombre en el mundo de la moda, lo que le permitía cultivar la fotografía artística y exponer en varias galerías de prestigio. Al menos así parecía a juzgar por las postales que mandaba de vez en cuando por correo postal. Algunas eran fotos de modelos excesivamente maquilladas, famélicas y semidesnudas, y otras eran invitaciones a exposiciones colectivas en donde se leía el nombre de Lucio. Lo odié con intensidad y la conciencia de experimentar odio por alguien que amé tanto hizo que mis articulaciones se trabaran. No podía moverme. Estaba congelada.

—Noelia, ¿estás bien?

La voz del Pirata al otro lado de la línea me pareció muy dulce. Lamenté que viviéramos en ciudades distintas: hubiera querido abrazarlo. Besarlo. Celebrar que estábamos vivos a pesar de la trastada de Lucio. Porque suicidarse era eso. Una chingadera limpia y pura, dirigida a los genitales de nuestra simbiosis. Una violación a todas las reglas.

—Sí, estoy bien. Yo no soy la muerta.

—Cierto —concedió él.

—¿Hace cuánto que no lo veías, Henry?

—Más de diez años.

No quiso ser preciso. Si hubiera dicho dieciséis, solo nos habríamos sentido más viejos y se hubiera perdido la belleza de la redondez de la década. A fin de cuentas, lo mismo daban diez, que dieciséis o veinte años. Estoy segura de que aunque Lucio viviera, tampoco íbamos a volverlo a ver. Lo supe cuando nos anunció a Henry y a mí que se iría a estudiar fotografía a Estados Unidos. Es una escuela de arte muy prestigiosa, nos repitió varias veces. Tales y cuales fotógrafos habían egresado de allí, tal y cual otro era parte de la facultad. Los ojos oscuros de Lucio brillaban. Aquello era inusual en él, que por lo regular se mantenía viviendo con un gesto de frustración perpetua. Pareciera que caminar por nuestra ciudad le diera asco, como si su nacionalidad mexicana fuera una verruga en la punta de la nariz. Su gran vergüenza. Pero ahora había recibido la noticia de que un cirujano iba a extirpársela. Nos abandonaba y eso le producía una felicidad enorme. Su padre era norteamericano y su madre mexicana, pero él había nacido aquí. Nunca se lo perdonó a su mamá, supongo. En su verdadera tierra, donde solo se usa el apellido paterno, podría ser, por fin, él mismo. Después supe que suprimió su nombre de pila y comenzó a utilizar la letra inicial seguida por un diminutivo, así que pasó de ser Lucio al fotógrafo Eli Dunn. Pero aquel día de hace tantos años, él seguía siendo Lucio para nosotros. Recuerdo que tomó una cerveza y nos pidió brindar por él. Estábamos en la playa, felices porque nos habíamos graduado de la prepa. El Pirata no solo levantó su botella y la hizo chocar contra la de Lucio, sino que se puso de pie y lo abrazó. Yo no soy tan

noble. Miré hacia otro lado, succioné con todas mis fuerzas del popote hasta que terminé con la piña colada y me fui al mar.

— Hace tres meses fue su cumpleaños — dije mirando mi pan flotar dentro del café. La grasa de la mantequilla de cacahuate se esparcía en pequeñas medusas de color ocre.

— Sí. Cumplió treinta y tres. — Escuché el suspiro de Henry al otro lado de la línea.

— Jesús murió a los treinta y tres — no pude evitar decirlo. Mi amigo permaneció en silencio, así que seguí— : También John Belushi. — Silencio—. Y Eva Perón. — Silencio—. Y Chris Farley. — Más silencio—. Henry, ¿sigues allí?

— Sí. No es gracioso.

— No, no lo es. Es solo coincidencia.

También la forma en la que Lucio y yo comenzamos a salir fue una suerte de coincidencia. Él pertenecía al grupo selecto dentro de la preparatoria. Todos vivían en la misma colonia, habían estado juntos desde el kínder en el Colegio Americano y caminaban por los pasillos con la confianza de poseerlo todo. Eran como Lucio, de buena cuna, apellidos conocidos, de narices pequeñas y respingonas, dientes blancos y odontológicamente alineados, tez blanca y perfecto acento al hablar inglés. Lo único que no poseían era la preocupación por su futuro ya resuelto. Henry Morgan y yo, por nuestro lado, pertenecíamos al resto. El resto era un grupo amorfo, donde lo mismo se conjugaba el sobrepeso que la piel morena o los dientes un poco chuecos. No teníamos auto propio: nos dejaban nuestros padres por la mañana, o bien, tomábamos el transporte público. En mi grupo, la ropa no era de marca ni de última temporada, y todos veníamos de escuelas privadas para la clase media, o bien, del sistema educativo oficial. Yo incluso era parte del subconjunto de los favorecidos con una beca. Yo no era más que una desconocida que se cuele sin querer en una fotografía.

Por eso, no guardaba la fantasía de que hubiera más entre nosotros que el estar juntos en un equipo durante la clase de física. Al profesor se le había ocurrido la progresista idea de hacer que los del círculo de oro convivieran con el proletariado. Así que un buen día tuve que juntar mi mesabanco con el de Lucio y planear un proyecto para ambos. Desde luego que era agradable trabajar con alguien bien parecido y nada tonto, para variar. Olía a loción cara. A contraluz se apreciaba el vello fino que cubría su piel; de perfil era sencillamente hermoso. Imposible no pensar en los lugares comunes: su cabello parecía hecho de hilos de oro. Pero mis apreciaciones podrían haber sido las de cualquier otra preparatoriana ante una presa imposible. Por eso me sorprendió que Lucio me pidiera vernos afuera de la escuela. «Necesito ayuda con historia», me confesó. Y luego esa sonrisa con hoyuelos mientras escribía su dirección en mi cuaderno. Aunque yo no dije nada, él daba por hecho que yo aceptaba. Como el chico dorado que era, estaba acostumbrado a salirse con la suya.

Su casa era grande y la ausencia de los padres brillaba al igual que los pisos de mármol. Subimos juntos la escalera hasta la habitación de Lucio. Estaba alfombrada y tenía aparatos electrónicos que yo no sabía que existieran. Él se quitó los zapatos y antes de salir me dijo que me pusiera cómoda. Dejé mi libro de historia sobre la cama, me saqué los tenis y me senté sobre la alfombra. Lucio regresó con dos cervezas importadas y me ofreció una. Encendió la televisión y puso el MTV, ese de 1990 con música aún. No tuvimos que hablar demasiado antes de que comenzaran los besos. Nos acariciamos tanto como es posible con la ropa puesta. Una voz femenina lo llamó desde la escalera. Lucio se puso de pie, se fajó la camisa y me regaló esa expresión suya con el labio superior ligeramente levantado del lado izquierdo. Con el correr de los meses, cuando aprendí a leerlo mejor, supe que aquello era un gesto amistoso. Lucio tenía las mejillas encendidas y el cabello fuera de

lugar, pero no parecía preocuparle que su madre estuviera en casa. Un mero inconveniente técnico. «Mañana podemos seguir estudiando, pero mejor en otra parte», había dicho muy tranquilo.

— ¿Y qué fue lo último que supiste de él? — me preguntó Henry.

Mantenemos en la línea parecía lo más sensato en aquel momento. Cortar la conversación implicaría que tendríamos que retomar nuestras vidas bajo la nueva realidad: el mundo sin Lucio. En el fondo sabíamos que aunque no era lo mismo que estuviera muerto, a no verlo nunca más, los engranes de la normalidad estaban intactos. Es lo más difícil.

— Que se volvió gay. Bueno, que se asumió como tal — dije abriendo el refrigerador. Sentí un hambre súbita, pero nada me apetecía.

— Yo igual y lo supe por ti — el tono del Pirata tenía espolvoreado algo de rencor.

— Siempre pensé que él había seguido en contacto contigo por más tiempo. Tú eras el amigo — lo acusé—. A mí solo me usaba. — Me arrepentí de inmediato de mi frase. No solo porque sonaba a lo que diría una actriz de telenovela, sino porque hacía evidente que la rencorosa era yo.

— Por supuesto que no.

— Henry, por favor, dime que no estamos compitiendo por su atención. Lucio ya no está.

Encontré los restos de un pollo rostizado y escogí una pierna. Mordí la carne fría. Miré por la ventana, más allá del cactus que la adorna y de la casa de los vecinos. Sol, ropa en un tendedero, un perro jadeando bajo la endeble sombra de una maceta.

— No tienes que negar que tú fuiste la más cercana a él — dijo en un tono más bajo.

La más cercana a él. El Pirata debería ser un locutor de radio nocturno, de esos que psicoanalizan a los oyentes desvelados. Abrí la ventana y le aventé la pierna de pollo al perro: juro que se le iluminó la cara. Se levantó meneando la cola y al poco escuché su mandíbula quebrando el hueso con felicidad. Deseé que mi vida fuera así de simple. Sacar el hambre, dormir en la sombra, beber con sed.

Henry Morgan creía que yo era la más cercana a Lucio porque cada viernes, al terminar las clases, íbamos a un motel de paso que quedaba a una distancia caminable de la escuela. Pero un chico como Lucio no había nacido para ser un peatón, así que íbamos en su carro. El trabajo de Henry era encerrarse en casa, para que fuera la coartada de Lucio. Oficialmente, los viernes veía una película con él, o trabajaban en algún proyecto, o escuchaban música juntos. Era preciso que nadie supiera que Lucio estaba conmigo. Yo lo sabía, siempre lo supe y lo acepté de esa manera. Supongo que mi dignidad no era nada en comparación a lo que sentía por él. También sé que el Pirata nunca tuvo que sacrificar un buen plan para ayudar a su amigo. Mientras tanto, Lucio y yo nos cargábamos de jugos, cervezas, frituras y chocolates, y entrábamos al motel. Las mochilas se quedaban en la cajuela. Sexo primero; luego comer desnudos mirando la televisión. Conversábamos sobre alguna tarea, un chisme sobre tal o cual compañero del grupo, suponíamos perversiones de nuestros maestros más estrictos. Lo hacíamos con familiaridad, como si fuéramos un buen matrimonio de esos que se tocan con dulzura al hablar. Más tarde, teníamos otra sesión de sexo y al final él se quedaba dormido mientras yo acariciaba su espalda. Recorría las vértebras y daba la vuelta en U en el cóccix y mis dedos desandaban el camino. Su piel tan suave me hacía sentir que la mía era como la de un elefante. Su perfil, los ojos cerrados, las pestañas oscuras y los mechones rubios que cubrían gran parte de la cara. Su respiración pausada. Los omóplatos como algo que podría transformarse en alas. Tanta delgadez.

Henry cree que por esto yo era más cercana a Lucio. Pero mirándolo así, dormido mientras yo lo acariciaba, me invadía el vacío. Se me iba el aire. Era doloroso verlo así porque no hubo otro instante en el que fuera más claro que nunca estuvimos juntos. Cuando se despertara, nos vestiríamos con prisas, me ayudaría a recoger la basura y subiríamos al carro sin hablarnos. Me dejaría en una parada

de autobús porque ya era tarde para llegar a su casa. Al abrir los ojos, era otro; más bien, volvía a ser el mismo, el que se sentaba en el extremo opuesto del salón, con los de su clase. Años después, el distanciamiento se volvería silencio y nuestra relación física inexistente, porque cuando se fue a estudiar a Estados Unidos, Lucio empezó a salir con hombres. Yo era, en todo caso, la más lejana. El Pirata no iba a comprenderlo jamás.

Tras un rato de silencio, Henry decidió que sería buena idea colgar, por aquello de las tarifas del teléfono. Quedó de comunicarse más tarde. Cuando apagué mi aparato, me quedé sentada por un rato en la cocina. No tenía ánimos de moverme. Me puse de pie y fui a la esquina donde estaban las cajas de la última mudanza. No lo pensé; mi mente no hizo nada más que dejar que mi cuerpo hiciera la faena de buscar entre todas esas cosas una caja metálica que alguna vez tuvo chocolates. Adentro estaba una foto enmarcada que Lucio me dio en mi cumpleaños dieciocho, el último que pasamos juntos.

La imagen es la de una casa antigua, típica del sureste de Estados Unidos. La tomó cuando fue a visitar la universidad a la que iría. Frente al edificio crece un árbol con ramas enormes. Todo es blanco y negro, pero las tejas de la casa están pintadas de verde. En una de las ramas, sentada y con las manos a un lado de cada rodilla, un poco echada hacia adelante, estoy yo. De una rama inferior y de pie, un Lucio sonriente mira hacia arriba, saludándome. Nuestras figuras están nítidamente recortadas y superpuestas sobre la otra foto. Fotomontaje casero. Un atentado contra su genialidad. Al reverso, sobre el cartón, con la letra de trazo perfecto de Lucio, la acusación: *Para que no digas que no tienes nada de mí.* Luego su firma, luego la fecha. No recuerdo cuándo me capturó en esa posición. De hecho, no recuerdo que me hubiera tomado ninguna foto.

Mi teléfono volvió a sonar. Henry Morgan, del otro lado, me explicaba que se había contactado con la hermana de Lucio, que también vivía en Nueva York. Tenía más información, aseguró, pero no quería ser muy gráfico.

— Sé gráfico — dije en un tono de voz plano.

El Pirata intentó resumir lo mejor que pudo: dijo que a Lucio lo encontraron una semana después de haber muerto. Los vecinos terminaron por llamar a la policía porque la peste se volvió insoportable. Vivía solo, enclaustrado en su apartamento neoyorquino, paranoico, sin contestar llamadas ni abrir la puerta. Recibía comida rápida a domicilio y pasaba semanas sin sacar la basura por temor a que alguien pudiera colarse por la fuerza en su hogar. Había abandonado a sus amigos de allá, al igual que a nosotros y a su familia. Cortó lazos con el mundo. Aquí Henry hizo una pausa. No sé si pretendía que lo que me había dicho se asimilara en mi mente o si solamente necesitaba tomar aire y pasar saliva. Noté cierta agitación en su voz.

— Lucio llevaba años inyectándose *meth* — dijo en un tono de voz distinto—. ¿Sí sabes qué es?

— Sí — contesté de inmediato por temor a que mi amigo comenzara una diatriba explicatoria sobre los efectos del cristal.

— No hubo forma de salvarlo de sí mismo — terminó Henry regalándome el lugar común más grande de la historia.

— Gracias.

Colgué. Devastada o grosera, serían las dos opciones para describirme. Estoy segura de que el Pirata esperaba que yo respondiera algo a eso.

Acerqué la fotografía a mi cara y enfoqué mis ojos en la imagen de Lucio. Su mirada me hizo perder el aliento por un instante. No era la mirada del adolescente presuntuoso que se despidió de mí hace tantos años para irse lejos y no volver. Sus ojos miraban hacia arriba, a la Noelia que era yo sobre la rama, y en su rostro había una expresión que nunca le vi antes, pero que le pertenecía a un

chico acorralado frente a un peligro invisible. ¿Quién le había tomado esa foto? ¿Henry? Por una fracción de segundo, aquella cámara con disparador automático logró capturar a otro Lucio que tampoco conocí. Se me ocurrió que aquella imagen era mucho más antigua y para cuando yo comencé a salir con Lucio, esa mirada ya se había deslavado para siempre, como aquel cielo grisáceo arriba de la casa, sobre nosotros.

Suspiré y relajé los músculos, pensando en lo egoísta que soy. La versión de una sobredosis en vez de la del suicidio me hizo sentir mejor. Un filtro o la luz natural en lugar del *flash* pueden hacer toda una diferencia sobre la misma imagen. Eso me lo dijo Lucio la única vez que me permitió estar con él durante una sesión de fotografía al aire libre. Retrataba a una chica que no era yo. Volví a guardar el cuadro en la caja metálica. No me sentí con ánimos de colgarlo aquel día.

Mister Walrus

Siempre queda algo de los viajes; a veces, personas. A nadie le extrañó que terminando la preparatoria, Moira se fuera a estudiar a Estados Unidos. Tenía, después de todo, dientes de primer mundo, una mamá que fue *playmate* y esa forma extraña de no encajar aquí. De su padre, Moira no hablaba jamás, pero está claro que ese hueco ha llenado la mayor parte de su vida. Tal vez por eso tiende a gravitar hacia los hombres mayores.

Yo le conocí un desfile de señores con canas en las sienes y un gesto de poseer el aire alrededor suyo; ella se permitía flotar transportándose a un lugar que alguien le había robado de niña. No era que no supiera que la caída es el castigo para quienes rompen las reglas del suelo: tenía esa vocación icarista. El hombre-que-podría-ser-su-padre en turno, con el que se lanzaba al vacío con fruición fornicadora, terminaba siempre, en algún momento, por romperle el corazón. Eran casados y les era imprescindible volver a casa, llevar regalos a los hijos, enfocarse en el trabajo. Alguno que otro argumentaba que no era capaz de seguirle el paso. Su *untergang* personal era, al parecer, la juventud.

Cuando Moira me contó que había conseguido la beca para irse a estudiar, nos vimos en un viejo café del centro donde las meseras tenían la misma edad que el mobiliario. A través de la ventana se veía la calle, con toda la gente que pasaba sin importarle que mi mejor amiga estuviera a punto de irse a un pueblo en Maine.

—Stephen King vive allí —me dijo partiendo unas enchiladas rojas. Tenía la sonrisa reconciliadora de quien acostumbra sentirse culpable por todo.

—Odio a Stephen King.

En realidad, en ese instante yo detestaba absolutamente todo lo relacionado con Moira. Hasta la luz que se metía por el cristal iluminándole la mitad de su hermosa cara.

—Voy a escribirte todos los días —prometió.

Yo le hice la seña de que tenía un pedazo de comida entre los dientes. Ella lo buscó, abochornada, antes de pagar la cuenta. Y aunque me puso una carta por día en el correo, yo no abrí ninguna. Llegaban al buzón de mi casa; una a una, yo las ponía sobre la mesa de la cocina y examinaba la letra pasando el dedo sobre el papel; admiraba la imagen del timbre postal y aspiraba el aroma de la tinta del sello. Organicé las cartas en orden cronológico y al completar un mes entero, las amarré con un listón. Aun cuando no le contesté ni una vez, Moira no dejó de escribirme. La culpa es más fuerte que la voluntad. No me permití considerar la nostalgia o el tiempo vacío como la explicación a ese fluir de cartas.

—Conocí a alguien —me anunció el primer verano que vino de visita. Estábamos en un bar al aire libre, a media tarde. Frente a nosotras, la fuente de los perros que vomitaban agua me engañaba a pensar que Moira no se hubiera ido jamás. Le vi esa mirada que usa cuando cree encontrar al amor de su vida, y eso le sucede cada vez que sale con la misma persona durante más de un mes.

Su tenacidad, o lo que sea, me inspiró una oleada de temura triste. No podía dejar de sentirme conmovida al verla ilusionarse con un hombre distinto. Si yo hubiera tomado al azar cualquier carta de las que me mandó durante los primeros dos semestres, estoy segura de que encontraría

descripciones detalladas de un tipo que en ese momento era lo más espectacular del universo. Mi papel, el de mejor amiga o el que fuera, era alegrarme por ella. Así que le sonreí e hice lo que se esperaba de alguien como yo.

— ¿De veras?

Moira asintió varias veces, con la sonrisa iluminada, y sacó una foto de su bolsa. Allí estaba ella con un vestido negro y entallado, junto a un hombre con traje y de las dimensiones de una morsa en pie. La mano de él descansaba sobre mi amiga como un ser con vida propia. La impresión general de la imagen era que él la protegía. La foto fue tomada durante la cena de fin de año de su oficina en una compañía que tenía que ver con la computación. Lo miré con cuidado. No era particularmente guapo, pero no era desagradable. Estaba un poco pasado de kilos, sí, pero a cambio ofrecía un metro y noventa de estatura. Además, me repitió ella, tenía una personalidad arrolladora. Me reí: sí que podría arrollar a cualquiera. Me callé cuando me dijo su edad: tenía solo cuatro años más que Moira y aquello era toda una ruptura con su patrón de relaciones previas. ¿Y lo mejor de todo? Yo podría conocer a ese nuevo espécimen de hombre en un par de horas, porque Moira lo recogería en el aeropuerto y yo iba a llevarla hasta allá.

Contesté que me encantaría ir por él. ¿Tenía otra opción?

— Es el primer novio que no tiene credencial de la tercera edad.

Moira se rio un poco dolida, pero me aseguró que lo iba a adorar. Luego me dijo que quería mostrarme algo que le preocupaba.

Caminamos varias cuadras hasta la casa de su madre, una residencia antigua heredada de su hermana soltera. Todavía conservaba vestigios de su religión: un crucifijo arriba de la puerta, un nicho para la virgen en boga, la calcomanía en el vidrio de la ventana que da a la calle, con la amenaza: «En este hogar somos católicos». Adentro, un olor a encierro y vestigios de humo de cigarro dominaba el ambiente. Todo era penumbras y por un momento tuve miedo de entrar. En el cuarto, las maletas de Moira perturbaban el orden general. Aunque no había nadie en casa, cerró la puerta de su cuarto, puso el seguro y se volvió a mirarme.

Recordé las veces en que nos encerramos de niñas para leer algún libro prohibido. Con la esperanza de que no leyéramos esos lomos de títulos indecentes, mis padres los forraban de papel blanco. Para nosotras, era una forma magnífica de encontrarlos en los librerías. *El sexo en el confesionario. Minicharlas para recién casados*. Casi siempre traducciones hechas en España, una forma de hablar tan extranjera como si fuera otro idioma. «Padre, me siento sucia cuando mi esposo pide que le dé placer con mi boca». Las esposas que siempre ofrecen pastel de chocolate a sus maridos, sin esforzarse en la variedad, son las primeras culpables de que ellos busquen el de fresa en otra parte.

Moira sacó una revista de la parte superior del clóset. Era una *Playboy*, versión americana, dedicada a las chicas universitarias.

— Toda mi vida he tratado de no ser como ella. — Los labios comenzaron a temblarle como a punto de llorar—. Y mira.

Pensé en decirle que seguía siendo una niña, pero ella abrió la revista y la puso en mis manos. Entonces vi a mi amiga metida en un jersey, que apenas le cubría los pechos con los colores de su escuela. Posaba con las piernas separadas, la boca ligeramente abierta, como esperando algo. Los dedos de su mano derecha parecían estar a punto de tocar los labios de su vulva. Tenía el maquillaje perfecto, el peinado espectacular. No quise seguir mirando.

— ¿Por qué estás aquí? — No sé si me refería a su imagen en el papel lustroso o a su persona en ese cuarto conmigo, en una ciudad tercermundista. La sentí lejos, a kilómetros de mí: algo se estaba craquelando en algún sitio. Las fisuras avanzaban con rapidez.

— Salió la convocatoria en el campus. Ofrecían dinero.

— Pero a ti no te hacía falta, Moira.

— Necesitaba saber si yo podía también. Ella siempre fue la más bonita. — Antes de que yo dijera algo, tragó saliva y siguió—. Tú no sabes lo que es tener una *playboy mommy*.

No. Yo solo sabía lo que era tener un *rapist daddy*, pero no lo dije. Traté de no darle importancia:

— Lo hiciste, ya pasó y punto. Nadie se tiene que enterar.

— Hay una cosa que se llama circulación, Noelia. La de esta es de millones.

Me puse a ver la revista. Cayeron al piso varias tarjetas de cartón para suscribirse. Muchos anuncios. Un par de artículos parecían interesantes, pero las hojas volvían a abrirse para desplegar a Moira. Tuve el impulso de acariciar las páginas tersas y suaves de color, pero apreté los puños.

— ¿Ya lo vio ella? ¿Es lo que te preocupa?

— No. Me preocupa Enrique.

Fuimos a recogerlo al aeropuerto. Mexicano, tras graduarse de la universidad de Maine había encontrado un trabajo allí mismo, en el que debía viajar a diferentes ciudades de México para verificar equipos de redes. Tuve que admitir que sí era un tipo agradable. Tenía algo que no sabría describir, pero que me relajó curiosamente. La sensación de conocerlo desde hace años se apoderó de mí: algo parecido a sentarse en el sofá que se ha ahuecado en torno a uno.

Moira se prendió de él para besarlo en la boca. Me hizo pensar en los rituales de apareamiento de las medusas. Me di cuenta de que nunca había visto a Moira encajar tan bien junto a un hombre. Un lugar común, lo sé, pero en ese momento parecían hechos el uno para el otro. Tuve que sonreír y fue en ese instante en que Enrique me saludó con efusividad; me dijo que había escuchado mucho de mí.

— A tu favor — le dije devolviéndole el abrazo —, Moira no me había presentado a nadie tan joven como tú.

Él se rio y mientras nos dirigíamos al carro me platicó que siempre que venía a trabajar a México viajaba con traje, y al tomar un taxi, el chofer invariablemente le adjudicaba una profesión distinta. Lo mismo médico, rector de la universidad, ministro de una iglesia cristiana o empresario.

— El taxista me dice: «A ver, déjeme adivinar: ¿doctor?». Y yo: «Sí, ginecólogo». Y todo el camino voy hablando de la importancia de hacerse un Papanicolau, de los partos en la madrugada, y el hombre me hace preguntas sobre cómo descubrir las enfermedades venéreas en las damitas.

Cuando llegamos al carro, él se adelantó y nos abrió la puerta con una gran sonrisa. Era como el lacayo gigantesco de la versión waltdisneysiana de Cenicienta.

— Eres un caballero — le dije, y para entonces ya no estaba intentando ser amable. Para ese punto de la historia, ya se había ganado mi corazón.

Él se acomodó en la parte de atrás; Moira y yo, adelante. Lo miré por el retrovisor. Tenía las cejas como estolas y en una de ellas resaltaba un cabello vertical. No sé por qué, pero imaginarlo haciendo el papel de un ginecólogo para beneplácito de un taxista, con esa antena negra, me hizo desear que este fuera el hombre para ella. A pesar. «El» hombre que no solo la poseyera, sino que la protegiera.

Los dejé en casa de la madre de Moira y me despedí. Quedamos de vernos un par de días después, cuando yo juzgara que ya habrían copulado hasta el cansancio. Pero cuando regresé a verlos, supe

que algo había sucedido. Era ese temblor que deja las cosas desmoronadas por dentro, pero con las estructuras aparentemente intactas. Se veía en los ojos de los dos. De todas formas, Enrique se puso de pie para saludarme; me pisó sin querer y lanzó un *dub!* a la Homero Simpson a manera de disculpa.

— ¿Pasa algo? — tuve que preguntar porque Moira se veía compungida. No era posible estar allí y pretender que nada sucedía—. Puedo volver después.

Ella se limitó a mirar la punta de sus zapatos, pero él sacó la *Playboy*. Le hice un gesto para que no me la mostrara.

— Moira es tan guapa, tan agraciada, que es la prueba contundente de que Dios no ama a sus hijos por igual — dijo y sonrió lastimeramente. La mano que sostenía la revista le temblaba. Era triste verlo—. Todos mis amigos la leen. Bueno, la ven. ¿Quién no?

Mister Walrus, como comencé a fantasear en llamarlo cuando los tres pasáramos divertidos momentos juntos, me miró como si yo fuera el tutor de mi amiga. En sus ojos comenzaba a formarse una mezcla de arrepentimiento y de odio, mientras que su boca se había quedado atrás, congelada en una sonrisa estúpida, como de éxtasis.

Muy a su pesar, lo intuyo, él no podía dejar de ser lo que era. No era capaz de superar el hecho de que su novia fuera el objeto masturbatorio de millones de hombres como él. No se quitaría jamás la duda sobre lo que Moira tuvo que hacer para aparecer sobre esas páginas, para convertirse en la diosa corregida por el Photoshop. Estaba en su mirada cuando lo fuimos a dejar al aeropuerto y besó a Moira con frialdad en la mejilla. La fractura ya se había extendido a lo largo de todas las paredes. Los tres lo entendimos.

Ella regresó a Estados Unidos y se graduó cuatro años después. Durante ese tiempo, yo sí abrí sus cartas, que sumaban a lo mucho una por mes. Así me enteré que salió con Sahgún, un nepalés casi tan delgado como un esqueleto; con Eric, un cubanoamericano que fornicaba con su uniforme de *marine* puesto y que era tan guapo como vano; con Harumi, el japonés que quería llevarla a conocer a su familia y formalizar la relación tras un par de citas; con Sami, el saudí que la llevaba a comer al Red Lobster y parecía obtener placer al mirarla engullir langostas, y luego, cuando iban a su departamento, ponía boca abajo la foto de sus padres antes de penetrar a Moira. Tenía bigotito de Cantinflas y olía raro, la letra de mi amiga me informaba.

Luego venía la lista de los inalcanzables, los que provocaban en ella una especie de revancha personal que somatizaba volviendo a tener relaciones con todos los anteriores, aunque se hubiese prometido no volver a verlos más por una u otra razón. Luego sufría la resaca emocional y comentaba, como sin querer, que eran todos tan pequeños, tan delgados. Yo pretendía no haber leído esa parte y le contestaba diciéndole que no se castigara. Al menos son jóvenes, bromeaba. Si algún día quieres trabajar en las Naciones Unidas ya tienes experiencia. Además, nunca se sabe de cuál acostón puede surgir el amor verdadero. Pero entre líneas, las dos guardábamos luto por el hombre que semejava un apacible mamífero marino y que podría tener cualquier profesión.

El cerdo burgués

Estoy en una banca, en la plaza, debajo de un gran ficus lleno de urracas. Miro el reloj de una iglesia cercana. Se supone que espero al hombre con el que Moira me citó. Veo hacia todas partes y no encuentro qué hacer con mis manos. Si al menos hubiera traído un libro, no me sentiría tan estúpida. Yo hubiera preferido pasar la tarde con ella en casa, con alguna película, pero terminé por aceptar porque eso parecía hacerla muy feliz. Moira se había entregado en espíritu a la tarea de encontrarme un galán. En realidad no es la primera vez que me arregla una cita infructuosa con algún amigo suyo. Es inevitable que lo haga cuando ella estrena un nuevo interés amoroso, como digo yo. Le resulta incómoda la falta de simetría en nuestras vidas; los números nones no van bien con Moira. Cuando ella está libre, mi disponibilidad y mi soltería no son un problema.

Pienso cómo por años me rebelé ferozmente contra la obsesión de mi madre por verme convertida en una señora casada y ahora sucumbo ante el celestinaje de Moira. Veo un hombre que aparece en el opuesto extremo de la plaza luego de doblar la esquina y que camina en mi dirección. Desde esa distancia, vestido con pantalones de mezclilla y camisa negra, parece tener no más de veinte años. Es alto, delgado y debe cubrir más de cincuenta centímetros en cada zancada. Cuando está a unos veinte metros de mí y puedo enfocar su rostro con barba de algunos días y arracadas en los dos lóbulos, le calculo unos treinta y cinco. En el momento en que se inclina para besarme, inundándome con un olor a tabaco y sándalo, puedo ver las arrugas junto a sus ojos y situarlo al fin en el rango de los cuarenta bien entrados: todo un Dorian Gray del altiplano.

Después del beso me pregunta si mi nombre es Noelia. Tiene el cabello salipimienta casi rapado, una salida digna a la inminente calvicie. Yo asiento y él se presenta entonces. Pronuncia su nombre y en seguida agrega *servidor* con aire entusiasta. Si no fuera alto y guapo no podría salir airoso con aquel sustantivo. Pero está claro que sabe que puede y su altivez me relaja un poco. Bajo la vista y me encuentro con los dedos de sus pies, extrañamente largos y asomándose por la abertura de las sandalias de piel.

— Invítame una copa, Servidor.

No me interesa más que pasar rápidamente las horas hasta el final de la cita. Quiero poder llegar a casa y decirle a Moira: hicimos tal y cual cosa, platicamos sobre esto y aquello, y al final quedó en llamarme. Yo sé que después de que él vea mi forma de beber, de escuchar mis aburridos temas de conversación, no va a querer verme jamás; Moira no podrá decir que no lo intenté.

Servidor me sonríe y me toma por el brazo. Tengo un *dèjà vu* ajeno: mi abuelo tomando justo así a mi abuela, para ir a la iglesia en un domingo nublado. Lo observo y tengo que admitir que es muy atractivo. Tiene la quijada angulosa, la sombra de una barba y pestañas muy rizadas alrededor de los ojos intensos. Yo desconfío de los hombres guapos: todo lo bueno de la vida, sus placeres, las cosas superficiales, les llegan sin esforzarse. Caminan así, igual que Servidor, orgullosos de algo en lo que no tuvieron ninguna responsabilidad personal. Simple lotería genética, coincidencia con el canon de belleza de un cierto tiempo y lugar. No más.

Llegamos a un sitio que se llama El Cerdo Burgués, donde uno se puede tomar un café o cualquier tipo de alcohol. Las paredes están tapizadas de cuadros de artistas locales. Los clientes allí dentro son meros arquetipos: cabello largo con brillo de grasa, playeras negras con algún cráneo o la imagen del Che, herrajes en las cejas, narices, orejas, ombligos, un pin con un yunque y una hoz. Hay librerías con *best sellers* amarillentos y antiguos, probablemente las sobras de algún norteamericano que vino a morir a México. Los jóvenes platican con movimientos contundentes; conspiradores, se reclinan hacia delante en las pequeñas mesas, fumando. Otros leen *El capital* de Marx, el *¿Qué hacer?* de Lenin, o alguna biografía idealizada de Castro, mientras escuchan música en sus iPods, golpeando el suelo como conejos con sus Converse originales.

Servidor ordena un whisky en las rocas y yo pido un ruso blanco. La última vez que bebí uno fue con Moira en una playa, el verano posterior a su graduación, cuando el cáncer de piel y las arrugas no entraban en nuestras listas de preocupaciones. La chica que nos atiende tiene ojos maquillados como un oso panda, labios pintados de negro y un *piercing* en la nariz que parece una verruga. Lleva un gafete que informa que su nombre es Poppy.

— Gracias, Poppy — dice Servidor y ella lo mira como si de pronto hubiera perdido gran parte de sus funciones cerebrales. Ese es el peligro de los hombres guapos con un mínimo de modales. Si no viniera conmigo, estoy segura de que Poppy lo seguiría hasta el fin del mundo.

— Soy una cerda burguesa — le digo a Servidor mientras levanto mi bebida y sorbo con todas mis fuerzas a través del popote hasta que se me congela el cerebro. Si esperaba una pequeña revolucionaria, Servidor va a llevarse una gran desilusión. Pero él dice: «Salud», y choca su vaso con el mío, sonriente.

Normalmente no me fijo en lo que la gente lleva puesto, pero hoy quiero ser detestable. Observo sin discreción a Servidor, con su camisa de cuello Mao abotonada hasta arriba. Él se da cuenta: cruza los brazos sobre la mesa y se inclina hacia mí. Puedo oler sándalo y nicotina. Me dice como susurrando:

— La inteligencia de un hombre es directamente proporcional al número de botones abrochados.

Me río, muy a mi pesar. Pienso en uno de los exnovios de Moira que llevaba la camisa abierta casi hasta el ombligo para poder mostrar los pectorales y las cadenas de oro. Era dueño de varios ranchos y, estoy segura, de ningún libro. Luego me viene a la mente mi padre, con su camisa impecable y casi siempre con corbata. Lo cierto es que la bondad nada tiene que ver con los botones.

Servidor me deja probar su whisky y hago como si fuera lo peor que he probado en mi vida. Él no toma ofensa y mientras enciende un Camel, me dice que es poeta. Supongo que cuando alguien hace una confesión así, lo propio es pedirle que recite algo de su autoría, o al menos preguntarle qué libros ha publicado y si se pueden conseguir. Pero ya he hecho bastante por consentir los caprichos de Moira.

— Leí en alguna parte que un camello mató a su ama de cincuenta y tantos años, porque quería aparearse con ella.

Servidor cierra el Zippo con un golpe metálico que engulle la flama y luego inhala profundamente. Deja que el cigarro le cuelgue del labio y se acerca para quitarme un mechón rojo de la cara.

— Moira habló muy bien de ti, pero no dijo que fueras tan divertida.

Soy la mujer más aburrida de todo el mundo. Solo tengo un par de expresiones en la cara: de enorme fastidio y de fastidio regular. Y las pecas, como de plátano maduro. Servidor tiene los dientes amarillos, pero alineados. Supongo que para mí, eso es poesía. Pedimos las rondas necesarias para llegar al estado de ebriedad óptimo para seguir soportándonos.

Cuando salimos de El Cerdo Burgués, Servidor tiene que ayudarme para llegar hasta su carro. Es

de madrugada y llueve con fuerza, pero no podemos ir más rápido de lo que mis piernas alcoholizadas permiten. Cuando entramos al carro, estamos empapados. Escucho el motor que se enciende, la voz de Servidor diciéndome que tiene ropa seca en casa, que tenemos que cambiarnos. Debería exigir que me llevara donde Moira, pero creo que no soportaría verme así, desprovista de todas mis inhibiciones. La última neurona responsable de mi cerebro, la conductora designada, opina que si voy a hacer una estupidez en el estado en que estoy, debería de llevarla a cabo con el hombre que me acompaña y no con ella. Siento ganas de vomitar.

El humo del cigarro debe estar adherido a cada superficie del apartamento de Servidor que, a pesar del olor, resulta ser un sitio bastante agradable. Hay algunas macetas con cactus en las ventanas, muebles modernos y muchos libreros. Desde una pecera, una tarántula café nos mira entrar trastabillando, riendo por cosas que ya no recuerdo bien.

— Te presento a Bettina, mi *roomate* — dice Servidor.

Yo repito ese nombre, Bettina la tarántula, y me resulta lo más cómico que he escuchado.

— Antes tenía un lagarto que se llamaba Helmut — dice él y se me ocurre que me habla como si de verdad me tomara en serio. No había conocido tanto respeto entre dos seres con cerebros tan dados al traste por el alcohol.

Servidor ha comenzado a quitarse la ropa. A estas horas y en estas circunstancias, parece lo más sensato, así que hago lo mismo. Se acerca y bailamos sin música, desnudos. Estoy consciente del volumen de su cuerpo, del movimiento interno y tibio, justo bajo la piel. Los músculos en movimiento, la respiración, la maquinaria entera funcionando. Me recuerda a un pequeño pájaro que se cayó de un árbol. Entre mis manos se sentía la vida, sacudiéndose con brusquedad, palpitando dentro del pequeño cuerpo, hasta que se extinguió. Lo beso e incluso lo llamo por su nombre. Me odio por ser, a fin de cuentas, solo un cuerpo también.

Al día siguiente, me pongo la ropa todavía húmeda, con arrugas. Rechazo el desayuno y el ofrecimiento de Servidor para llevarme a casa. Insisto en que voy a tomar un taxi. Si no, ¿cómo voy a poder decirle a Moira que anoche salí con un cerdo?

Una lagartija sobre la ventana

De un tiempo acá, Noelia ha empezado a asistir a las presentaciones de libros solamente por los canapés y el vino gratis. Tiene unos lentes sin graduación que le dan un cierto aire de pertenencia. No se fija demasiado en el póster de la entrada que anuncia el libro a presentar y muestra el rostro del escritor, pero camina con seguridad y busca un lugar en la parte de atrás. El evento ya ha comenzado y algunas cabezas se giran cuando ella esquiva piernas hasta llegar a su asiento. Evita mirar su reloj; sonrío y ladea la cabeza con la vista clavada al frente del salón. La idea es pretender que está atenta. Los presentadores, por su parte, tratan de convencer a la audiencia de que el libro vale la pena, antes de que el autor lea con genuino éxtasis su obra. A veces Noelia garrapatea ideas en una libreta sobre sus piernas cruzadas y muerde la punta de su pluma. Si nadie más lo hace, y eso sucede con frecuencia, Noelia levanta la mano al final para hacer alguna pregunta. Es una especie de cortesía para el escritor. A ella el libro en cuestión le importa tanto como los huesos de las aceitunas que al final quedan en las charolas de plástico, pero tuvo una madre que guardaba las apariencias.

— ¿Cuál crees que sea la metáfora obsesiva de tu obra?

El artista de esta noche, un narrador con una larga lista de premios y becas, barba de chivo y lentes a la Truman Capote delante de unos ojillos minúsculos, agradece la pregunta y comienza a hablar de sus influencias literarias y un largo etcétera que no responderá la pregunta. Una vez iniciada la máquina del tren del ego, Noelia se pone de pie y va a la mesa de los canapés. Toma uno de atún y otro de queso crema, los junta y los comprime en su boca, como ardilla. Luego se hace de una copa de vino blanco.

Hubo un tiempo, sin embargo, en el que Noelia leía las carteleras culturales y apuntaba los eventos en su agenda personal. Entre la escuela preparatoria y las tardes de eventos artísticos, las horas en casa se reducían al mínimo. Cuando era más joven, Noelia era organizada y puntual. Hace quince años, en verdad escuchaba a la gente sentada en esa mesa de manteles verdes, que bebía de una botellita con agua mientras hablaba como si de verdad supiera lo que decía. Y ella creía en cada una de esas palabras.

— Los sandwichitos son la propiedad intelectual de ese joven al que no estás poniendo atención.

Noelia se lleva un puño al pecho y da unos golpecitos para tragar lo que tiene en la boca. Esa voz, ligeramente familiar y de acento sajón, viene del mesero tras la mesa de los refrigerios.

— ¿Perdón?

El hombre lleva pantalones negros y una barriga que se esconde tras una camisa blanca y suelta. Tiene una estatura arriba del promedio, la barba descuidada, un corte al ras y los ojos de un tono azul muy claro. Un bosquejo a lápiz, antiguo, va tomando color en el cerebro de Noelia.

— Llamadme Ismael... quítame unos veinte kilos e imagina que estoy rasurado.

Durante la preparatoria, entre otras cosas, Ismael Malka fue el maestro de historia y literatura de Noelia. También fue el protagonista de largas y detalladas fantasías adolescentes, y un solapador, según su padre, que la ayudó a encontrar un trabajo para huir de casa.

— No te reconocí. Pensé que seguías dando clases.

Noelia jamás hubiera pensado tutear a sus otros profesores, pero él era norteamericano, llegaba a la escuela en bicicleta y parecía ser inmune a las pretensiones del *usted* y de los títulos profesionales. El primer día de clases, sentado en un pupitre a mitad del salón, se presentó con la primera línea de *Moby Dick*. Balandando con docilidad, Noelia y sus compañeros lo llamaron Ismael. Ella pasó numerosas horas admirando esas nalgas apretadas bajo los pantalones caquis, el perfil afilado, como una caricatura del *New Yorker*, cuando se volvía de espaldas para escribir en el pizarrón verde. Limpiándose las manos sobre los muslos, se ajustaba los lentes y su mano iba sin pensar hacia el cabello rizado con sus primeras canas y esas entradas: lo más sublime del mundo. Noelia era, después de todo, joven y maniquea.

—Y yo pensé que terminarías dirigiendo una trasnacional, no robando sándwiches subvencionados por el Instituto de Cultura.

La Noelia de preparatoria se habría congelado ante las palabras de su profesor, como siempre que él preguntaba algo y a ella le era imposible contestar, no porque no supiera la respuesta, sino porque su corazón perdía el ritmo y su piel se encendía. «Pelirroja de mierda», pensaba mirando su pupitre marcado con una N y una I. Como si escribir sus iniciales con obstinación fuera a resquebrajar el adjetivo *imposible*. Pero la Noelia de hoy es capaz de hablar. De lanzar al aire una invitación directa.

— Siempre se puede terminar peor. ¿Nos tomamos algo cuando salgas de aquí?

Ismael Malka le llena la copa otra vez con una destreza alarmante.

— Ya estás tomando.

Ahora Noelia puede aceptar una negativa, incluso una respuesta paternalista y no desmoronarse como galleta. Además, su profesor tiene varios kilos de más y bordea la etapa previa a la calvicie total.

— ¿Cambiaste la docencia por esto?

— Me corrieron por no adecuarme al paradigma de valores del Instituto Coproscológico de Valores Trascendentales — dice Ismael con una sonrisa sin labios.

— Pero ¿cómo fue? Luego de tantos años...

Por un segundo, Noelia comienza a sentir aquella indignación adolescente que le permitía dividir el mundo entre blanco y negro con una facilidad pasmosa. Se da cuenta de que extraña aquellos días tan simples desde la óptica de hoy.

Con un movimiento digno de un discípulo de Fagin, Ismael se mete un par de canapés en la boca y se limpia con la manga.

— Perdón, como entenderás, no tengo muchas prestaciones aquí. ¿Decías?

— Me ibas a decir por qué te corrieron de la escuela — dice ella mirando hacia otro lado. De pronto ha perdido el apetito.

— Nadie quiere un *commie-jew-queer-dopefiend* en su escuela. Palabras del entrañable Allen Ginsberg. Ser judío, aunque sea ateo, me hizo acreedor a una membresía en la judería internacional. Era muy peligroso para los jóvenes del mañana.

Ismael Malka suelta unas carcajadas torpes. Noelia advierte un hueco entre sus dientes. Se da cuenta de que nunca lo había visto así, riendo. En realidad no le favorece. El rostro sombrío y amargado le va mejor.

— ¿Y cómo te sacaron? Esa razón que dices no es muy políticamente correcta.

— Ah, la razón oficial es que yo era un pésimo maestro. No tenían evidencias, pero no las necesitaban. El sistema, las evaluaciones, *you know the drill*.

Se escuchan aplausos y en un momento el público se amotina en torno a Ismael exigiendo sus copas de vino y los bocadillos que les corresponden luego de una hora de escuchar al escritor, quien

ahora contesta las preguntas de los reporteros de cultura y pone cara de interesante para las fotos. Alguien, siempre hay un zalamero que llena ese nicho, le pone una copa de tinto en la mano al joven vate. Noelia se escurre y se acerca para decirle a su exprofesor que lo esperará afuera. Él asiente mientras lucha contra un corcho.

— Imagínate si mi gente ha envenenado los pozos, qué no haré con el vino — dice y para ella es imposible dejar de mirar esos ojos de mezclilla deslavada. Sentir otra vez.

— No lo vayas a convertir en agua — dice, pero no está segura de que él haya escuchado.

Una hora después, Noelia sigue fumando sobre la banca de un andador. Ismael se materializa entre la gente que pasea por el centro y se sienta junto a ella. Lleva un sombrero panamá y botas norteñas. Es como si hubieran cubierto con engrudo, periódico y una latinidad genérica a ese gringo estilo Discovery Channel que alguna vez fue.

— ¿Te acuerdas de cuando subimos al volcán?

Aquello es un anzuelo, el último intento por aferrarse a los recuerdos. En aquel viaje a Toluca, después de terminar la preparatoria, Ismael todavía era Ismael.

— Te veías muy contenta cada vez que volteaba a mirarte, que no fue mucho porque con ese aire tan puro, tu pelirrojez me dolía los ojos.

Noelia no contesta: siente un vuelco en alguna víscera indefinida, en esa parte de ella que creía inexistente. Se suponía que trepar el volcán sería sencillo. Noelia nunca fue afecta a las alturas, pero accedió escalar el volcán porque no sería la cobarde de su generación. Tampoco iba a desperdiciar la ocasión de estar cerca de su profesor. Al principio no fue tan malo, pero a medida que ascendían se arrepintió: la tierra y las piedras comenzaban a cubrirse de una capa de hielo sucio. Habían salido de madrugada, y por un par de horas ella se forzó a seguir con la mirada puesta en la parte posterior del cuerpo de Ismael, que iba a la punta, guiando a sus compañeros. Después de un rato las piernas le pesaban con dolor.

En algún momento, sin embargo, Noelia se congeló. Los ángulos casi rectos de las subidas eran imposibles: cuando miró hacia abajo, lo que ya habían andado, quiso morirse. No quería seguir, pero regresar se le antojaba igual de complicado. Tomó asiento en una piedra más o menos plana, se abrazó las rodillas e inclinó la cabeza. Una tortuga no lo habría hecho mejor. Alguien le avisó a Ismael, porque regresó por ella y la ayudó a levantarse. «No pasa nada», le dijo. Paso a paso, prendida de los tibios guantes de Ismael, Noelia llegó a la cima. Sin prisas. Con el cuerpo de él como escudo cuando pasaban algún camino angosto. Cuánta paciencia. Cuánta cercanía. Noelia dejó de tener miedo; tomó la mano de él y se dejó llevar por sus fantasías. Esperaba que en algún momento se diera el momento. Entonces ella se llenaría de valor para besarlo. O mejor: él. «Siempre has sido tú», le diría.

Ismael y Noelia se levantan y comienzan a caminar, a veces tocándose por efecto del tráfico de los andadores, más llenos que de costumbre por la época navideña en ciernes.

— ¿Y qué hiciste luego de que dejaste la prepa?

— Di clases en otras escuelas, pero en todas terminaron por invitarme a salir. Conozco todos los eufemismos para *get-the-fuck-out*.

— ¿Y no extrañas la docencia?

— No, entre más años tengo, menos dispuesto estoy a tolerar mamadas. No me quedan tantos años antes de la decrepitud. Ser mesero es más sencillo.

— Ya — dice ella mientras pasan los puestos de pulseritas de los *hippies*. Un Haight-Ashbury fuera de tiempo y de lugar, una caricatura de tercer mundo. Le da la impresión de que son los mismos de antes, solo que más viejos, tostados por el sol e idos de la mente.

— ¿A dónde vamos, Noelia? Yo te sigo a donde quieras, pero no me siento con ánimos de andar de turista. La edad, ya sabes.

Es verdad. La piel de Ismael tiene arrugas y de sus ojos cuelgan unas bolsas amarillentas. Tiene la barba llena de canas y pelos saliéndole de las orejas. Y esa barriga, por Dios. Está vestido de una forma por demás ridícula. Sin embargo, ella se encuentra deseándolo a pesar de. Como si el deseo adolescente hubiera quedado suspendido en el aire y ahora cayera encima de ellos. Cenizas volcánicas. Sin tiempo. Él, un mesero; ella, una ladrona de pan y vino. Aquí y ahora.

— La verdad es que quisiera estar a solas contigo — dice mirándolo a la cara. Espera ver en sus ojos un relámpago del antiguo profesor, ese de la sonrisa torcida y el comentario irónico siempre listo para arremeter contra las estupideces o las cursilerías, o ambas, como en este caso. Pero nada de eso llega; solo una expresión de perplejidad, como si no hubiera logrado escucharla bien.

Cuando están frente a uno de los tantos templos de la ciudad, Noelia toma la mano de Ismael y lo hace entrar. Una mujer trapea con ánimo gris los pisos y no se molesta en mirarlos. Un par de ancianas rezan en las bancas de enfrente. Huele a velas, a humanidad e incienso. El aroma del catolicismo. Tal vez Ismael jamás haya estado en una iglesia. Noelia lo lleva a una de las esquinas, junto a una caja para limosnas y un Cristo sangrante.

— Dime que no vas a bautizarme — dice él y, por primera vez, Noelia lo toma fuera de guardia. Sin el cinismo de bolsillo. *Ironicles*. Está claro que no entiende por qué están allí y el no saber lo angustia. Su palma está fría.

— No pasa nada, Ismael.

Se detiene y encuentra su cuerpo masculino, tan familiar y ajeno a la vez. Tiene que pararse de puntas para llegar a su boca, que le sabe amarga. Aspira ese olor a sudor rancio y no puede sino recordar que su abuelo también olía así. Está consciente de que su maestro está tenso y con la espalda contra la pared. Sus manos como alambres sobre los muslos, tensas. Los ojos azules de cerca, vibrando con una especie de terror. El hombre que tan apasionadamente le habló de la novela distópica de Orwell, el que logró convencerla de que se interesara en la guerra en el desierto, le hizo leer y amar *Macbeth*, permanece inmóvil cuando Noelia lo besa tan a destiempo. Y parece respirar con alivio cuando se separa de él.

Noelia sabe lo que va a pasar. ¿Cómo lo sabe? No sabría explicarlo. La epifanía le viene así de golpe, como en esa fracción de segundo en la que uno se da cuenta de que está por apoyar el zapato sobre una mierda de perro, pero ya no hay nada que se pueda hacer porque se ha dado ese paso irremediadamente.

— Tengo novia, por usar una expresión — dice Ismael y se toca la barba echando una mirada rápida alrededor.

— Entiendo — dice Noelia. Su mano va a posarse en la orilla de un fieltro lleno de milagros. Sus dedos tiemblan cuando toma entre sus dedos la silueta burda y dorada de alguien que reza de rodillas.

— Y no me gustaría que te excomulgaran.

El tono condescendiente borra aquella lejanía de los años en que fue su maestro. Ella experimenta la misma sensación de tener que escribir un ensayo sobre un libro que no leyó. El deseo de escapar de la humillación es casi doloroso. Se trata de una versión casi terrenal de la pesadilla recurrente en la que olvida ponerse ropa antes de entrar a la escuela.

Noelia consigue salir del templo en una pieza. El trajín del centro es el mismo de hace un rato. El olor a elotes asados persiste, así como el ruido de motores. Los *souvenirs* de santos y rosarios siguen sobre sus manteles junto a los retazos de hostias. Y la gente, tanta gente. Los canapés todavía dentro de su estómago. Se siente fría, oscura y sin fuerzas, como una lagartija sobre el cristal de una ventana.

Stalin vuelve a la URSS

Moira y yo esperamos a la esposa de Stalin en una cafetería del centro. Llegamos a tiempo y sin esperanzas de que ella sea puntual. Se entiende que la amante es la que tiene que aguardar a que llegue la mujer oficial y no al revés. Miro la hora en un reloj de pared. A veces los minutos se escurren como en el mejor de los lugares comunes, por los dedos, como arena, pero ahora parecen haberse combinado con agua y cemento, fijándose en aquellas manecillas que tratan de parecer antiguas. Me siento junto a la ventana para poder ver hacia fuera mientras escucho lo que pasará en la mesa de junto. Desde allí, Moira saca una cajetilla de cigarros y enciende uno sin mirarme. Antes de entrar, yo le aconsejé que no fumara, que las amantes fuman y ella no debería entrar en el estereotipo, pero ella me vio con una expresión de enfado y dio un pequeño bufido. Se ve mucho más guapa que lo normal, pero el exceso de maquillaje no alcanza a cubrir todas sus inseguridades. Imagino que la mano le temblaba al aplicarse la base, al pasar el rímel por aquellas pestañas rizadas. Está nerviosa; solo yo podría adivinarlo.

La mesera se acerca para ofrecerme café y acepto, pero Moira la despacha diciéndole que espera a alguien. Tiene esa mirada desafiante que adoptan a veces las mujeres solas y que para algunos hombres es irresistible. No me extrañaría que en cualquier momento algún solitario con aires de conquistador se ofreciera a acompañarla. A las mujeres como ella les pasa todo el tiempo. Yo prefiero observar el vapor que sale de mi taza o revisar mi reloj, indignada, como si mi cita estuviera tarde.

Después de casi media hora, la esposa de Stalin aparece. La reconozco porque mueve la cabeza buscando entre los clientes a alguien que tenga pinta de mujerzuela, supongo. En realidad, cuando hablaron por teléfono y acordaron el lugar de la reunión no se dieron ninguna señal para reconocerse. Como si pudieran olerse desde lejos por el simple hecho de compartir el cuerpo de un tercero. Pero tal vez Moira haya visto alguna foto en la cartera de Stalin mientras él se duchaba en el baño del motel, porque veo que apaga con determinación la última parte de su cigarro y le hace una señal con la mano a la señora Stalin. Cualquiera diría que tiene experiencia en este tipo de cosas.

Ella camina hacia Moira con toda la dignidad que le confieren un pedazo de papel y un sello del municipio. Como le corresponde a las mujeres en su situación, va con paso apretado y la espalda muy erguida. No es fea, pero dista de ser guapa: entiendo por qué él sale con mi amiga, que no tiene ese aire de perro pug, con los ojos ligeramente asimétricos y saltones. Al menos tiene el cabello a su favor: lacio, brillante y hasta la cintura, como de anuncio de champú. Pero la pobre tiene la nariz demasiado ancha. Imposible no fijarse. Fuera de eso, parece una mujer normal, un poco *hipster*, con sus lentes de pasta: uno adivinaría que es de esas que llevan años trabajando en una tesis.

Toma asiento en la silla justo frente a Moira y la estudia sin disimular. Tal vez quiere ver qué es lo que la hace tan maravillosa para que su marido la busque para copular a escondidas. Moira le sostiene la mirada mientras enciende otro cigarro que mancha con su labial. Exhala hacia arriba, pone el cigarro sobre la orilla del cenicero y abre las manos como un pavorreal sobre la mesa. Sus uñas están recién hechas: perfectas.

— ¿Y bien?

Su voz es fuerte y hermosa como la de una cantante de los ochenta. No se extingue ni se quiebra por la mitad. A veces la escucho cantar mientras se maquilla después de bañarse, inclinada frente al espejo con la toalla envolviéndola apenas. Yo no quería que fuera a hacer una escena con esta mujer, por quien comienzo a sentir un poco de pena.

«La vida de uno se vuelve un polvorón cuando se descubre una infidelidad, ponte en sus zapatos», le sugerí cuando íbamos en el carro. «Pues sus zapatos deben ser bastante feos», me contestó. «No es una chica material como yo», dijo entre risas. Moira suele reír cuando desea evitar algo.

— Quiero que dejes de verlo — dice la esposa de Stalin con un dejo melodramático.

Moira se termina su café y se limpia los labios con delicadeza. No sé qué esperaban las dos de esta reunión, medirse tal vez, infectarse los ojos para siempre con la imagen de la otra y luego perder el sueño comparándose bajo todo parámetro posible.

— Si quieres algo, yo te invito.

La esposa de Stalin aprieta la boca y guarda silencio. Una taza de café siempre es algo de lo que uno se puede asir en una situación difícil. Ella está frente a la amante de su marido y no tiene una trinchera. Yo levanto la mano para llamar a la mesera, que acude dócil con una jarra negra. Ella aprovecha que está cerca y pide uno.

— No necesito tus limosnas. Tengo quien me mantenga.

Moira ríe, pero solo yo detecto la falsedad en ese gesto. Ser cruel es la mejor forma de disimular el miedo y ella sabe ser cruel. La última vez que bebimos juntas en el departamento y Moira me contaba cómo sufría con Stalin, se acercó a mí vibrando, pero cuando yo iba a besarla, se tapó la boca con asco. «¿Cuándo fue la última vez que te lavaste los dientes?». Era de madrugada, estábamos ebrias, era totalmente injusto. Me fui a mi habitación, me enrosqué sobre la cama y fingí dormir como la simple compañera de cuarto que soy.

— Es curioso cómo alguien tan progre como tú se ufana de ser una mantenida. Ya sabes, el matrimonio es un invento burgués...

— ¿Y quién te dijo que yo soy eso?

— Stalin, ¿o tenemos a alguien más en común? Pero según entiendo, tú eres la que lo mantiene a él.

El tono de Moira es de burla. La esposa de Stalin debe estar recreando en su mente una conversación entre su marido y su amante en donde ella es el tema central. La sensación de humillación y orgullo mezclados es una experiencia que conozco. El carrito de los postres pasa junto a mí y pido una rebanada de pay de manzana: deseo con intensidad que Stalin vuelva con su mujer y el corazón de Moira se despedace como esta corteza dorada al insertar mi tenedor. Tal vez entonces se daría cuenta de que estoy allí no solo para pagar la mitad de la renta.

— Stalin y yo vamos a replantear nuestra relación, vamos a empezar de nuevo. Me prometió que no te iba a volver a ver.

Veo que toma su café negro, sin azúcar. Unos bigotes húmedos le cubren el labio superior cuando baja la taza.

— Me alegro por ustedes — Moira descruza las piernas y planta los zapatos sobre el piso de madera. Parte de su mundo se está desmoronando debajo de sus pies, lo sé. Justo hace unos días no se explicaba por qué Stalin no contestaba sus correos, ni sus mensajes, ni sus llamadas. Comenzó a roerse las uñas hasta dejárselas hechas una lástima, pero yo la arrastré con la manicurista para cubrir las apariencias.

— ¿Pero qué tiene que ver eso conmigo? — dice con el tono *naïve* más malintencionado que he escuchado.

— Quiero que lo sepas para que lo dejes en paz.

— Entonces tendrías que estar hablando con Stalin. Él es el que me busca.

La mentira es siempre el último recurso de los acorralados. La esposa de Stalin traga saliva y observa a su rival. Estoy segura de que quisiera abalanzarse sobre la mesa, tomarla por el cuello y apretarlo hasta que por su aliento saliera hasta la última partícula que su hombre haya dejado en ella. Extinguirla poco a poco. Pero como no puede, usa las palabras. Tiene el timbre de voz incómodo que los adultos usan cuando van a hablarle de sexo a los niños. Dice muchas cosas y a medida que lo hace, su voz deja de ser enclenque, mientras que el rostro de Moira se vuelve oscuro y su cuerpo se va endureciendo. Imagino que los músculos de su espalda están tensos. Se ha vuelto un objeto quebradizo, un mazapán.

Solo yo sé qué tanto le disgusta que la gente asuma cosas de ella, que la aglutine en un grupo llamado *gente como tú*, que se refiera a su vida como *pequeña burguesa*. No puede soportar la pedantería de los que piensan que son superiores a ella solo porque tuvieron una infancia llena de carencias. Y por lo que Stalin le ha platicado a Moira, y ella a su vez ha vertido sobre mí en nuestras largas pláticas nocturnas, Stalin y su esposa se conocieron en la Facultad de Letras de la universidad, en una clase dictada por un profesor comunista. Nutrieron su relación con mítines secretos en lugares abandonados, lecturas que ellos creían subversivas, pero que se podían encontrar en la biblioteca, compartieron la culpa de comer una hamburguesa en alguna franquicia transnacional.

Los padres de él habían sido militantes del partido comunista y de allí la ocurrencia de bautizarlo así. Creían que en el futuro el mundo iba a ser rojo y que nadie levantaría ni una ceja cuando su hijo dijera su nombre. Los padres de ella eran gente de clase media venida a menos y esa era una buena razón para unirse en contra del capitalismo. Stalin y su esposa habían vivido juntos por muchos años sin casarse, pero al final lo hicieron por el civil, por cuestiones prácticas.

Estoy segura de que a Moira le pesan los logotipos de su ropa que, según la esposa de Stalin, representan los dedos pinchados de alguna costurera tercermundista esclavizada en una maquiladora. Una gastritis comienza a formarse con su educación privada, con su trabajo de oficina que le permite cambiar de guardarropa cada año y compartir con su mejor amiga un departamento en una buena colonia. Si este encuentro es una especie de duelo a muerte, Moira blande su espada sin fuerzas y está perdiendo mucha sangre. Él nunca podría amarla de verdad porque ella nació en una familia más favorecida que la suya. El rencor es el muro de Berlín de las clases sociales.

— Stalin me dio todos sus *passwords*, el celular, acceso a lo que yo pida. Vamos juntos a todas partes. Por eso sé que no te ha buscado ni a ti ni a ninguna de las otras.

Una piedra arrojada con fuerza sobre un lago verde y fangoso. La esposa de Stalin sonrío al ver el dolor formándose en líneas concéntricas dentro de los ojos de Moira. «El lugar más solitario del mundo está entre los brazos de Stalin», me dijo una vez en una de sus tantas rupturas. Ahora resulta que no solo es Moira. Si la esposa de Stalin miente, no hay forma de averiguarlo y, en todo caso, es irrelevante. ¿Por qué tendría que ser ella la única que sucumbía ante la indefensión de ese hombre, sus crisis nerviosas, sus constantes depresiones, el dinero que apenas le alcanzaba para comer? El patetismo asumido es el mayor afrodisíaco para algunas. Llamo a la mesera y pido mi cuenta.

Yo no sé qué esperaba Moira de todo esto, pero para mí está claro que lo que quería la esposa de Stalin con el encuentro era levantarse triunfal sin pagar su parte, dejando a la amante de su marido hecha un cúmulo de sal sobre la silla. A mi amiga solo le quedaría buscar algún burgués con quien casarse y fabricar hijos, a los que llevaría a todas partes en una minivan: la encarnación de todo aquello que Stalin desprecia. Intentaría no suspirar pensando en lo que se perdió, porque de hecho no se perdió de nada. Pero aunque yo se lo diga una y otra vez, sé que no podrá entenderlo jamás.

Caminamos juntas hasta el carro sin hablarnos. Ya está oscureciendo. Paso mi brazo por encima de los hombros de Moira y ella, acurrucándose contra mi cuerpo, se deja llevar a casa.

Campo de fresas

La noche en que mi padre moría en el hospital, yo limpiaba el arenero de los gatos. Al menos me gusta imaginar que en el preciso instante en que su corazón dejó de latir, yo levantaba la mierda gatuna sin dedicarle siquiera un pensamiento. Aquella noche salí de mi clase de Sociología de Grupos, en donde estudiábamos a los Oneida, los Amish y a la familia Manson. Leía algunas páginas del maltratado *paperback* de Bugliosi en el camino a la casa de Pepita. Abrí con mi propia llave, puse mi mochila en el piso y llevé la bolsa de víveres a la cocina. No dije nada porque con frecuencia ella suele dormir y se sobresalta con cualquier ruido: temo que su corazón se detenga en una de esas. Encontré la sala a oscuras e iluminándose con los brillos intermitentes de la televisión. La novela de las ocho de la noche apenas comenzaba: mi hora de llegada.

Este trabajo de cuidar a la anciana no estaba nada mal. Sus hijos, ocupados con sus propias vidas, me contrataron para visitarla a diario. Era mi deber alimentar a los cinco gatos que transitaban con libertad a través de la ventana de la cocina, asegurarme que tuvieran comida y agua, limpiar el arenero y hacerle las compras a la anciana, que era en realidad muy independiente y solo requería ayuda para cambiar algún foco fundido, mover un objeto pesado, enhebrar una aguja y pasar la noche con ella para irme al día siguiente muy temprano. Supongo que yo daba la impresión de ser una buena chica, paciente y modosa, que no estrangularía a su madre con el cable de la plancha para luego huir con su tarjeta de descuento de la tercera edad, los ahorros dentro de la cajita metálica arriba del piano, la foto autografiada de Juan Pablo II y la figura del Sagrado Corazón que parece abrazar a quienquiera que entra a la casa. Para mí, el trabajo era solo un ingreso extra que me permitía gastar sin poner mucha atención a mis caprichos. Después de todo, tenía la beca de la universidad y el dinero culposo de mamá, que aseguraba que era su obligación cerciorarse de que yo tuviera una buena educación sin pasar penurias. Pero cuidar de Pepita también tenía el efecto secundario de hacerme acreedora a elogios de conocidos y extraños, que alababan mi caridad. Trabajar para una ancianita me volvía un dechado de virtudes ante los ojos de los demás y, algunos días, eso es algo que se aprecia tanto como un buen masaje de pies.

Cuando Pepita escuchó a los gatos maullar por mi presencia, extrajo su cuerpo del sofá con cierta dificultad y encendió la luz. Lo normal es que me salude con un buenas-noches-mijita antes de ofrecerme pan dulce y Nescafé con leche, además de agradecerme mi puntualidad. «No es sano que una jovencita como tú esté así de flaca», dice. Mi respuesta automática es enarbolar mi talla nueve como una excusa, pero al final termino comiendo un cochinito de jengibre con un vaso de leche. Luego ella da rienda a su diatriba contra la gente que llega tarde a todos lados, y con la decadencia de la juventud de hoy. Esa noche era distinta; vi en la cara de Pepita aquella misma expresión de cuando Milo, el gato naranja con rayas, salió para no volver.

— ¿Pasa algo? — dije mientras abría una lata de atún.

Pepita tiene el cabello corto y canoso y por lo regular lo lleva en un peinado infantil, con broches en forma de flores. Evito mirarla porque no me gusta pensar en ella como un ser patético, así que me concentré en mezclar el atún con las croquetas para gatos.

— Acaban de internar a tu papá en el hospital. Está muy grave.

Puse el plato en el suelo y los gatos se juntaron alrededor con sus colas en alto como los rayos de un sol ondulante. Mi madre había insistido en que dejara un teléfono donde me pudieran localizar. «No es una oficina», le dije. Aunque sufre de una compulsión por saber en dónde me encuentro a cada hora del día, niega lo que sucedió bajo el techo de su misma casa durante tantas noches. No fueron las relaciones sexuales metódicamente arregladas, como en la comunidad Oneida, pero igual se permitían; no con una lista concertada con antelación, sino con los ojos cerrados. Al final terminé dándole el número de Pepita, solo para dejar de escuchar su voz. Siempre estuvo ausente de mi vida y pensé que seguiría siendo así: no creí que fuera a llamar.

— Gracias por avisarme — dije y me senté en la mesa, con la libreta de las compras y un bolígrafo. Lo apreté con fuerza hasta que mis dedos se pusieron rojos—. ¿Qué cosas va a necesitar que le traiga mañana?

— Tu papá está en el hospital. No tienes que venir — se acercó a mí y me tocó el brazo con lo que supongo fue un gesto solidario.

— Es raro pensar que está sufriendo — dije. Pude ver que algo oscuro y problemático se concentraba en los ojos de la anciana, pero eso no me impidió seguir—. Uno siempre piensa en los papeles como inamovibles, ¿sabe? Sobre todo cuando duran muchos años — no pude evitar mirar el suelo al hablar—: Así que la noticia que me da es una revolución para mí, doña Pepita.

Dudo que pudiera entenderme. Tal vez lo único que podía captar era el tono de mi voz y mi reacción, que no era la de una buena hija. Vi las orugas moradas de sus venas y su piel con manchas. Su esposo lleva más de diez años muerto, pero ella conserva la argolla matrimonial en el dedo arrugado. Así eran las manos de las brujas en mis libros infantiles.

Se puso de pie y se dirigió al refrigerador. Los gatos se le enredaron en las piernas: les encantaba meterse y olisquear los recipientes con sobras de guisos. O tal vez lo hacían para refrescarse. Ella se detuvo antes de abrir la puerta y sacar un frasco de insulina. Esperó a que los gatos salieran y cerró. Volvió a sentarse junto a mí. Se levantó la manga dejando al descubierto la piel reseca y flácida de su brazo. Yo preparé la jeringa. La aguja entró en su carne y yo apreté el émbolo con demasiada fuerza. Ella dio un pequeño gemido y se acomodó la blusa.

— Doña Pepita, le prometí a sus hijos que no faltaría a mi trabajo. Dígame, ¿qué le traigo del súper?

— Mija, mija, mija.

Su cara pálida y arrugada era lo que quedaba de una belleza que hace mucho se había ido. La anciana entornó los ojos meneando la cabeza de un lado a otro y luego hizo un movimiento con la boca para reajustarse la dentadura. Cuando era niña pensaba que antes de irse a dormir los abuelos se bebían el vaso con dientes sobre el buró. También creía que alguien iba a venir a rescatarme cuando mi padre llegaba a sentarse en la orilla de mi cama. La infancia es un mar de malentendidos.

— ¿Le conté que los miembros de la familia que formó Manson escribían en las paredes la palabra *cerdo* con la sangre de sus víctimas? — dije con el mismo tono de quien comparte un chisme familiar.

Pepita se puso de pie en silencio y me dedicó una mirada de reproche antes de salir de la cocina. Tal vez los años sí terminan por producir un poco de sabiduría en las personas, si acaso como efecto secundario. La escuché murmurar algo sobre mi descenso hasta la parte del infierno donde se calcinan los hijos ingratos. Encendió la televisión y fingió interesarse en su novela. Comenzó a granizar poco después. Por un momento me quedé allí, mirando hipnotizada por la ventana cómo esos misiles blancos golpeaban todo lo golpeable allá afuera.

Realicé un pequeño inventario de los contenidos del refrigerador y de la alacena para hacer una lista provisional. Casi siempre eran las mismas cosas, a menos que Pepita quisiera algo en especial, como una veladora, un jarabe o algún té milagroso. Le llevé su merienda en una charola, pero no se dio por enterada y siguió mirando la pantalla, el cuello tenso y los labios apretados. Si creía que yo iba a caer en el chantaje e iba a sentarme a negociar su alimentación por una visita a mi padre, estaba muy equivocada. En ese momento no me podría importar menos si ella decidía no volver a comer jamás.

Me dirigí al baño para limpiar la caja de arena. Los gatos me vigilaban desde cierta distancia, nerviosos. Escuché sonar el teléfono en la recámara. Caminé lentamente, esperando que sonara varias veces y quien sea que fuera se diera por vencido y colgara, pero no: el timbre no cesaba. Pensé que Pepita me gritaría que me apurara a contestar, pero persistió en su afán de mudez. Levanté la bocina: era la voz de Moira. No me saludó ni me preguntó cómo estaba. Lo primero que me dijo fue que mi madre llamó a nuestro departamento para darme la mala noticia.

— ¿Se le rompió una uña?

— No, se murió tu papá.

Mi amiga se quedó callada. No la culpo, lo normal en una conversación sería que yo dijera algo, pero permanecí en silencio escuchando la sangre correr dentro de mi cuerpo, el sonido de mi garganta al tragar saliva, la vida que persistía en mí. No sé cuantas veces deseé escuchar las palabras que Moira recién había pronunciado.

— ¿Sigues allí, Noelia?

— Sí.

— No sé qué más decirte.

— Moira, tengo que tirar una bolsa llena de caca de gato, te hablo luego.

Colgué con suavidad el auricular para ir al baño a terminar con la caja de arena. Comencé a experimentar náuseas por el olor del arenero: mis sentidos estaban exacerbados y eso no era necesariamente malo. Lo de los gatos era ofensivo para mi nariz, pero mi piel percibía de una forma casi erótica el roce de mi ropa y mis oídos se maravillaban por el sonido de los pájaros afuera, retornando a sus nidos para pasar la noche. Mi parte fisiológica celebraba el milagro de estar viva. Pero no iba a recibir ningún regalo ni siquiera un abrazo: cuando estaba a punto de salir, encontré a Pepita de pie en el umbral, con las manos cruzadas sobre el pecho, bloqueándome el paso. A juzgar por la expresión en su rostro, era claro que había estado escuchando mi parte de la conversación.

Me miró de arriba abajo con una pausa entre mi cara y mis piernas, como si en esa zona de mi cuerpo se encontrara la razón de la ingratitud hacia mi padre. Pero yo no iba a sincerarme con una amante de los gatos y del cereal alto en fibra. Cuando se lo conté a mamá, ella dijo que no tenía tiempo para mis tonterías. Ningún padre se sienta en la cama de su hija para masturbarse con la mano de ella mientras duerme. Eso era una mentira que me llevaría al manicomio si yo la seguía repitiendo, me advirtió. Luego se fue con el estilista. Nunca nadie le ha visto el cabello creciendo con un color distinto y aquel día no iba a ser la primera vez.

En cambio, con mi padre sí la hubo y no había nada que me indicara que sería la última. La vida se sucedía con sus horas y sus semanas y sus meses; aquella rutina solo podía romperse con la muerte de uno de los dos, y tanto él como yo seguíamos existiendo. La vida es terca y el tiempo pasa con lentitud pasmosa cuando alguien usa tu mano para eyacular. Un instinto bovino me arrastró a actuar con normalidad a la vista de otros, de un día hasta el siguiente, realizando actividades básicas, como bañarme, comer, ir a la escuela. Cuando él se masturbaba con mi mano, yo pretendía dormir. Nunca se me ocurrió qué hacer. A los ocho años, el miedo congela. A lo mejor por eso él creyó que

era seguro ir más allá y un día levantó la sábana mientras yo apretaba un osito de peluche entre mis piernas. No resultó ser la mejor barrera: él entró en mí siempre que lo quiso.

Recuerdo su respiración de fumador en mi oído como un ronroneo que nunca se iba. Los minutos se alargaban, el dolor me hacía cerrar los ojos con fuerza y era entonces cuando deseaba su muerte. O la mía, pero jamás tuve el valor para suicidarme. Mi fantasía era morirme cuando mis padres estuvieran de viaje, para que encontraran mi cuerpo descompuesto al llegar. El olor impregnaría los muebles y la única opción sería deshacerse de la alfombra. Un cadáver ya no es asunto del que alguna vez habitó en él.

— Permiso, por favor.

Pepita tardó unos segundos antes de moverse para que yo pasara. Me colgué la mochila en la espalda y tomé la bolsa de basura para dejarla en los botes comunales al salir. No le di las gracias ni ella a mí. Para ella y para muchos otros, yo no era más que una hija ingrata. El fruto de una sociedad donde ya no había valores. Una mujer que pertenecía a una generación egoísta y superficial. Mi actitud le provocaba la misma repulsión que a mí el hedor de la bocina del teléfono de su casa, una concentración de su aliento podrido a lo largo de los años.

— Le voy a decir a mis hijos que busquen otra persona que me ayude.

— Sí.

No había ira en sus ojos, solo una especie de cautela. Tal vez incluso había una cierta esperanza de que ante la amenaza de perder mi trabajo yo pudiera recapacitar con respecto a mi padre. La cara de la anciana no se asentaba en ninguna expresión, sino que se sostenía como en el aire, ambigua. Supongo que sufría un miedo extrapolado de que sus hijos reaccionaran de la misma forma ante su propia muerte. La pobre no tenía idea.

Los gatos se frotaron contra mis piernas y maullaron como cuando tienen hambre. Ya no tendría que oírlos. Podría volver a respirar sin cuidarme de sus pelos. No volvería a esa casa que apestaba a orines felinos y humanos. Sonreí. Todo mi rostro se contrajo en una sonrisa. Salí a la noche y en seguida me envolvieron los ruidos de la oscuridad. Tiré la bolsa de plástico junto con la lista de los víveres y caminé por las banquetas húmedas. El granizo acumulado en las orillas ya se estaba derritiendo. La ciudad se veía igual que siempre, pero ese día no me hizo sentir hueca. Más bien fue como andar por un campo de fresas, al fin, con el corazón hecho un puño de paz.

Un hueco en el océano

— ¿A los pescados les duele el ganchito?

Maya se mete el dedo índice en la boca, echa la cabeza para atrás y hace un ademán de jalar hacia arriba. Alberto, con delantal y las manos sucias, se vuelve a mirarla. Ahora ella tiene las mejillas sumidas, la boca con los labios fruncidos hacia el frente y las manos pegadas a sus oídos, moviéndolas como si fueran agallas. Fue él mismo quien le enseñó a hacer eso, hace una semana, cuando le mencionó que iría a pescar con unos amigos. Desde entonces, la niña se ha aficionado a imitar un pez a la menor provocación.

— Se llama anzuelo.

— ¿Les duele?

Maya hace preguntas con la misma ansiedad de quien espera el peor diagnóstico, como si su vida dependiera de la respuesta.

— Sí, pero les duele más esto.

Alberto corta el vientre de un bagre y mete la mano para sacar las vísceras. Ella observa extasiada la sustancia viscosa que chorrea sobre la piel de Alberto. Tiene la boca abierta y su lengua gruesa descansa sobre el labio inferior. En ese momento, Moira entra cargada con bolsas de las compras.

— No le digas esas cosas. La impresionas.

— Pero los peces sufren. ¿Quieres que le mienta?

Moira acomoda unas latas en la alacena. Una vez más ha brincado hasta sus ojos esa mirada llena de confusión y de miedo que invariablemente surge cuando se encuentra ante un dilema materno. Aunque no le gusta mentir, algo le impide soltarle el mundo y sus realidades encima a su hija: es demasiado para ella, pero sabe que tendrá que ajustarse, como todos.

Maya se ha acercado y juega a mover una bolsa de fideos. Sus ojos son del color de un té cargado y, aunque apenas va a cumplir diez años, tiene la vista muy deteriorada. Usa lentes del estilo de una secretaria de los años setenta, con las orillas superiores en punta. Alberto la peinó con un par de coletas. Moira le acomoda la blusa para cubrir los tirantes del sostén que usa desde hace unos meses. El desarrollo del cuerpo de Maya es algo que Moira nunca contempló y que ahora le aterra.

Alberto termina de limpiar los pescados y los guarda en el congelador. Se lava las manos y enciende la televisión. Maya corre y le da un beso en la mejilla. Luego se acurruca junto a él y pide que le pongan el disco de la Abeja Maya. Él consiguió una copia pirata muy aceptable en el centro y Maya mira los episodios todos los días. El saber que una abeja lleva su mismo nombre le provoca una fascinación total. Ella es la abeja Maya. Un día le crecerán las alas. Después de cada episodio, sin falta, sale al jardín en una búsqueda obsesiva de los insectos de la pantalla.

— ¿No hacemos una linda familia? — le grita Alberto desde la salita de TV.

Moira se acerca y le dice en voz baja:

— Ustedes dos se ven adorables, pero si me voy a casar, quiero que mi esposo me pueda sacar un orgasmo de vez en cuando.

— Lo que Maya necesita es un padre. Lo demás te lo buscas por tu lado.

Del suyo, Moira recuerda cómo se veía la parte de atrás de su cabeza, cuando estaba leyendo. El cabello marrón que se perdía en los músculos tensos del cuello. Sus orejas hermosas y plegadas al cráneo. Estaba prohibido hablarle en esos momentos, así que ella se concentraba en mirarlo, en escuchar su respiración, el ocasional carraspeo y el pasar de las páginas. Era el padre ausente que cuando se materializaba, se ocupaba leyendo. Moira quería ser un libro en alguno de los estantes.

— Esa no es razón para casarse. Y menos contigo.

— *Auch*.

— ¡Tecla, la araña mala! — grita Maya y acusa a la pantalla con su dedo regordete—. ¡Mala, mala!

Después de que Moira se lo presentó a Noelia, esta le dijo en privado que Alberto le inspiraba desconfianza. Era la combinación de un saludo de mano lánguido con el vello que le cubría la cara. «La gente con barba», le dijo, «tiene un aire de superioridad, como si el tener pelos en la cara fuera sinónimo de sabiduría». En realidad, Noelia desconfiaba de los hombres en general. «Pero es gay, Alberto es mi amigo gay», replicó ella como si eso pudiera apaciguar la suspicacia de Noelia. Ni siquiera llegó a decirle que Alberto le había propuesto casarse entre amigos, porque en ese momento se dieron cuenta de que Maya las escuchaba bajo de la mesa. Tenía etapas en las que le gustaba esconderse en lugares diferentes de la casa y salir en momentos inesperados, a la *jack-in-the-box*. Las dos guardaron silencio, pero la niña ya había salido y daba pequeños brincos de alegría: «¡Hot cakes!». En sus oídos defectuosos, la palabra *gay* se había convertido en sinónimo de su desayuno favorito.

A pesar de la desaprobación de la amiga de su madre, Alberto Hot cakes es un imán para Maya. Su presencia en la casa representa una aventura: salir a acampar, a la playa, al cine, a jugar balón al jardín; para la madre, un alivio de sus deberes maternos, que son especialmente intensos. Moira ni siquiera se siente culpable de soportar su presencia y escuchar sus consejos a cambio de unas cuantas horas para sí misma.

La niña se ha quedado quieta mirando la pantalla por un rato. Alberto se reúne con Moira, que come cereal y lee el periódico.

— ¿Te molesta si le compro a Maya una pecera?

— Si tú la vas a limpiar, no — contesta ella limpiándose las manos con un trapo con estampado de betabeles en diferentes posiciones.

— ¿Y qué has pensado?

— Que nunca ha estado en mis planes casarme. Ni cuando era una princesita de universidad ni ahora que soy una madre soltera madura.

— Maya tampoco estaba en tus planes, pero aquí está.

— Y no importa que me alegre o me arrepienta.

Solo había sucedido y ya. Un día sintió náuseas y mucho sueño; fue a la farmacia y compró una prueba casera, y un par de horas más tarde experimentaba aquella sensación ambigua de terror y alegría que, estaba segura, tenía más que ver con las hormonas que con la realidad de los hechos. No fue algo que planeara, pero tampoco hizo nada por impedirlo. El padre biológico de Maya la había dejado para volver con su esposa. Ella albergaba la esperanza oscura de que el embarazo lo retuviera. Pero él no quiso ver a la bebé. Ni siquiera tuvo la decencia de romper la relación con Moira. Por eso no supo que la hija que engendró tiene síndrome de Down.

— Tenemos casi cuarenta. Esto no se va a poner mejor — dice Alberto.

Moira se vuelve para observar a la niña desde su lugar. La cara de Maya es una de las tantas versiones de ella misma. En alguna parte de ese cuerpo con un cromosoma extra, está la esencia de

Moira: un timbre parecido en la voz, una cierta forma de ladear la cabeza. Hubo tanto que pudo hacer, piensa ahora que mira su vida en retrospectiva. Pudo haber averiguado entre sus conocidas los datos de algún médico abortista. O pudo haber abandonado a la bebé frente a una casa, dentro de una canasta. Incluso pudo haber pasado la responsabilidad a su madre, como hacen muchas, y luego fingir una depresión que no le permitía hacer más que dormir durante todo el día. Por alguna extraña razón decidió hacer lo correcto. Y ahora el ímpetu o las buenas intenciones, como los propósitos de Año Nuevo a principios de marzo, se habían perdido. Moira sabe que debería dedicarse a esa niña con la misma energía frontal con la que hace años buscaba a un hombre que la amara y, sin embargo, se encuentra muy a menudo anhelando que Maya no exista.

— ¿Esto no se va a poner mejor? Qué poco alentadora tu propuesta.

Moira comienza a toser. Alberto le acerca un vaso de agua y mira a otra parte con discreción mientras el ataque pasa.

— También puedo cuidar de ti cuando seas una anciana con enfisema — le dice.

Moira siente una oleada de odio muy fuerte, una corriente eléctrica atravesándole las vértebras. El paso del tiempo es algo de lo que no quiere hablar jamás. Cuando nació Maya, un doctor le dijo que su vida iba a ser breve. «Muy feliz, pero corta», le aseguró. «Este tipo de niños vienen con muchos problemas físicos», dijo, como si Maya fuera parte de un lote defectuoso de cafeteras. «Pero tienen una fuerte inclinación hacia la felicidad». Y en verdad es una niña feliz, capaz de encontrar la belleza en un caracol o hasta en una sombra en la pared.

Fue ese médico el que le dio una tarjeta con los datos de un grupo de apoyo para familiares de niños Down. Era a la vez funcional y catártico. Los integrantes intercambiaban experiencias, angustias, dudas, terapeutas, consejos. Todos comían y lloraban juntos mientras trataban de convencerse mutuamente de que un niño con retraso mental era en realidad una bendición disfrazada. O una prueba de Dios que los haría más fuertes. Unas madres incluso llegaban a afirmar que si pudieran volver a vivir, pedirían tener un niño Down otra vez.

Moira no podía entenderlo y estar en el grupo se volvió una tortura a la que ella misma se obligaba a ir. Pero fue allí donde conoció a Alberto: su hermano había muerto hacía años, pero él seguía asistiendo al grupo. Y en cuanto a ella, ya había pasado una década y la niña seguía a su lado. ¿Cuánto tiempo era una vida breve? El vaso medio lleno, el vaso medio vacío, todo depende. Solo la peor de las madres se preguntaría a sí misma cuándo morirá su hija. Cuándo volverá a ser libre: de ella, del hombre que deseaba ser el padre, de lo que no había podido ser. Es la peor de las madres. La niña la adora y Moira no lo soporta porque sabe que no está hecha del material de los dioses. Es de puro barro.

Alberto se despide de ella con un beso en el aire y promete pasar a ver a Maya al mediodía.

Poco antes de la hora de comer, Alberto abre con la llave que Moira guarda bajo la maceta del cactus. Lleva bajo el brazo una pecera mediana y en la mano una bolsa con varios peces dorados. Encuentra a Maya dormida frente al televisor y sobre la mesa, un sobre grande y un *post-it* rosado encima: *Papeles de Maya, contrato de arrendamiento, mis razones*. En un sobre más pequeño, con la letra desarticulada de Moira, en solo cuatro palabras: *Cuida mucho a Maya*.

Alberto está a punto de dejar caer la pecera, pero logra colocarla sobre la mesa después de un largo titubeo. El ruido despierta a Maya, que camina adormilada hasta donde está él. No lleva puestos sus lentes: aprieta los ojos y tiene que acercarse mucho a la bolsa de plástico para darse cuenta de que

tiene unos peces dentro. Entonces se pone a dar vueltas en círculo, con los brazos extendidos, gorjeando de felicidad. Antes de lanzarse sobre él para besarlo, convierte sus labios en boca de pez.

La Cebolla de Cristal

El bar estaba a una distancia caminable desde su casa. En el camino vio a un niño con parálisis cerebral en su silla de ruedas, enfundado en un conjunto deportivo demasiado caluroso para un día como ese, con el cielo desnudo de nubes. No era la primera vez que Moira lo veía: siempre lo sacaban a la misma hora a tomar el sol como si fuera un reptil, así, congelado en una pose que se antojaba dolorosa. Alguna vez leyó que muchos de esos niños no tenían retraso mental: era solo su cuerpo el que les negaba una existencia normal. En cambio, Maya era móvil, pero impulsiva, torpe y de pensamientos simples. Apretó el paso, mirando la banqueta y se alejó de aquella estatua babeante.

Moira nunca había estado en La Cebolla de Cristal; solo había visto el letrero de neón emulando la silueta de una cebolla cuando llevaba a su niña a terapia de lenguaje. En aquel momento, el lugar se le antojó como lo mejor del mundo. Tal vez podría cobijarse del pasado reciente y olvidarse de lo que vendría después. Abrió la puerta y el fresco del interior le acarició la cara. Había caminado más rápido de lo normal sin aflojar el paso hasta llegar al bar y ahora tenía la piel enrojecida y caliente. Adentro, la voz quebrada de Bonnie Tyler inundaba el lugar con «It's a heartache». Los ojos de Moira tardaron en acostumbrarse a la penumbra; solo entonces pudo distinguir a una chica con cabello pintado de rubio que le preguntó si esperaba a alguien. Tenía cara de fastidio y una sonrisa temporal que desaparecía en cuanto terminaba de hablar. Moira dijo que no y la otra se limitó a conducirla en silencio hasta un lugar libre.

La barra era una especie de herradura con un gran espejo de fondo y varias pantallas planas en la parte superior que reproducían en silencio un partido de fútbol, una pelea de box y una carrera de la Fórmula Uno. Dentro de aquella curva varios jóvenes con delantales negros preparaban bebidas y entregaban cervezas con un entusiasmo pagado por hora. Moira subió a una silla alta sintiéndose demasiado consciente de sí misma.

Por la mañana había tomado un baño pensando que aquel día sería común y corriente como todos los otros desde que una enfermera le depositó a su hija en los brazos. Se puso una playera cualquiera, vaqueros y se recogió el cabello en una coleta. Nada de maquillaje ni zapatos lindos. En realidad no era nada particular: el impulso de arreglarse lo había perdido cuando supo de la condición del bebé: había dejado de ser la de siempre para convertirse en algo que no era ella. Estaba segura de que en cualquier momento su cuerpo comenzaría a transformarse en el de una morsa y no tendría otra opción más que meterse en esos pantalones de mezclilla con elástico que usan las madres gordas, las que se han dado por perdidas a sí mismas. De hecho, no pensó nunca en los aspectos prácticos del abandono, solo en dejar la nota, los papeles legales y en salirse con lo puesto. Ahora que varios hombres la observaban desde otras posiciones de la barra, se preguntó cómo se veía alguien que recién lo abandonó todo a través de ojos ajenos.

Un barman de ojos verdosos, y que podría ser su hijo si ella hubiera sido una madre adolescente, le preguntó si quería algo. La miró de una manera incómoda. Era el tipo de mirada que una persona le dedica a otra cuando va a revelar algo muy importante. O cuando hay una proporción mujer-hombre de 2 a 20, más o menos, y una va sin pareja, visiblemente rota. Moira pidió un daiquirí de

mango: necesitaba algo dulce a esas alturas de la tarde. Luego condujo sus ojos hacia cualquier otra parte del bar.

A un par de lugares a su derecha estaba una mujer joven más desaliñada que ella. Tenía un tatuaje color cereza de la jarrita de Kool-Aid en el brazo, las uñas y labios pintados de negro, y el cabello oscuro y lacio, no muy corto, pero tampoco tan largo como para recogerlo en la nuca por completo. Ni siquiera un broche. Dibujaba concentrada en un cuaderno, dejando que su tarro de cerveza se entibiara. Moira se inclinó un poco hacia adelante para mirar lo que hacía: eran elfos. El barman le entregó su bebida y ella tuvo que dejar de mirar los trazos de tinta azul para musitar un *gracias*. Irguió la espalda y puso el popote entre sus labios, succionando hasta que se sintió mareada por el frío.

Hace tiempo, cuando vieron una de las películas de *El señor de los anillos*, Maya había quedado cautivada con las orejas puntiagudas de los elfos y con los cuerpos robustos de los enanos. «Se parecen a mí, pero en diferente», había dicho. Días después comenzó a bosquejar malos intentos de los personajes en su libreta, coloreados con crayones gruesos. Moira se vio obligada a colgar los dibujos con imanes en la puerta del refrigerador, como hacían las otras madres que encontraban maravillosos a sus hijos y que coleccionaban cualquier objeto que hubiera estado en contacto con sus manitas.

Tras el tercer daiquirí y de mirar un juego de *soccer* en el que los jugadores se desplazaban como hormigas sobre el fondo verde, Moira sacó un cigarrillo de su bolsa antes de recapacitar en que ya no se podía fumar en ningún lado. Fue cuando volvía a guardarlo que un hombre vino a sentarse junto a ella. No era de los que habían comenzado a mirarla desde otros puntos de la barra, intentando hacer contacto visual para luego mostrarle una sonrisa. Este hombre se había materializado sin que ella se diera cuenta. Acunaba entre sus dos manos una botella de cerveza y cuando habló, lo hizo mirando al frente, como si no se dirigiera a nadie en particular.

— Sentirse sola es una enfermedad de las mujeres — dijo con acento que ella no pudo catalogar del todo. Transmitía además una tranquilidad que la inquietó de una forma que no supo explicarse. En cualquier caso, la otredad de la voz la tomó por sorpresa.

— Sí — Moira se escuchó a sí misma coincidiendo con el extraño de junto. Giró un poco la cabeza y lo vio de perfil. Tenía las patillas largas y el cabello negro, negrísimo; la piel color canela claro y una nariz afilada que a ella le recordó las ilustraciones de Quentin Blake en un libro de su hija. «Perfecto», pensó, «un tipo de nariz hermosa me viene a recordar lo sola que estoy». Se terminó el daiquirí y pidió una cerveza.

Sintió que lloraría en cualquier momento. Miró hacia abajo, por entre sus piernas, concentrándose en el piso. Tensó los músculos para mantenerse quieta y evitar el temblor que precede al llanto. Se sintió observada por él: eso la llenó de una vergüenza que le punzaba la piel.

— Una vez que empiezas a caer, parece que nada puede detenerte.

La misma voz, pero más cerca de ella. Luego una mano sobre su antebrazo. Moira sintió el contraste entre la tibieza que ejercía aquella otra piel sobre la suya y el frío en la superficie que aquella palma no alcanzaba a cubrir. Se fijó en aquellos dedos con uñas cortas y cutículas perfectas. En la fina capa de vellos sobre el dorso. No pudo sino dejarse llevar por la sugerencia de sentarse en uno de los gabinetes, para estar más cómodos.

— Sí, como Ícaro — dijo Moira muy quedo mientras él transportaba las cervezas de la barra hasta la mesa.

Tal vez esta era la razón por la que había llegado hasta allí. No estaba ante una disyuntiva, como la que se planteó antes de dejarlo todo. Esa parte fue la más fácil, hasta cierto punto. Escoger entre la

continuidad o lo abrupto del cambio. Ahora el camino se desdibujaba y la niebla cubría todo lo demás y era imposible saber. La Cebolla de Cristal sería un visor de claridad. Y lo que veía ahora era a ese hombre. Moira sonrió. La luz era mucho más tenue en aquella sección del bar. Su edad se diluyó en la penumbra al tiempo que lo amargo de la cerveza se extendía por su lengua. Comenzaba a sentir el dulce mareo del alcohol. Se fijó que él tenía los labios muy finos y una arracada en el lóbulo de la oreja. Su rostro era tan simétrico que le provocó una punzada de ternura en alguna parte del pecho.

La siguiente ronda la pagó él y Moira se sintió como esas mujeres que odian a los hombres, pero que se detienen impacientes frente a una puerta esperando que sea un XX quien la abra por ellas. Cuando él le dijo cómo se llamaba y le extendió la mano, ella la tomó entre las suyas como quien captura un insecto. Posó sus dedos sobre una pulsera de estambre que él llevaba y luego pronunció un nombre que no era el suyo. Hay veces en las que uno tiene que mentir.

Hacía años, el hombre casado que omitió decirle su estado civil fue el primero en hacerlo. Era un escritor que no escribía, lleno como estaba de ideas y frustraciones comunistas, secretamente enamorado de la música y la literatura norteamericanas. El que la llamaba *mi burguesita* antes de desnudarla en un motel, el que narraba pequeñas historias en las que ella era la protagonista. El mismo que anotaba su peso cada vez menor en una libreta y respondía a la pregunta de Moira sobre sí había desayunado un *solo té verde y cigarrillos*; para que ella lo arrastrara hasta un restaurante clasemediero, como decía él con desprecio. Ella lo miraba extasiada partir una milanesa, engullir chicharos y puré de papas con una desesperación contenida, y sentía llenarse de amor por él.

La verdad sobre el matrimonio del hombre de su vida fue como un huevo que alguien rompió sobre su cráneo. Limpiarse no iba a pegar el cascarón, pero ella intentaría vivir con eso. Varias semanas más tarde vino la otra revelación, la de que iba a volver con su mujer. Para entonces Moira, toda ella, había comenzado a apestar. Fue en ese paréntesis de tiempo que se vio forzada a mentir como un método de supervivencia. Las lágrimas, los ruegos, las amenazas nada sutiles de que podría hacerse daño a sí misma, nada de eso funcionó. Por eso había dejado las pastillas anticonceptivas el mismo día en que se enteró de la existencia de la esposa. Omitió decírselo con el rigor del ojo por ojo y el diente por diente. Para cuando él se decidió a salvar su matrimonio, ya había fornicado varias veces con el cuerpo y los óvulos liberados de Moira, con la urgencia de saber que serían las últimas. Después vino el fruto de las mentiras de los dos: Maya. ¿Y de qué sirve mentir si el otro no se percibe como engañado?

Moira miró al tipo que tenía enfrente y no pudo recordar cómo se llamaba. No iba a preguntarle: sería como admitir una falta de interés que en realidad era una incapacidad de concentrarse. Le vino de pronto, como si su cerebro siguiera al tanto de las cosas, a pesar de ella misma. Se llamaba Baldomero.

— Baldomero — dijo en voz alta.

— Significa «valiente» — dijo él. Le dio un trago a su cerveza y añadió que solo alguien así podría haberse atrevido a abordar a alguien como ella.

— Gracias.

Lo único que deseaba en ese momento era tomar ese cabello oscuro, ondulado y denso entre sus dedos. Quería abrazar aquel cuerpo con todas sus fuerzas porque era un desconocido. Porque todo en él era un misterio. Porque tenía el potencial de ser lo que sea.

La conversación se transformó en aquella entrevista velada que las personas se hacen las unas a las otras antes de tocarse. La falsa ilusión de saber. Sin pensarlo, a Moira se le escapó de los labios la pregunta que no le hizo al otro.

— ¿Eres casado?

Él estuvo a punto de derramar la cerveza por un absceso de risa. Nunca le habían preguntado eso por delante, dijo. Luego le aseguró que no, que de otra forma no estaría sentado con una mujer tan hermosa. La curiosidad era recíproca.

— ¿Y tú?

— Separada.

Su voz intacta, a pesar de la mentira. Era claro que ella era mayor que él por al menos unos diez años, quizá más. Él tendría apenas veintitantos; poseía esa belleza propia de la juventud y que es imperceptible para quien la ostenta; en cambio, Moira ya llevaba un tiempo de navegar los treinta, de esconder la cicatriz de la cesárea en su bajo vientre, de conciliarse con las arrugas que la asaltaban cada vez que intentaba sonreír. La angustia de la proximidad a la cuarta década se sentía como una hernia. Cómo ser soltera a esta edad; una relación fracasada era preferible.

— ¿Hijos?

— No — dijo Moira tras unos segundos y los músculos de su cara se contrajeron con dolor, igual que su útero en los días siguientes al nacimiento de Maya. Hay veces en las que uno tiene que mentir; hay otras, sin embargo, en las que uno tiene que apilar una mentira sobre otra. Bajó la vista sintiendo un ardor en toda su piel. Se excusó con aquel hombre que la miraba con una ternura extraña y se dirigió al baño de mujeres, un pequeño cuarto de azulejos rosas, con un lavabo lleno de cabellos y un par de excusados. Examinó su reflejo: ya no era tan joven, no encontró esa mirada desafiante de antes. Tenía los ojos enrojecidos, la barbilla temblándole de una forma patética. Tocó el celular adentro del bolsillo de sus vaqueros. Solo había que hacer una llamada y volver, deshacer todas esas horas del día. Alegar locura temporal. Se lavó con agua fría y se quedó mirando la forma en la que su cabello le cubría la mitad del rostro.

Moira no supo por cuánto tiempo estuvo así. Estaba segura de que cuando saliera del baño encontraría la mesa vacía. Abandonada en aquel su primer día después de su abandono. Consideró encerrarse en uno de los cubículos y sentarse a llorar sobre el retrete, pero en algún momento habría de tomar la decisión de a dónde ir. El personal del bar la obligaría a ponerse de pie para escoltarla hasta la calle. La loca del baño, dirían los empleados exhaustos y ansiosos de terminar su turno para irse a casa.

Por eso se sorprendió tanto al ver a Baldomero allí, esperándola, jugando a mover sus dedos despacio como si fuera una especie de mimo. Él sonrió en cuanto la vio aparecer y se puso de pie. Moira sorbió un poco la nariz y se presionó sus párpados con los dedos, concentrándose para no soltar el llanto, conmovida como estaba por este acto de, ni siquiera sabía cómo llamarlo, por este acto de simplemente estar.

— Lía, ¿quieres que nos vayamos? — preguntó él y por un momento Moira no supo a quién se dirigía. Luego se acordó del nombre falso que había dado hace rato y asintió un poco humillada, como si fuera una niña pequeña que recibe una nalgada en público. Más tarde tendría que editarse frente a él. — ¿A dónde? — dijo tomándola del brazo con suavidad.

Lo que Moira contestó fue:

— Vamos a tu casa.

Pero lo que en realidad quiso decir era:

— No me dejes, no pases de largo, por favor.

RESIDUOS DE ESPANTO
2013

Me llamo Abigail

Where there are no words, there memory cannot take root.
For memory is a moral action, a choice.
You can choose to remember, you can choose not to.

Joyce Carol Oates, *I Am No One You Know*

... Jamás hubiera podido imaginar una quiebra tan absoluta del hombre de Occidente con la que se había estampado aquí en residuos de espanto...

Alejo Carpentier, *Los pasos perdidos*

You ask people about scars, they
tell you a terrible story, a story they
want to tell more than they know.

Amy Bloom, *Away*

Soy la nieta de una sobreviviente. No hay etiqueta mayor en mi vida. Nada de lo que haya hecho o de lo que haga en el futuro podrá definirme. Nací protegida por un nuevo contexto histórico: cosecho los frutos de las verdaderas víctimas desde la seguridad de mi hogar. Pertenezco a la raza que Hitler quiso borrar del planeta. No hice nada para merecer la muerte ni tampoco la salvación, pero aquí estoy. No me arriesgo, no corro peligro, pero soy. Lo único que me queda es contar su historia. Ese es el trabajo de las hijas, y como no tuve madre, me corresponde. Narrar. No permitir que la verdad y la memoria se extingan. Después del Holocausto, para quienes no murieron, el mundo afuera de los campos fue erradicado por completo: ya no existía tal cosa como lo simple o lo común. Para estos muertos en vida todo se volvió más que extraordinario, cualquier cosa era un milagro en sí, una improbabilidad: una cuchara, un libro, una frazada, la ropa limpia, un cielo sin explosiones. Ni qué decir de las cosas que los hacían llorar con tan solo mirarlas: una manzana, un bistec, arroz hervido, vegetales, agua caliente o champú perfumado para baño. Esto lo sé porque mi abuela no se cansaba de repetir que después de lo vivido era imposible regresar a lo ordinario. Ya no había refugio de la potencia cegadora de las cosas: el café recién hecho o la tarta de manzana gritaban ensordecedoramente sus olores, abotagaban sus sentidos. Algo tan normal como unos calcetines o un pedazo de chocolate eran un milagro. Yo fui solo su nieta: no pertenecía a esa trinidad tan íntima y terrible que forman el verdugo, la víctima y el testigo. Pero aprendí sin querer las historias de la abuela. Me convertí en su libro, en el archivo de esa parte de su vida.

Martillos sin mazo

Espero a que traigan a mi abuela de donde le hicieron un estudio para determinar si su cerebro seguía consciente de sí mismo, o bien, si era solo un ser orgánico indiferente a su propia existencia. Ya nadie dice *estado vegetal*: políticamente incorrecto. Como si las palabras fueran más importantes que enterarse de que alguien a quien amas no volverá a despertar jamás. Yo sé que las palabras nunca se aproximan a describir la realidad. Me consta que a veces las palabras lo son todo, determinan cosas, deciden el rumbo de una vida y, en cambio, en otras ocasiones no son nada más que herramientas inútiles, martillos sin mazo que no sirven para expresar lo que uno siente. Si mi abuela muere ahora, me quedaré sola en el mundo. Mi soledad será tan sólida y fría como esta silla metálica en la que estoy sentada.

A mi lado hay un hombre obeso cuyo rostro no registra nada, ni placer ni aburrimiento ni dolor. Pienso en un sapo en el pantano, los ojos que se asoman del agua, esperando a que llegue una libélula para atraparla con la lengua. Nunca me ha gustado hacer plática con gente que no conozco; suelo ser cortante cuando alguien me habla en el autobús, en el supermercado, en cualquier parte. No sé si soy más desconfiada que tímida o antisocial, pero nunca he iniciado una conversación sobre el clima o cualquier cosa con un extraño. Sin embargo, ahora deseo que este hombre me mire y me pregunte si tengo algún pariente enfermo, que es lo obvio, pero también una buena excusa para decirle que mi abuela está internada, que la encontré inconsciente esa mañana, todavía con pulso, pálida, y que hablé aterrorizada a emergencias y luego de no sé cuántos minutos mandaron una ambulancia que la trajo hasta acá. No existe un diagnóstico aún, solo angustia y los peores pensamientos, y yo necesito hablar con alguien. Pero el hombre no me habla, no hace contacto visual conmigo y yo tampoco puedo pronunciar palabra. Tal vez es lo mejor. Supongo que entre ese hombre y yo no habría ninguna conexión, aunque intercambiáramos algunas frases. Seríamos como dos madres en una fiesta infantil: corteses una con otra, sin poner atención real, y soportando el paso de las horas.

Me pongo de pie y camino por el pasillo, mirando las puertas a cada lado, con sus números y con el nombre de los pacientes escritos con plumón negro en un rectángulo de cartulina. Me pregunto cuántos de los internos del hospital están heridos de gravedad, cuántos se debaten entre la vida y la muerte, cuántos sobrellevan la muerte crónica y tediosa, cuántos buscan allí una vida nueva y cuántos son cuerpos inertes que respiran sobre sus camas. Un aroma a limpiador de pisos y cloro prevalece sobre otros olores apenas imperceptibles: flores en decadencia, desechos humanos, enfermedad, muerte.

Un nombre me hace detenerme frente a una de las puertas: *Józef Pasternack*. ¿Qué hace alguien con ese nombre internado en un lugar como este, en un país como este? Mi propio apellido extranjero, la rareza de un nombre de familia que no fuera de ascendencia española, la causa de tantas burlas en la escuela, me ha hecho sensible a otros apellidos inusuales. «Dios los hace y ellos se juntan», dice mi abuela. Miro por el pasillo y no veo a nadie; pongo la mano sobre la manija de

aluminio de la puerta, esperando encontrarme con la resistencia de un seguro, pero en su lugar un clic bastante discreto me da el paso a la habitación.

En la cama hay un anciano delgado que me observa con lo que parece ser una sonrisa. Con el brazo que no está conectado al suero, me hace un gesto para que entre. Avanzo y cierro la puerta, despacio. Me detengo junto a la cama. El hombre es un esqueleto cubierto de piel pálida, casi transparente; sus ojos se esconden entre las cuencas profundas y los pómulos angulosos; el cráneo se muestra desnudo y cubierto de manchas, como plátano maduro. Al verme, su rostro se contrae en una expresión alegre, llena de arrugas.

— Soy Józef — extendiéndome su mano delgada, con los huesos como los rayos de una bicicleta —. Tengo cáncer. Me gusta tener visitas.

— Soy Abigail — digo sin temor a dar mi nombre verdadero, como siempre me sucede. Tomo su mano: está fría, pero es suave—. Estoy aquí porque recién internaron a mi abuela. No saben qué tiene.

Me quedo inerte por unos segundos, sin saber si despedirme, sentarme o lanzar un comentario solidario sobre el cáncer, o una pregunta ingenua sobre el personal de la clínica. Cuando abro la boca para decir que debo irme para ver si ha regresado la abuela de sus estudios, veo el número 73 982 sobre el antebrazo de Józef. El mismo tatuaje de tinta negra deslavada, casi azulosa, con números chuecos, mal trazados por la saña o por la prisa, que tiene Déborah. Es decir, no es el mismo tatuaje porque los números son otros, pero al mismo tiempo es idéntico.

— Un recuerdo de hace tiempo — dice él.

— Mi abuela también tiene uno.

— Qué coincidencia — dice Józef y de nuevo la piel de su rostro se pliega en una sonrisa—. Me encantaría conocer a tu abuela.

— Seguro tendrían mucho qué contarse — digo. Me doy cuenta de inmediato de lo mal que suena lo que acabo de decir. Pero él no me lo toma a mal:

— Seguro que sí.

Un par de golpes en la puerta nos sobresaltan. Una enfermera entra a revisar el contenido del frasco del que sale un líquido transparente que se pierde en la vena de Józef. La mujer me mira como si estuviese molesta y me pregunta cuál es mi relación con el paciente. Józef dice a tiempo:

— Es la nieta de una vieja amiga.

La enfermera suaviza su expresión. Le da unos golpecitos con el dedo a la vía intravenosa y saca el aparato. El brazo de Józef es esquelético y la enfermera batalla para ajustar la tira negra alrededor.

— Solo pueden visitarlo familiares o personas autorizadas por el enfermo. Nunca había venido nadie...

— Mi abuela también está internada — digo antes de acercarme a Józef y apretar mis labios contra su frente, como haría la querida amiga que se supone que soy—. Regreso al rato. Voy a ver cómo está Déborah.

Salgo del cuarto, cómplice de una mentira con un extraño, un sobreviviente del mismo horror del que escapó mi abuela. Pienso en la coincidencia, en eso que dice ella sobre que el mundo es un pañuelito. Sonrío con una especie de esperanza agazapada en mi cerebro, como si este encuentro pudiera significar algo. Regreso hasta la salita de espera; el hombre obeso ya no está. Me dejo caer en la misma silla donde estuve antes. Al verme, la señorita de recepción se pone de pie y viene hacia mí. Me dice en voz baja el número de habitación donde está mi abuela y me pide que espere allí a que regrese el médico para hablar conmigo.

Números en su brazo

Mi abuela no podrá conocer a Józef. Aparentaría dormir plácidamente en la cama, si no fuera por el tubo que sale de su garganta, asistiéndole para respirar, y su brazo conectado a una vía en la que administran suero y medicamentos cada determinado tiempo. El médico dice que no se puede afirmar si está consciente e incapacitada, o bien, si se ha convertido en un vegetal. No lo dijo así, pero para mí sonó como si lo hubiera dicho. Brutal. La miro y se me ocurre que tendrá frío solo con ese camisón de hospital y la sábana delgada. Me acerco y subo la cobija sobre su pequeño y escuálido cuerpo. Toco sus mejillas: su piel está fría y reseca.

— No deje de hablarle — dice el médico. Huele a cigarro y loción de afeitar—. Si alguna parte de su cerebro puede procesar el sonido que sus oídos captan, le alegrará escuchar su voz y saber que está a su lado.

Me da la mano, una mano suave y humectada, y me desea suerte poniéndose a mis órdenes para cualquier cosa. Lo veo alejarse por el pasillo, olvidándose seguramente de nuestro caso apenas nos da la espalda; cierro la puerta despacio para no hacer ruido. Camino hacia la cama y le tomo a mi abuela varias fotos. Borro las que no la favorecen y me quedo con una en la que se ve más como mi abuela y no como una anciana en estado vegetativo. La beso en la frente y me doy cuenta de que no huele a la crema Teatrical que es su aroma distintivo y que se unta por las noches desde que llegamos a México. Acerco una silla y tomo entre mis manos la suya. Le hablo tratando de que mi voz sea clara: hago una pausa entre cada oración para darle tiempo de entender.

— Abuelita, soy yo, Abigail.

—

— Conocí a alguien como de tu edad.

—

— Tiene cáncer, el pobre.

—

— Es un hombre que tiene mucho en común contigo.

—

— Dice que le encantaría conocerte.

—

— Se llama Józef.

—

— Tiene números en su brazo.

—

— ¿Puedo hablarle de ti?

—

— ¿Tienes frío o así estás bien?

—

La abuela no contesta. Tampoco parpadea ni aprieta mi mano como sucede en las películas. Vuelvo a arroparla y pienso en las veces en que ella hizo lo mismo por mí, sentada en la orilla de mi cama, acariciando mi frente y tratando de desentrañar el mundo para mí. Todas las noches me hablaba de mi padre para que yo no fuera a olvidarlo o a mirarlo como a un extraño la próxima vez que apareciera en casa. Otras veces me contaba fragmentos de su pasado, o bien, los sucesos del día. Un gato que se comió una paloma, una vecina que peleó con otra, un embarazo no deseado de la hija de no sé quién. En ocasiones contestaba mis dudas o escuchaba mi hablar incesante de niña.

— Voy a estar aquí contigo hasta que volvamos a casa — digo—. Excepto en las mañanas, pero vendré en cuanto termine con mis clases.

Salgo del cuarto de mi abuela y voy al de Józef. Me duele la garganta y me ahogan las ganas de llorar. Necesito contarle a alguien que mi única familia es Déborah y ahora está dormida y tal vez nunca despierte. Quiero compartir con alguien que no sé lo que va a pasar, que me siento sola y que las relaciones con mis colegas maestras en la universidad y con un par de amigas de la secundaria son superficiales. Sirven para comentar la serie de televisión en boga, o para sacar nuestras frustraciones con los alumnos, o para hablar de alguna ruptura amorosa o de ofertas en tal o cual tienda. Pero no son útiles para departir de la soledad infinita que duele por dentro, de la incertidumbre que oscurece mi vida, del desamparo total y la certeza de que no se tiene a nadie más en este planeta. Toco la puerta y una voz cascada, pero animosa, dice:

— Adelante.

Música para sus plantas

La televisión en el cuarto de Józef está encendida en las noticias a manera de música de fondo. Él tiene las manos alrededor de una taza con té de manzanilla sobre la mesita con ruedas frente a él. Quizá disfruta el calor en sus palmas y el olor del té subiendo en volutas de vapor hasta su nariz; es lo que a mí me gusta más de las bebidas calientes. Apremiar la vida a través de los sentidos: mi abuela hacía lo mismo. Al verme, Józef sonríe y dice que me esperaba. Está contento porque es un buen día; me explica que con el cáncer hay días malos, días terribles y días no tan dolorosos. Pero hoy es un buen día porque yo estoy allí y su enfermedad le da tregua.

— Me da gusto escuchar eso — digo. Voy a sentarme a su lado. Busco la foto de mi abuela que recién tomé. Le ayudo a Józef a ponerse los lentes gruesos sobre su buró. Cuando enfoca la imagen de Déborah en la pantalla de mi celular, hace una exclamación de asombro y dice que está seguro de que fue una belleza de joven. Que seguía siéndolo, de la misma manera en que las ruinas de una gran civilización, con sus pilares derruidos, sus muros deslavados o sus estatuas sin narices, dejan ver el esplendor y la majestuosidad del arte que fue, a pesar del tiempo y del fervor de algunos para borrar la belleza o a una raza entera de la faz de la tierra.

Asiento con una sonrisa: mi abuela fue, efectivamente, una mujer hermosa. Y Józef es un caballero.

Le cuento sobre la condición de mi abuela. No proporciono detalles porque el doctor tampoco me los ha dado. La incertidumbre en cuanto a su recuperación es lo único certero, pero existe la posibilidad de que esté consciente, de que me escuche, así que yo debería hablarle. Józef dice que si hay gente que le habla a sus mascotas o que le pone música a sus plantas, sería lógico hablarle a la abuela de uno, aunque parezca que duerme.

No se lo cuento a Józef, pero recuerdo que la última vez que estuve con ella, peleamos. Ella quería que le dedicara menos tiempo a mis clases, a calificar a mis alumnos que no estaban interesados en aprender, y que me buscara un hombre que me amara. Yo le dije que no necesitaba quién me cuidara, que era una mujer independiente. «Pero eres una mujer al fin», dijo ella. «Siempre serás más débil. Siempre la calamidad y la vida serán más duras contigo; es mejor si tienes un hombre junto a ti».

Esa mañana, la última mañana en que la vi normal, como había sido desde que tengo memoria de ella, salí de casa sin comerme el desayuno que me había dejado en la mesa, incluido mi café sin el que no puedo vivir. Sabía lo mucho que le angustiaba que yo anduviera con el estómago vacío: rechazar el desayuno, el trabajo amoroso que implicaba preparármelo, fue la mayor afrenta que se me ocurrió hacerle. ¿Qué me hubiera costado decirle que sí y dejarla creer que, a pesar de que buscaba, no tenía suerte en el amor? Al menos la hubiera hecho feliz.

Con un dedo arrastro las lágrimas hacia los lados de mi cara. Józef me ve llorar, pero no intenta consolarme. Supongo que un efecto secundario de la edad avanzada es prudencia para decir algo o callar. Me pregunta si tengo un poco de tiempo. Yo digo que sí moviendo la cabeza mientras sacaba un pañuelo de mi bolsa para sonarme la nariz.

— ¿Podrías contarme de tu abuela? Su tiempo en los campos. No todos los días se encuentra a otro sobreviviente, mucho menos aquí.

No respondo por unos segundos. Me pregunto si soy capaz de contar la historia de Déborah, si esos recuerdos ajenos flotan aún en mi cerebro o si se han secado con el paso de los años. Mi abuela me contó cosas de su vida cuando yo era niña, pero desde mi adolescencia a la fecha no hemos vuelto a hablar del tema. No es que lo hayamos superado: solo le echamos tierra encima. Nuestra cotidianidad en México nos ofrece tantas cosas de las que podemos hablar. ¿Para qué levantar las costras del pasado en vez de dejarnos llevar por el presente? Tal vez Józef piensa que desconfío de él, porque dice:

— Yo puedo contarte mi historia. No se la he contado completa a nadie. Y tú puedes platicársela a tu abuela cuando la veas.

Desde ese día el hospital se ha vuelto mi hogar. En las mañanas voy a la universidad a dar mis clases de redacción avanzada y literatura. Después paso a casa para cambiar mi maleta de ropa sucia por limpia, regar las plantas y sacar la basura. Camino al hospital me detengo a comer en algún lugar barato. Divido entonces las horas de la tarde entre mi abuela y Józef. Primero le cuento a él sobre mi abuela. Luego lo oigo hablar sobre aquel periodo de su vida. A diferencia de Déborah, él nunca formó una familia. Está más solo que cualquiera. Ahora me tiene a mí, que lo escucho atenta, intentando absorber todos los detalles, a veces tomando notas para no olvidar. Me he convertido en una abeja que poliniza con palabras un par de flores, una dormida e inerte, otra a punto de marchitarse, sin esperanza de hacer miel. A lo único que aspiro es a dejar constancia de sus historias.

Procura las mentiras

«Siempre asegúrate bien de las cosas», decía mi abuela. Hay consecuencias serias para quien supone con ligereza. Yo creía que ella escapó de la *Shoah* gracias a su belleza, pero ella prefiere darle crédito a la bondad inusitada de Dios. Sus comentarios nunca tienen que ver con el momento; a ella le gusta soltar frases de sabiduría, quizá con la idea de inocularme contra la estupidez sin que yo lo note. Como esa tarde, justo después de recogerme de la escuela.

Hacía calor y estábamos en la parte inferior del templo Bahai. La hermosura de los jardines ascendientes me dejaba muda, a pesar de que casi todos los días pasábamos por allí camino de la escuela a nuestro departamento. Ella apretaba mi mano cada vez que salíamos de casa: era doloroso, pero necesario, explicaba, porque había gente que se robaba a los niños judíos. No explicaba quiénes. Yo intuía que se refería a *ellos*, los de barba y turbante que se inclinaban en el suelo para rezar. Pero también podría estar hablando de esos soldados rubios de mirada azul que solía mostrarme en un libro, los que amontonaban esqueletos sobre carretones o metían seres humanos a un horno gigante. Nazis, les llamaba y los ojos se le inundaban de lágrimas. «Los nazis mataron a tu abuelo en la guerra y, años después, a tu padre».

Ahora que hago el esfuerzo, recuerdo lo que me platicaba la abuela, pero en ese tiempo no le ponía demasiada atención. Es extraño: me hablaba en hebreo y yo la entendía. Me tomó bajo su cuidado desde mis primeros meses. Cuando tenía cinco años nos fuimos de Jeyfá, como le decía ella, y desde entonces no volví a hablar hebreo. «Ivrit», me hubiera corregido ella. Ya no lo entiendo, lo he olvidado por completo, si acaso quedan algunas palabras sueltas, no más de diez o quince. Pero recuerdo lo que ella me decía; es como si los significados hubieran anidado en mi cerebro y permanecido larvariamente en algún código neutral, esperando a que yo asimilara el español que tuve que aprender cuando llegamos a México y pudieran salir como una libélula que aleteaba memorias vívidas.

Caminábamos por las faldas del monte Carmelo. Me gustaban esas palmeras no muy altas, pero frondosas: palmeras de dátiles, palmeras de estampa entre ese mar bíblico y el cielo azulísimo de Haifa. En el camellón había arbustos y flores de todos colores; de las paredes se descolgaban buganvillas frondosas. Los autos se detenían para que cruzara la gente por las barras blancas de las calles. Nosotras íbamos sin prisa. La ciudad se nos colaba por los ojos y la brisa del mar deshacía nuestros endebles peinados.

Mi nombre, Abigail, quiere decir «la alegría del padre». El de mi abuela, Déborah, significa «abeja». Es un buen nombre para ella: siempre estaba ocupada haciendo algo. Yo sabía que era la madre de mi padre, nunca trataron de hacerme creer otra cosa. Si me caía y me raspaba las rodillas, era a ella a la que llamaba. Si despertaba a media noche por un mal sueño, era ella la que aparecía al lado de mi cama para decirme que todo estaba bien. Siempre se dirigió a mí con la verdad, de una manera que entonces me parecía dura. En la niñez uno tiene apetito por los cuentos de hadas, que aún con sus dosis de brutalidad poseen principios maravillosos y finales felices. De niña, una procura las mentiras

piadosas con la misma pasión que las golosinas. Yo hubiera preferido una versión suavizada de mi historia. Pero a la abuela siempre le gustaron los dátiles y la verdad.

Está claro que Déborah dio a luz a mi padre y se enteró de su muerte en noches distintas, pero ella las recordaba como si fueran la misma. Le era imposible separar los dos eventos, pues en ambos había perdido a su único hijo. La primera de forma temporal; la segunda, definitiva. «El dolor es puro como una esencia, como el aceite de sándalo. No sabe de contextos», decía, dando por hecho que yo entendería.

La abuela, durante la Segunda Guerra, fue víctima de la Solución Final. Igual que a millones la metieron en un vagón donde viajó días que pensó infernales porque iban apretujados, entre mierda y lloridos y gritos, sin agua ni alimentos, boqueando como peces por la falta de aire, con los que sucumbieron y sus hedores. «El olfato es un sentido ingrato», me dijo en alguna ocasión. Los olores se quedan grabados para siempre. A veces hasta en los sueños olía la carne descompuesta de otros seres humanos. En los vagones no podía imaginar que existiera algo peor. Hasta que llegó al verdadero infierno se dio cuenta de que lo anterior era una tenue aproximación. Joven, con menos de veinte años, estaba recién casada y era, sobre todo, hermosa.

«Hoy no tengo ganas de comer en la casa», dijo. Yo ya lo había adivinado porque llevaba una canasta de mimbre en la mano, como las que salían en los programas de televisión americanos cuando los personajes iban de pícnic. Lo que llamábamos casa era en realidad un departamento pequeñísimo de una sola pieza, con una cama en la que dormíamos las dos, una sala-comedor en la que apenas cabía un sofá y una mesita para cuatro, y una cocina que más bien era un pasillo, que daba a un patio de dos por dos, en donde ella lavaba y tendía la ropa, y yo andaba en círculos sin tropezar con sus macetas de cactus.

Tomamos un bus que nos dejó arriba del monte Carmelo y caminamos hacia un mirador desde donde se podía tomar de un solo golpe el puerto de Haifa. Encontramos una banca vacía y la abuela comenzó a sacar la comida. Me entregó un *sabih*, esa pita rellena de berenjena frita y huevo cocido con *tahini*. De un termo sirvió limonada en dos vasitos de plástico y prometió que comeríamos *baklavas* en casa, si terminaba mi comida. En momentos como ese le daba por contarme las cosas de su pasado. Eran siempre aproximaciones al mismo tema que era su hijo, mi padre. Cada vez incluía un detalle más que no había mencionado en la versión anterior. Yo comía y escuchaba sin hacer preguntas, y la abuela reconstruía esa historia en espiral, un enorme sombrero que, lo entendí mucho después, fue un regalo para mí.

Cuando crecí un poco más y comencé a maquillarme, la abuela solía asomarse por mis espaldas y aparecer junto a mí en el espejo, diciéndome que ser bonita me traería problemas. Aunque a ella eso la salvó de morir. A pesar de que se encontraba en un estado lamentable al bajarse del vagón, Déborah capturó la atención de Wolfgang Kämpfer, uno de los SS encargados de recibir los nuevos arribos en las vías. Cuando un par de guardias y Kämpfer, de mayor rango, separaban a los recién llegados en las dos filas que los llevarían a las cámaras de gas o al campo, este se fijó en mi abuela y la llevó aparte. De seguro el instinto de mi abuela la aconsejó bien, porque le sonrió al alemán. Luego le dedicó una última mirada al que fue su esposo, un joven de su edad que desde la fila de los que iban a trabajar la observaba, perdido. Fue la última vez que lo vio. Técnicamente ese hombre nunca fue mi abuelo, pues Déborah no tenía hijos entonces, pero por respeto, ella se refería a él como mi abuelo. Las convenciones sociales triunfan sobre la genética.

A unos doscientos o trescientos metros de las cámaras de gas y del crematorio, había un área que todos llamaban *Canadá*, por la idea de que era un país lleno de riquezas. Lo robado a los judíos iba a dar a ese almacén antes de ser mandado a Alemania o repartido entre los SS. Wolf llevó a mi abuela a

trabajar allí. Dentro del terror que fue el Holocausto, estar en el Canadá era un oasis impensable. Al llegar, a los deportados se les despojaba de su ropa, bolsos, joyas y comida. Los alemanes solo deseaban lo que tenía valor en el mundo más allá de los límites del campo de concentración. Los prisioneros que laboraban en Canadá podían quedarse con lo valioso para su propio mundo: un par de zapatos, una frazada, un pedazo de salchicha o pan.

«Mastica con la boca cerrada», dijo la abuela acercándome una servilleta delgada, casi transparente. Tenía la costumbre de hacer rendir las cosas al máximo y por eso partía con un cuchillo las servilletas en dos. Comí con la boca cerrada. Por suerte había salido con mucha hambre de la escuela ese día o no hubiera podido con todo el *sabih*. Tenía prohibido desperdiciar cualquier cosa, en particular los alimentos. Mi abuela consumía cada partícula de su plato y jamás tiraba comida. Alguna vez le reclamé y, en lugar de las historias sobre los niños africanos que no tienen que comer, la abuela me gritó: «Porque yo estuve a punto de morir de hambre; porque tuve que hacer cosas terribles para no perder a mi bebé». No volví a quejarme. Comencé a volverme una niña robusta. Callada y robusta. Ella estaba orgullosa.

«Quedé embarazada de un nazi», me contó la abuela por primera vez aquel día. No había ira ni odio en sus ojos, solo una especie de cautela, esperando mi reacción. ¿O era algún tipo de esperanza? Tampoco era arrepentimiento. Su cara no se asentó en ninguna expresión en particular, sino que sobrevolaba en gestos tentativos, como una mariposa indecisa. Yo dejé de masticar y ella agregó: «Él me cuidaba; nunca lo amé, pero aún ahora se lo agradezco».

Hubiera querido preguntarle cómo se embarazan las mujeres, pues en aquel entonces caminaba yo todavía con la ingenuidad en los tobillos; intuí que no era el mejor momento. Mirando a otra parte, como si no fuera importante, mi abuela dijo que a pesar de que el campo era un infierno en la tierra, la naturaleza tomaba su curso. «No había manera de evitarlo», dijo un poco más bajo, más para ella que para mí. Yo recuerdo sus palabras y las entiendo hasta ahora. Con la brisa de Haifa en la cara y la boca llena, solo sabía que lo que estaba escuchando era algo importante y que más me valía poner atención.

Los embarazos estaban prohibidos en los campos de concentración. La idea básica era exterminar a los judíos, no que se reprodujeran. Para los experimentos médicos usaban a los niños que llegaban en los vagones, sobre todo a los gemelos. Pero si una prisionera común se embarazaba, la hacían abortar a golpes. Si por alguna razón conseguía esconder que estaba encinta —cosa casi imposible por el contraste con los cuerpos famélicos— y nacía un bebé, los SS gustaban de azotar a los recién nacidos contra las paredes o lanzarlos vivos a los crematorios para que se quemaran junto con los cadáveres. Pero Wolfgang Käßler cuidó de mi abuela y ella pudo parir en el Canadá. Tuvo la oportunidad incluso de amamantar a mi padre por un par de meses, a escondidas, mientras él vigilaba que no vinieran otros oficiales. Después le dijo que aquello no podía continuar. Mantener el secreto de un bebé por tanto tiempo era imposible. Para salvarle la vida a aquel hijo suyo, habría que sacarlo de allí.

Recuerdo que a la abuela le gustaba ver la televisión a partir del programa de variedad de mediodía y luego las telenovelas. Apagaba el aparato antes de los noticieros. «Ya tuve mi puñado de malas noticias para una vida», era su respuesta si alguien le preguntaba por qué lo hacía. La noticia de que al bebé se lo llevaban fue peor que todo lo que Déborah había padecido en el campo desde entonces. Wolf lo había despegado por la fuerza de los brazos de mi abuela para sacarlo del campo en una caja y entregárselo a su hermana, una mujer soltera que se ocuparía de él mientras terminaba la guerra. Luego hizo a mi abuela memorizar la dirección de Marita Käßler, para que la buscara en cuanto saliera de ahí.

«Yo supongo que Wolf me amaba en verdad», dijo. «O tenía alma, o al menos sentimientos humanos, por aquella criatura. Lo más fácil hubiera sido...».

Guardó silencio.

Supongo que a veces se le olvidaba que su interlocutora era una niña y que no podía hablarle como si nada de abortos o niños quemándose vivos. Al menos no de manera tan directa. «Fue como si hubiera muerto», dijo al cabo de unos minutos. Tenía los ojos húmedos y rojos.

Mi abuela comenzó a guardar las cosas en la canasta y dijo que debíamos volver a casa porque estaba oscureciendo. Yo miré el cielo todavía azul. Al fin, abrí la boca para preguntar esa duda que se revolvía dentro de mí, como ciempiés herido. No era una, en realidad, eran varias, cada pata una pregunta. ¿Por qué te hiciste novia de un nazi? ¿Papá es mitad nazi? ¿Cómo hiciste para salir del campo? ¿Cómo recuperaste a tu bebé?

Mi abuela dijo que ciertas cosas se enterraban y así debían quedarse. Los muertos, por ejemplo. La basura. Los tesoros. Eso. Luego se calló y no me dirigió la palabra hasta el día siguiente, cuando me despertó para ir a la escuela.

Extranjero como los cangrejos

Los odios se mezclan con la leche del biberón de los niños bautizados. Muchos de los que ayudaron gustosos de palabra, obra y omisión a la muerte masiva de todas esas personas, lo hicieron con el fervor soberbio de quien reparte la justicia. El que pisa una cucaracha y la escucha crujir bajo la suela del zapato está seguro de que la cucaracha merece morir por ser cucaracha. No hace falta más justificación. Los días se acumulaban indistinguibles unos de otros en la distancia, como esas montañas de zapatos, de anteojos o de maletas que crecían a diario con los nuevos deportados. Como el cielo gris del invierno perpetuo que fue aquello. No bastaban las puestas de sol para contar los días; el paso de las horas se medía en los cuerpos apilados en carretas o en la intensidad del humo negro de los muertos brotando por las chimeneas.

Al poco tiempo de estar en el campo, Józef comenzó un registro mental del paso del tiempo con el bufido de los trenes que llegaban: sus ruedas chirriando sobre los rieles. Pero no había un horario estricto: los vagones cargados de judíos no tenían hora fija de llegada. Aquel estruendo solo significaba más mano de obra esclava y combustible para los hornos, el paisaje de fondo de la vida cotidiana, al igual que la banda de prisioneros que tocaban a distintas horas. Era Auschwitz el más famoso de los campos. El de aquella entrada en letras de hierro forjado que deletreaban la mentira más grande de la historia.

Józef era de origen ruso, pero estaba viviendo en Alemania cuando inició todo. Al terminar la guerra vino a dar a México y ahora estaba acá, postrado y flaco, platicando conmigo. «Uno nunca sabe», me dice. «De todo en la vida, no solo de ese tiempo: uno nunca sabe». Józef habla hasta que la debilidad o el dolor lo callan. Me cuenta un poco cada vez. No tuvo hijos ni quién lo visitara, y tampoco podía llamarle ingrato a nadie: su familia murió en el Holocausto. Hasta sus verdugos murieron o se escondían en algún lugar, quizá vistiendo una camisa de vacacionista, con una piña colada en la mano y con algo parecido al remordimiento en el corazón, si es que lo hubiera, pero a fin de cuentas, irrelevante como un grano de arena en las playas del sur. Él estaba solo en el mundo, tal cual.

Era apenas un adolescente cuando lo metieron a un vagón con su familia. *La noche de los cristales* ya había sucedido y su padre fue de los judíos que decidió no huir, de los que no creía que las cosas fueran a ponerse realmente mal. La gente tiende a subestimar la maldad. Mirando la historia hacia atrás, la vida está llena de bifurcaciones y de *hubieras*. Si el padre y la familia se hubieran vuelto a Rusia, se habrían salvado. Pero los errores se cometen en tiempo real y son para siempre. Así que Józef llegó al campo con dieciséis años, robusto y sano a pesar del trayecto de varios días en los vagones. Se bajó con la furia del frío quemándole los pies y la ira del estómago vacío.

Con todo, había sido más inteligente como para dejarse llevar por el coraje de ser tratado peor que un animal y se abstuvo de forcejear con los guardias; obedeció cuando le ordenaron formarse en la fila de los que irían a trabajar al campo. Su padre, un hombre no tan mayor, estaba también allí, y su madre, macilenta y con tos, junto con las hermanas menores de Józef, fueron a dar a la otra formación, la que iría a las duchas de gas Ziklon B en Birkenau. En el último instante, su padre había

corrido hacia la fila en la que marchaban su esposa y sus hijas y un guardia le disparó en la cabeza. Sin pensar. Un reflejo, no más.

Józef se quedó quieto en su sitio. No se le ocurrió rezar: Dios le era tan extranjero como los cangrejos, pues no conocía el mar. Su familia no era religiosa. Él supo ajustarse a lo que parecían las reglas de ese juego. Pedro Calderón de la Barca decía que la vida es sueño, pero para Józef la vida es el juego. Diferentes barajas, tableros variados. A veces el juego se trata solo de dejarse llevar y obedecer. Así que Józef se quitó la ropa cuando le ordenaron desnudarse, soportó sin gritar el agua helada a manguerazos sobre su cuerpo y dejó que lo trasquilaran hasta dejar su cráneo lleno de cortes y brotes de sangre. Recibió con cara de agradecimiento el uniforme a rayas y el primer golpe de suerte: unos zapatos de su talla. Los muy pequeños o muy grandes, sabría más tarde al ver a algunos compañeros desafortunados, provocaban que los pies se ampollaran hasta reventar, para luego convertirse en una infección que volvía a las bacterias cómplices confiables de la Solución Final. El dolor de la piel rota y llena de pus hacía que algunos se quitaran los zapatos, desesperados, pero entonces los pies se les congelaban en la nieve del invierno polaco y morían más tarde de neumonía con las extremidades inertes.

Dicen que es imposible ganar la lotería dos veces, pero ese día, más tarde, cuando estaban en las barracas, vino el segundo evento que habría de salvar a Józef. Uno de los kapos * preguntó si alguien sabía algo de mecánica. Una de las máquinas en la I.G. Farben, la fábrica de químicos cercana al campo, se había descompuesto y necesitaban repararla. Józef, sabía un poco de todo, se ofreció pensando que sería una buena oportunidad para escaparse del trabajo al aire libre, pues en su paso a las barracas vio a muchos prisioneros trabajar en la nieve. Un hombre lo empujó y, mientras Józef se levantaba, otro se apostó frente al kapo y con él se fue la oportunidad en la fábrica.

Tiempo después, poco antes de salir del campo, Józef supo que los trabajadores de Auschwitz en la I.G. Farben no comían la dieta normal del campo principal, sino que les daban la *sopa Buna*, en la que iba un aditamento desconocido que provocaba que perdieran de tres a cinco kilos por semana. Así que para finales del primer mes estaban más consumidos que los prisioneros regulares; para el segundo, eran figuras de alambre cubiertas de piel, y pocos llegaban al tercero. La rotación de trabajadores era alta, algo perfecto para Hitler: una alta producción alimentada de muchos judíos muertos.

Józef perdió esa *oportunidad* de trabajar en la Farben, pero al kapo no se le olvidó que sabía de reparaciones. Por eso cuando un oficial SS que vivía en las afueras del campo buscaba a alguien para componer su nevera, el kapo refirió a Józef. No lo hizo para salvarlo, claro. Era cosa de salvarse a sí mismo, quedar bien ante el nazi. Sin querer le hizo un gran favor a Józef, que llegó a la casa de dos aguas, hermosamente alemana, y reparó la nevera mientras su cuerpo se acostumbraba a la calefacción. Después, la esposa del oficial, una mujer rubia de cara triste, considerando que vivía con todas las comodidades, sin frío y con el estómago lleno, le ofreció pastel y leche. Él comió con avidez y, al ver que tenía tanta hambre, ella le calentó algunas sobras del día anterior.

Estoy casi segura de que Józef era un tipo bien parecido. Eso se adivina a pesar de las arrugas y los años; se sabe por la forma de los ojos, el corte recto de la quijada, su perfil que recuerda a un Marlon Brando joven. Las ruinas también son bellas. No sería descabellado pensar que la esposa del SS, que no tenía otra cosa más que esperar en su casa la llegada de su marido, disfrutara de su compañía. Al día siguiente surgieron otro par de reparaciones: una silla floja y un grifo que goteaba. Volvieron a llamarlo. Al otro día se le pidió planchar unas camisas. Fue el marido y no la mujer quien decidió que Józef se convertiría en una especie de mozo de tiempo completo. O casi, porque estaba prohibido que durmiera fuera del campo. El SS consiguió el permiso para que el judío de su

preferencia, después de la formación matinal para contarlos, acudiera a su casa el mismo tiempo que los otros prisioneros trabajaban al aire libre o en la Farben. No fue difícil: lo que sobraban eran judíos y para un alemán con alto rango no era un problema solicitar un esclavo de uso personal, siempre desechable.

Józef no sobrevivió por la buena voluntad de ese matrimonio nazi. No. Tampoco por la buena voluntad de Dios. Pudo subsistir por una serie de casualidades, esa buena fortuna que le regaló protección contra el frío y calorías contra la inanición. Y aunque tuvo más suerte que cualquiera de los otros, lo que sucedió en aquella casita estilo alpino no fue un mero intercambio de servicios y el privilegio de burlar la muerte. Ojalá hubiera sido así. Alguna vez leí que la más diabólica de las tentaciones es pretender ser parte de la Historia. Así se explican el Holocausto o los regímenes bajo la bota de un dictador de cualquier color. Pero después de escuchar a Józef, creo que la peor de las tentaciones debe ser el querer reescribir la Historia haciendo un poco de justicia. Jugar un poquito a ser Dios, a ensuciarse las manos de barro o sangre, o con sueños de redención.

NOTAS

* Prisioneros judíos a cargo de otros judíos.

Hablándole a un cactus

Hay cosas peores que morir. Ser quien sobrevive, por ejemplo. A un hijo, a un marido, a más de seis millones de seres humanos. Mi abuela salió viva a pesar de la compleja maquinaria de la muerte que diseñaron los nazis. A pesar de la planeación y del dinero invertido para cometer aquel delirio de exterminio. A pesar del esfuerzo de los activos colaboradores y de la omisión de los que pasivamente lo dejaron suceder. A pesar del hambre, el invierno y la enfermedad.

Durante el tiempo que duró su cautiverio, Käßpler se encargó de que Déborah sobreviviera. Pero cuando llegaron los aliados a liberar los campos, Wolfgang fue de los que tomaron su pistola y se volaron el cráneo. Mi abuela y otros prisioneros que trabajaban en el Canadá vieron su cadáver. Nunca me dijo si aquello le afectó: lo primero que hizo después de abandonar aquel sitio fue ir a la dirección memorizada desde que le arrancaron a su hijo. La había repetido tantas veces cuando espulgaba los cuerpos que quedaban dentro de los vagones, al comer, al estar con Wolf, incluso en sueños.

Marita Käßpler se había mudado de la ciudad a una pequeña aldea cuando su hermano le encomendó al bebé. Dejó su casa y ocupó una pequeña cabaña de madera y piedra, por donde se colaba el frío. Había resultado una buena idea porque la mayoría de las ciudades alemanas terminaron destruidas. Allí llegó la abuela envuelta en un chal y con unos zapatos demasiado grandes que le sangraban los pies. Pero estaba entera y relativamente bien alimentada.

Esta parte de su vida me la contó meses antes de que dejáramos Israel para venir a México. Mirábamos en la televisión las noticias de unos atentados suicidas y ella se puso a dar vueltas por el pequeño departamento. En la pantalla se mostraba un autobús achicharrado, abierto como si fuera una lata de sardinas. Pude ver una pierna, un brazo, un torso con una cabeza negra como carbón. Bultos cubiertos por sábanas blancas. Mujeres histéricas que se atragantaban de palabras al ser entrevistadas por los reporteros. Médicos, bomberos, policías.

La abuela dijo que no había salido de la sartén para caer sobre la estufa. Una prima suya vivía en México. Esa noche tomó la decisión de que nos iríamos para allá. También preparó un pastel de chocolate, me sirvió un vaso de leche y ella se preparó un café turco. Nos sentamos en la mesita, cada quien con su bebida y su rebanada de pastel, y me contó cómo recuperó a su hijo.

Marita Käßpler abrió la puerta y al ver a la judía harapienta soltó una exhalación de impaciencia o cansancio, como si hubiera pasado el día abriendo puertas y encarando sobrevivientes del campo más cercano. En realidad, la había estado esperando por casi dos años. Sin decir nada, hizo un movimiento con la cabeza como apuntando hacia adentro, le dio la espalda a mi abuela y se dirigió hacia la cocina. Déborah entró a la casa con pasos inciertos y siguió a aquella mujer rubia de hombros anchos y caderas angostas. Marita se movía con una rigidez oxidada. Puso una tetera sobre la estufa y, sin decir nada, coló café para las dos. Mi abuela permaneció junto a la mesa sin entender qué se esperaba de ella hasta que Marita le ordenó sentarse. No solo era que el idioma de aquella mujer fuera naturalmente imperativo, el lenguaje del enemigo y de la muerte, sino que su tono se mostraba tan brusco como sus movimientos al servir el café.

Mi abuela se sorprendió cuando la vio sacar de un cajón un envoltorio y, de allí, un par de cuadritos de azúcar. En aquella Alemania destruida eso significaba un lujo imposible. Pero la señorita Käßler era el tipo de mujer roedor que ha acumulado lo suficiente para los malos tiempos. Puso un cubito en cada taza y se la acercó a mi abuela. Ella la envolvió con las manos. Pensaba que si hablaba primero, corría el peligro de que la otra mujer le dijera que su hijo había muerto.

— Pensé que no vendrías — dijo al fin la hermana de Wolf.

Mi abuela dio un trago a su café y dejó que su garganta se amargara con tibieza. ¿Debería de haber perdido perdón a esa mujer por su tardanza, porque le tomó tiempo liberarse de aquel campo de exterminio? Parecía obvio que Marita no era alguien que apreciara las bromas. Déborah clavó su barbilla en su pecho y no contestó.

La mujer que cultiva el silencio enferma. Por eso termina hablándole a un cactus que florece o a una violeta. O le confía secretos al perro y le pide su opinión al gato. En los casos más desesperados, las mujeres hablan con los retratos y las imágenes de los ausentes. Otras, las más afectadas, rezan a los espíritus o a los santos. En la locura extrema, una termina dialogando con Dios e incluso escuchando las respuestas. Marita había estado aislada del mundo en aquella cabaña. Dejó la ciudad, sus amistades, su vida, por cuidar a un recién nacido que le causaba una revolución interna de sentimientos e idiosincrasias.

Por un lado, ese niño era el hijo de su único hermano, el ser que más amaba en el mundo. Wolf la había salvado de ese padre golpeador y la mantuvo mientras estudió para ser secretaria y pudo valerse por sí misma. Por otra parte, aquella criatura había sido parida por una judía, el equivalente para ella de un insecto. Merecía vivir y debía morir al mismo tiempo por aquella sangre mezclada que llevaba. Wolf le pidió que cuidara al niño hasta que su madre viniera por él. Le aseguró que así sería, y aunque Marita quiso saber detalles, su hermano no dijo más. Durante el primer año Wolf iba cada mes a llevarle dinero y a visitar al bebé, pero durante aquel último invierno había perdido contacto con él. Ella estaba llena de preguntas, se le atragantaba el silencio y la soledad. Miró a mi abuela sentada al otro lado de la mesa y le habló como si fuera alguien que podría darle respuestas.

— No ha sido fácil. Mi hermano dijo que no tardarías. El niño llora todo el tiempo y se enferma y grita. Hay una razón por la cual nunca me casé. Los hijos. He intentado comunicarme con Wolf. Nada. La semana pasada le escribí al cuartel y le di un ultimátum. Que si no te presentabas a fin de mes, la criatura tendría que arreglárselas sin mí. No hubo respuesta. Pero al verte, sé que te había contactado, que él te urgó a venir. Yo solo quiero saber dónde está mi hermano. Tampoco ha mandado dinero. Yo soy una secretaria jubilada y esta aldea no es lugar...

Tenía los ojos azules clavados en mi abuela y le temblaban los labios. Pero luego de venir de donde venía, Déborah era difícil de conmover. Ya había visto todas las representaciones de la crueldad y del dolor humano.

— ¿Dónde está mi hijo? — dijo en buen alemán.

— ¿Dónde está Wolf? — preguntó Marita, apoyando los brazos gruesos en la mesa y poniéndose de pie, como para encarar a mi abuela. Quería un trueque.

— Huyó como todos cuando llegaron los rusos al campo y no sé más — dijo mi abuela: era casi cierto. ¿Cómo explicarle que el cerebro y la sangre de su hermano habían pintado un cuadro impresionista sobre la pared del cuartelito del Canadá? Aquello fue una forma de huir.

Tuvo cuidado de mirar a Marita a los ojos como si dijera la verdad. Cuando no se tiene nada, solo queda confiar o seguir con nada. La alemana le señaló entonces un umbral sin puerta que daba a otra habitación. Luego recogió las tazas y se puso a lavarlas.

Recuerdo que cuando mi abuela llegó a este punto de la historia, se puso a llorar. Recuerdo que en

ese tiempo hacía mucho calor en Israel y teníamos las ventanas abiertas. Nuestras caras estaban llenas de sudor y los helicópteros zumbaban en el cielo; ese ruido lo recuerdo mezclado con el llanto de la abuela: desesperanzado, una herida profunda ya cicatrizada y sin mucho sentimiento. Pura resignación. Un sonido de esos que parten el corazón, en especial si sale de tu madre o de la que hace de tu madre. Yo pensé que decirme cómo se reencontró con mi papá sería un momento lindo; verla llorar me confundió.

Años después me confesó que se arrepentía de haber recogido a mi padre de casa de Marita. Quizá eran indicios de senilidad, no sé, pero creo que su cerebro contenía aún trozos de sentido, de razón, de culpa, nadando inertes como las pasitas en el arroz con leche. Dijo que creía que si hubiera dejado a su bebé con la hermana de Wolf, ahora él seguiría vivo. Hubiera crecido siendo alemán y con ideas antijudías, pero estaría vivo. Era culpa suya que hubiera muerto intentando vengar a su pueblo. Las madres son el trapeador que entra debajo de la cama recogiendo pelusas y culpas ajenas. No fallan en hacer predicciones del pasado desde el presente.

Entre lágrimas, mi abuela me contó cómo, aquel día en Haifa, se dirigió a la habitación sin puerta: había una cama individual, un ropero en malas condiciones con un espejo roto, un quinqué sobre un buró al que le faltaba un cajón, y una caja de madera más o menos grande en el piso. Se acercó temblando: adentro estaba su hijo dormido. Se agachó y lo tocó suavemente, y después comenzó a acariciar ese cabello amarillo como el de Wolf. Mi padre se despertó entonces y miró a la extraña que lo tocaba; puso cara de terror y se soltó a llorar pidiendo a su mamá. Y mi abuela, que era la madre, sabía que no era requerida.

Me dijo que en ese momento el corazón se le constriñó tanto que pensó que estaba teniendo un ataque cardíaco. No era un dolor cualquiera: era un dolor con memoria, porque el llanto de ese niño lo tenía grabado en su corazón; estaba programada para responder a él y, a pesar de que estuvieron casi dos años separados, escucharlo llorar la regresó a ese día que Wolf se lo arrancó de los brazos. Para salvarlo, sí, pero causándole el dolor más grande que nunca había sentido. A pesar de que Marita era una mujer dura y fría, y mi abuela no creía que en ningún momento hubiera tenido un gesto de ternura hacia ese bebé, él la reconocía como madre. Y ahora Déborah venía a arrancarlo de esa vida que era la única que conocía.

Al menos la hermana de Wolf no hizo nada por retenerlo; al contrario. Cuando el niño comenzó a llorar, Marita entró a la habitación, pero no para consolarlo. De abajo de la cama sacó una maleta en pésimas condiciones y metió las pocas pertenencias de mi padre. Algo de ropa, unos zapatos desgastados y un animal indefinible de peluche. Mi abuela me contó que aquella maleta y esos objetos seguramente habían pertenecido a los judíos que llegaron a morir al campo. Wolf las habría tomado del Canadá para llevarlas a su hermana. Déborah recibió de Marita la maleta de un muerto llena de pertenencias de niños muertos y tomó de la mano a su hijo, que lloraba con sentimiento, pero resignado. Caminaron fuera de la casa y despacio hasta que un hombre en un carretón se ofreció a llevarlos.

Mi abuela siempre tenía un plan. En ese caso había sido dirigirse a un campo de refugiados. Sabía que allí se les proporcionaba sustento a los muertos que quedaron vivos luego del Holocausto hasta que algún país generoso les diera asilo o facilidades para emigrar. Mientras, los que no terminaban de morir por inanición, se recuperaban con lentitud. Déborah permaneció con mi padre en uno de esos campos hasta que estableció contacto con una prima en París. Su familia había sobrevivido gracias a que se habían procurado a tiempo identificaciones falsas con nombres de franceses católicos.

Fue de esa manera que mi padre, que había nacido en Auschwitz y pasado sus primeros dos años de vida en una minúscula aldea alemana, vivió su niñez en Francia. La abuela siempre estuvo a

disgusto en aquel país: decía que los franceses habían ayudado gustosos a los nazis. Que la posguerra era una época incómoda, de tolerancia forzada, de lanzamiento socavado de piedras; los antijudíos hacían evidente que lamentaban que Hitler no hubiera culminado la Solución Final. Por eso, cuando su hijo cumplió doce años, Déborah ya tenía otro plan. Se convertiría en uno de los pioneros que irían a construir *Eretz* Israel. Un amigo suyo que había emigrado un año antes le escribió desde un kibutz contándole sobre la tierra prometida. Estaban creando bosques en los desiertos, haciendo florecer aquella tierra de yerbajos y pedruscos: estaban construyendo un país que siempre había sido suyo.

Después de rodar y rodar por aquellos países donde todo mundo parecía odiar a los judíos, Déborah pensó que Israel era una opción: su hijo podría por fin tener un hogar y una verdadera identidad. A su edad, mi padre sabía apenas algunas pinceladas de su propia historia. Mi abuela nunca fue deshonesto con él, pero soltaba la información a cuentagotas. Es difícil juzgar la historia que apenas está siendo escrita. La pubertad de mi padre no solo le regaló su primera barba y aquel estiramiento corporal: también trajo consigo un gran número de preguntas difíciles de contestar. Israel parecía la solución. Estarían ocupados trabajando y tendrían un claro sentido de vida. Pero nada sabía la abuela de lo que habría de pasar. Ya se sabe que a la muerte le gusta agazaparse a la vuelta de cada esquina.

Se beben un milagro

Józef miraba a sus amigos consumirse un poco cada día, nutridos con alimentos imaginarios que en nada se parecían a los que los nazis les daban de manera oficial. Una cosa era la comida que se distribuía en las cocinas del campo y otra la que llegaba a los prisioneros.

A cada uno le correspondía una porción diaria de pan de 350 gramos, según los libros de los carceleros, pero a lo mucho recibía unos doscientos gramos, porque los jefes de cada barraca, encargados de repartir la comida, le robaban un poco a cada hogaza.

Como el pan lo distribuían por la noche, si alguien devoraba su pieza de una sola vez, no tendría nada para el desayuno. Por las mañanas, a los prisioneros les daban medio litro de café o de té, apenas azucarado. No más. Nada a mediodía. En la cena, solo sopa. Había de dos tipos, al menos en teoría: sopa de carne cuatro veces por semana, y los otros tres días, de verduras.

En papel, la primera debía de contener papas, repollo, betabel, nabos, un poco de harina, sal y carne con huesos. En la práctica la cantidad de verduras se reducía a un tercio, casi todas podridas, mientras que la carne con huesos era llevada a las cocinas de los SS. La proteína en la sopa de carne era una buena intención y nada más. Con la de verduras pasaba algo similar: se suponía que llevaba varios ingredientes, pero en realidad era casi pura agua, casi siempre con papas o nabos podridos.

Józef tenía la fortuna de recibir al menos dos comidas al día en la casa del SS que lo empleaba. Eran las sobras de la familia: carne de ternera, papas, repollo, rábanos, embutidos, pan de centeno. Incluso a veces podía beber los residuos de las copas de vino o lamer los platos con las migajas y el betún de pastel que educadamente dejaban las mujeres. Por eso Józef podía regalarle sus raciones de pan y de sopa y café a quién él quisiera, o bien, cambiarlas por objetos de valor en el mercado negro del campo. Como también podía robar pequeños tesoros sin que nadie lo notara, un pedazo de jabón, un trapo, un par de calcetines en desuso, podía granjearse a los kapos. A veces incluso llevaba parte de su comida de vuelta al campo, para obsequiar al jefe de la barraca y ganarse su buena voluntad. «Nunca está de más tener bien engrasados los engranes», me dice Józef. «Apúntalo para tu vida diaria», me insiste: «Nunca se sabe cuándo se pueden cobrar ciertos favores».

Mientras, sus compañeros se transformaban en alambres cubiertos de piel, rostros de ojos hundidos y encías sin dientes: algo que ya no era humano. «Quizá por eso los alemanes nos trataban como si no fuéramos personas», dice Józef. «Porque en esas condiciones no lo parecíamos: éramos perros sarnosos muertos de hambre, insectos, nada».

Fue un plan macabro, sin duda, un proyecto que resultó más exitoso que lo que ninguno soñó jamás al trazar en papel los mapas de los crematorios, las cámaras de gas y las barracas. Los campos eran un sistema de muerte que se retroalimentaba, que degeneraba a los hombres a tal punto que era más fácil matarlos, porque dejaban de vivir cuando todavía respiraban. Las víctimas se volvían verdugos a cambio de la falsa promesa de subsistir un poco más, como los *Sonderkommando*, judíos que trabajaban en las cámaras de gas y los crematorios. Se hacían cargo de llevar el ganado humano al matadero, revisaban que no cargaran consigo ningún objeto de valor y, más tarde, se ocupaban de los cadáveres. Vivían apartados del resto de los reclusos para que la población general no supiera lo

que sucedía. Pero al poco tiempo eran exterminados igual que los demás y nuevos judíos los sustituían.

Para quienes no eran kapos ni tenían la suerte de trabajar en fábricas o *en casa*, como Józef, la vida era más que terrible. No solo por la dieta de hambre, sino porque tenían que trabajar a la intemperie en condiciones aberrantes. Su día comenzaba a las 4:30 de la mañana y terminaba a distintas horas por la noche, dependiendo de la distancia entre el lugar de labor y el campo. En teoría, la jornada laboral era de once horas diarias, pero podía alargarse tanto como los nazis lo quisieran. Bajo el sol intenso del verano o en las peores nevadas del invierno, los prisioneros nivelaban la tierra con palas, construían nuevas barracas y edificios en los campos, hacían caminos, cavaban zanjas para el drenaje, movían rieles para instalar vías...

Algunos prisioneros estaban enfermos de disentería, pero no podían dejar de trabajar aunque precisaran vaciar sus intestinos. Deshidratados y exhaustos no duraban mucho. Cualquier intento de descanso o algún accidente se castigaba como sabotaje. Los SS le disparaban en el momento a cualquiera que cayera por fatiga. A diario, el lugar de trabajo era una gran escena de crimen, un profuso asesinato en masa, un depósito para residuos humanos.

Józef no era ajeno a esto: era testigo al regresar de la casa de aquel alemán, con la barriga llena y sin haber pasado frío. Su cuerpo, que no se deterioraba al mismo paso que el de los demás, probaba fehaciente su traición, su culpabilidad. «Porque al final», me dijo, «uno se siente culpable por sobrevivir». Siempre pensó que la parte loca de su mente terminaría por invadir a la parte cuerda, como cuando se tira agua sobre un mantel y el líquido avanza oscureciendo los colores de la tela. Varios de sus conocidos que sobrevivieron terminaron por suicidarse años después de haber sido liberados. Es difícil asimilar por qué unos corren con una suerte, por qué otros se beben un milagro cada día, y otros no tienen ninguna oportunidad.

Por eso Józef no se queja de su cáncer. «Soy un viejo», me dice, «un viejo que sobrevivió al peor evento del siglo, de la historia tal vez, y ahora está en un país lejos de Alemania, padeciendo un común y corriente cáncer de páncreas, en una ciudad tranquila y de clima templado, en una clínicita donde las enfermeras son medianamente amables y hay una mujer joven que lo visita casi todos los días para escucharlo. Le dan morfina, avena y gelatina, consomé con verduras, pan integral, jamón de pavo y té de manzanilla. Tiene una cama, cobijas, hasta un televisor que puede controlar desde la cama».

Me contempla con una sonrisa y luego me pregunta con esa boca sin dientes: «¿Qué más puedo pedir? No me merezco nada de esto, jugué con las cartas marcadas, hice trampa y nunca supe ni cómo». A pesar de que la pasa mal algunos días, me confiesa que los dolores del cáncer son una especie de alivio. Como si se lo mereciera por el dolor que no le tocó durante el Holocausto. Por los golpes que no le dieron, por el hambre que no pasó, por el frío que pudo evitar, por haber tenido un golpe de suerte y evitar la marcha de la muerte.

Cuando los rusos se acercaban a lo que era Auschwitz, los SS comenzaron a evacuar ese campo y los campos satélites. Días antes se habían dedicado a matar desesperadamente a miles de judíos, pues sabían que las fuerzas soviéticas no tardarían mucho en llegar, pero no se daban abasto: carecían de suficientes balas para tantas personas. Tampoco los crematorios tenían capacidad para disponer de tantos cuerpos, así que terminaron por apilarlos en cualquier parte. Poco después forzaron a casi sesenta mil prisioneros a marchar hacia una ciudad en el sur de Polonia. Los guardias SS le disparaban a cualquiera que se quedara atrás o no pudiera continuar. Józef era de los pocos que poseían todavía un cuerpo que no sucumbió a la inanición, al frío o al cansancio.

Del color de su mala historia

Cuando una escucha cierta historia contada demasiado bien, demasiadas veces, se produce una cierta soledad en el oyente, o tristeza, no sabría decir bien qué es. Así, cuando la abuela intentaba explicarme lo que sucedió con mi padre, me invadía una sensación igual de indefinible. La historia de papá era como la de Jesucristo, en la que no se sabe mucho de su vida en los primeros años.

Mi abuela compactaba la niñez de mi padre en apenas unas palabras, mientras molía los garbanzos para el hummus. Al parecer, una vez que salió de la cabaña de Marita con su hijo en brazos, las cosas sucedieron con tanta rapidez que ella no veía razón para detenerse en los detalles cuando yo preguntaba por ellos. Debería bastarme saber que de Alemania fueron a Francia por un tiempo y después aprovecharon la oportunidad de ir a Israel. No era sionista: aun cuando yo no podía comprender el significado de la palabra en aquel entonces, ella hacía hincapié en ello. «Yo no tenía ningún propósito más que alejarme de Europa», decía metiéndose un garbanzo furtivamente a la boca. «Ya estaba harta de esos países en donde los zapatos se llenaban de nieve, lodo y sangre, donde los ojos de la gente, desde sus casas, me comunicaban sin hablar que ellos permitieron aquello porque, al final, la gran mayoría pensaba igual que Hitler».

Como en una versión bizarra del arca de Noé, pienso en mi abuela llegando a esa tierra antigua y conflictiva. Trato de imaginar a Déborah, con su hijo en brazos y la idea de abandonarlo todo allá, en donde vecinos y amigos no solo les dieron la espalda, sino que los denunciaron para que fueran deportados a los campos y así apoderarse de sus bienes. Cuando algún sobreviviente del infierno volvía, su casa estaba ya tomada por alguien más. Mi abuela no quería nada con esas personas, con ese país, con ese continente que en su mayor parte fue cómplice o sostuvo una tibia postura.

Mi padre creció en Israel tan prolíficamente como los bosques que los pioneros habían plantado sobre el desierto. Vivían en un kibutz y la abuela trabajaba en el campo mientras que el niño iba a la escuela, donde aprendía hebreo y a ser judío. Decía que él se parecía a mí, callado, más bien tímido, por lo general obediente, pero con una especie de rebeldía formándose en el lago de sus ojos azules: el color de su mala historia.

Estudiaba mucho, siempre estaba leyendo para poner en entredicho las cosas. Cuando iban al Muro de los Lamentos permanecía mucho tiempo pegado a la pared fría. «Pensando», decía, «no rezando, que tu padre no creía más que en los hombres. Pero sabía imitar a los creyentes, era mimético para los rituales, las palabras e, incluso, las expresiones faciales». «Nunca me dio problemas con los maestros, aunque era igual de preguntón que tú», me dijo un día cuando yo la interrogaba sobre cosas del pasado. *En menos que canta un gallo*, como aprendió a decir mi abuela luego de un tiempo de estar en México, mi padre se hizo adolescente. Como los adolescentes era extraño y tropezaba con sus propios pies, pero al hablar se desenvolvía con elocuencia. En su rostro parecía habitar la muerte, pálida y llena de ojeras, y solo las mujeres desesperadas o depresivas se enamoraban de él. «Como tu madre, por poner un ejemplo», me dijo.

«Las chicas, en cualquier caso, no eran su principal interés o preocupación. Las malas compañías», decía la abuela mientras pelaba papas, «lo arruinan todo». Buenas o malas, las compañías a las que

Déborah se refería eran esos grupos de personas que buscaban vengar al pueblo judío. Gente que por su cuenta deseaba aplicar la ley del Talión. Mi padre comenzó a ir a sus reuniones, en las que lo mismo se compartían noticias del mundo, se analizaban las partes televisadas de los tribunales de Núremberg y se daba entrenamiento marcial a los miembros del grupo. Para cuando mi padre tuvo edad para hacer el servicio militar, era ya un guerrillero capaz de hacer lo que hiciera falta.

La abuela lo sabía, no solo porque el esposo de una amiga lo vio con esas personas, sino porque llegaba cubierto de polvo y de su propia sangre, porque le remendaba la ropa, porque se movía por el pequeño cuarto donde vivían con la convicción y los zapatos bien puestos, siempre listo, como esos leones demasiado grandes para su jaula. Intentó disuadirlo hasta el cansancio. A veces ella pensaba que porque no estuvo con él los primeros dos años, había perdido ese poder infalible que tienen algunas madres sobre sus hijos. O quizá habría causas casi fisiológicas con las que era imposible ir en contra. Mientras tanto, mi padre conoció a la mujer que habría de parirme nueve meses después.

Era una compañera del grupo. Solo tengo una foto suya: una chica judía con pantalones bombachos, un arma en la mano y la mirada más dura que he visto. Ni fea ni bonita, una mujer común a la que no recuerdo. Su nombre no importa, tampoco me dice nada. Solo sé que nació y la abuela me recibió en su casa, en sus brazos. Al poco, mis padres se fueron a cazar nazis. Con aquella partida que parecía definitiva, mi abuela dejó también el kibutz para mudarse a Haifa, a un departamento minúsculo, y consiguió empleo como secretaria-recepcionista de un médico. Yo la recuerdo en aquellos tiempos oliendo a café, a medicinas, metida en esa bata que usaba en las mañanas frías.

Siempre que me hablaba de los últimos días de mi padre, sus palabras se escuchaban de segunda mano, como si pertenecieran a alguien más, una forma de desligarse de aquello. «A veces pienso que tu padre se inmiscuyó con esos grupos violentos para probar que no era uno de ellos», me dijo una vez. Y por *ellos* quería decir, obviamente, los nazis. Porque él, a su pesar, tenía un fenotipo aguerridamente germano. Además, conocía bien su historia: la abuela nunca se guardó nada, tenía una política de verdad sobre bienestar. Nunca fue amiga de las mentiras piadosas, las blancas, las que protegen recuerdos que solo hieren, pero no tienen mayor trascendencia, como cortaditas con papel. Para mentiras eran suficientes las que tuvo que sufrir a diario en el campo de concentración.

Después de los colgamientos ejemplares en Núremberg, los peces grandes migraron a Sudamérica, solapados por los dictadores y por figuras importantes del Vaticano. Como Adolf Eichmann, que escapó a Argentina ayudado cristianamente por sacerdotes católicos y una red de ss. O el doctor Mengele, a Paraguay. En cambio, la mayoría de los nazis de menor calaña se esfumaron dentro de la sociedad alemana, en la que fueron protegidos y ayudados por sus compatriotas. La brigada a la que pertenecía mi padre iba por ellos: los que se quitaban la culpa como el polvo de la ropa, diciendo que solo obedecieron órdenes al llevar a millones de judíos a la muerte. Los que los subieron como animales a los vagones; los guardias de los campos que, a veces, aburridos, lanzaban la gorra de un interno al suelo y le ordenaban que la recogiera, y luego le disparaban por salirse de la fila. Los que, con una sonrisa y una señal, separaban a familias y decidían entre la muerte inmediata y la muerte a plazos de hambre, frío, agotamiento y enfermedad; los que arrancaban los dientes de oro de los recién llegados y se los embolsaban así, llenos de sangre. Ellos. Los pequeños engranes, tornillos y palancas de la maquinaria nazi.

Mi padre, con sus rasgos arios, un pasaporte falso y sus compañeros de brigada, ingresaron a Alemania e iniciaron una operación hormiga de revancha, despacio, sin prisas, pero certera. Uno a uno, lentamente, mataron a varios nazis que ahora eran panaderos, maestros de primaria, carniceros o vendedores de mostrador. De vez en cuando le escribía a Déborah cartas crípticas que relataban de

manera somera su vida allá. Tras varios meses dejó de recibirlas; cuando había pasado más de un año sin tener noticia alguna, llegó a nuestro buzón la carta de un compañero de la brigada de papá.

Dice mi abuela que yo tenía ocho años cumplidos. Yo, la verdad, no recuerdo nada, solo que siempre fuimos ella y yo, ella y yo juntas y nadie más. La carta explicaba las circunstancias de la muerte de su hijo. El timbre del sobre venía sellado en Alemania, pero el texto estaba escrito en hebreo. Al parecer, los rumores de que exnazis estaban siendo misteriosamente asesinados en distintos puntos del país, alertaron a quienes tenían algo que temer. Mi padre había estado investigando y siguiendo a un agricultor que sembraba cebada y papas. La noche en la que irrumpió en su granja y entró a la casa por una de las ventanas, el hombre lo estaba esperando con un cuchillo. Lo sorprendió en la oscuridad y lo sometió. Según se informaba en la carta, la policía había llevado el cuerpo de mi padre al depósito de cadáveres por si alguien lo reclamaba, pero ninguno de los compañeros se atrevió a acercarse. *Murió en el cumplimiento de su deber y estamos orgullosos de él*, escribió esa persona anónima rumbo al final, antes de las condolencias y alguna frase religiosa para que ella encontrara pronta resignación.

«Aquello», me dijo la abuela, «fue el final de algo, como esa primera vez en la que un enamorado se permite enunciar un defecto del sujeto de su amor». Para ella, todo entonces se convirtió en antes-de-la-muerte-de-su-hijo y después-de-la-muerte-de-su-hijo. Fue cuando decidió que nos mudaríamos a México, aprovechándonos de ciertos parientes lejanos que habían emigrado previamente y estaban ya establecidos. Fue en este país, cuando leía para aprender español, que me topé con algunos libros sobre el Holocausto en la biblioteca que estaba cerca de nuestra casa.

Leyendo los relatos de algunos sobrevivientes, o los libros de historia que se enfocaban en esa parte de la Guerra Mundial, pude hilar y comprender muchas de las cosas que la abuela me había contado. Todo comenzó a tener un cierto sentido y, paradójicamente, fue el principio de mi amor y admiración por mi padre. Me enorgullecía que hubiera hecho lo que hizo, a pesar de que hubiera perdido la vida haciéndolo.

Esa sensación de orgullo me llenaba por dentro y me hacía sentir especial: era mi fuente de fuerza para enfrentarme al nuevo país, con su idioma desconocido, con su gente tan distinta, tan católica, tan ajena a historias como la nuestra, tanto, que era claro que sus posturas eran parecidas a las de los nazis, aunque la mayoría no sabría reconocer a un judío de un gentil. Era un odio inconsciente, aprendido sin querer, un odio ignorante. Pero Déborah dijo que estaríamos bien y así fue.

Esa región de caos infinito

Józef trabajaba en la casa de un SS. Poco a poco, a base de repetir las mismas acciones, ser puntual, comportarse compulsivamente bien y ser sumiso al punto de la abyección, se fue ganando la confianza de Leopold, que así se llamaba, y de su esposa, Ute. Se convirtió en un mozo al que le asignaban cualquier tipo de tarea. Lavaba trastes, ropa, baños, sacudía, cortaba verduras e, incluso, recorría a veces distancias pequeñas para comprar encargos o poner algo en la oficina de correos.

A pesar de que vivir en el campo de concentración seguía siendo un infierno, el espanto que veía a diario, los compañeros que morían como moscas, sin dignidad, un cuerpo más en los huesos, un bulto menos, no tardó en acostumbrarse, al grado de regocijo, a su rutina diaria. Salía temprano de Auschwitz con un permiso especial que, al poco tiempo, no fue necesario, para luego regresar por la noche con el estómago lleno y sobras para compartir con sus vecinos de tabla en las barracas. Alargaba temporalmente sus existencias con esa comida extra. Nada podía hacer contra las enfermedades, la difteria, la tuberculosis, las neumonías, pero sí para aliviar un poco el hambre de unos cuantos que tenían la suerte de dormir cerca de él.

A veces la casa estaba limpia y no había nada que hacer. Ute lo invitaba entonces a sentarse con ella a beber té, o bien, a detener el estambre mientras ella trabajaba en su tejido frente a la chimenea. También le pedía que la ayudara a preparar un pastel de manzanas, cuando su marido las traía como regalo de algún superior. En esas ocasiones, la mujer vertía un chorro de palabras sobre el mozo judío. Tal vez no lo consideraba humano y por eso le contaba cosas demasiado íntimas. O quizá sabía que la idea de aquel campo en el que trabajaba su esposo era exterminar a los judíos, hasta el último de ellos, así que no importaba si el que tenía en casa conocía sus secretos. Józef era un confidente perfecto.

El comandante de la SS siempre había sido generoso con Józef. No era sádico: nada de golpes, insultos o humillaciones, como se esperaba de alguien en su posición. Lo trataba con una bondad extraña, que ni siquiera era aquella tolerancia rígida que algunos nazis curiosamente tenían cuando estaban uno a uno frente a un judío. Ute decía que su marido no era lo que parecía. Lleva una máscara, aseguraba. Según ella, Józef solo conocía aquella versión falsa. Su cara falsa era amable, generosa, paciente. Por eso podía involucrarse con mujeres sexualmente atractivas, necesitadas y que sentían, al mismo tiempo, admiración y miedo por él. Las esposas no eran requeridas para muchas reuniones o *fiestas* no oficiales de los nazis. Ute, al igual que las demás en su misma posición, estaba al tanto de las actividades de sus maridos con ciertas mujeres. Por los huecos de su propia máscara Leopold observaba al mundo, esa región de caos infinito, penas, crueldad, muerte diaria, con ecuanimidad: un gato que mira a un pájaro herido sobre el adoquín y que hace lo que los de su especie deben en esas circunstancias. Era insaciable, decía Ute. Y, sin embargo, no la buscaba en la cama desde que nació su hijo y de eso hacía ya varios años.

Al principio Józef se limitaba a escuchar, agradeciendo en silencio cada hora que podía estar bajo ese techo y no en el campo, pero al paso de los meses la mujer del nazi le pedía su opinión, como a una vieja amiga. Su vida en las afueras de Auschwitz era de aislamiento y las esposas de otros

oficiales no siempre resultaban ser buenas amigas. Se sentía sola. A lo mejor lo más natural había sido sentirse atraída por un hombre que iba a diario a casa, que escuchaba y sonreía con dulzura y la miraba como si fuera un perro que recién encontró un rayito de sol.

Por eso un día, con el tejido en la mano, Ute se movió al sillón donde estaba Józef y, sin más, lo besó en los labios. Primero suave, medrosamente, y después con desesperación. Él era joven y para entonces llevaba más de un año en el campo. A pesar de las obvias consecuencias de lo que aquella acción suponía, respondió a sus besos y a sus manos. Se estaba jugando la vida, pero esta siempre toma su curso. La mayoría de los que llegaron con él en los trenes había muerto. No solo porque estaban enfermos o moribundos tras el viaje, o porque fueron confinados a las cámaras de gas, sino porque sucumbieron a la mala alimentación, las temperaturas inclementes, el trabajo forzado, los golpes de los guardias y otras calamidades.

Józef tenía suerte de estar allí. Tal vez si rechazaba a la mujer, ella le pediría a su marido que lo echara y consiguiera a otra persona. Estaría entonces de vuelta en el campo, vulnerable como los demás. La vida era eso: decisiones. No siempre de sobrevivencia o muerte, pero en la guerra todo se exagera. En una fracción de segundo Józef decidió que tener relaciones con la esposa del comandante nazi era lo mejor. Sucedió cuando era imposible que el SS regresara, al menos si permanecía fiel a sus rutinas como lo había venido haciendo desde que el judío lo conocía. El placer amalgamado con el terror se parecía a tener hambre y comer vidrios.

Los dos se alegraron cuando aquello terminó. No hablaron. ¿Qué podían decir? Ella preparó la merienda mientras él barría las hojas del patio. Comieron en silencio, uno en cada extremo de la mesa, y Józef volvió al campo cuando comenzaba a ponerse el sol. Aquello se repitió, pero no con frecuencia. Un par de veces al mes ella le pedía que la acompañara al cuarto. El resto del tiempo transcurría con una calma cómplice en la que ambos hacían sus propias tareas en silencio, quizá siempre pensando en lo que sucedía entre ellos. De hecho hablaban menos, cosa que Józef apreciaba. El pasar las horas en silencio en aquel oasis era invaluable. Ella lo consentía prendiendo la radio, de manera que durante su jornada de trabajo Józef podía escuchar las noticias en alemán.

Cuando se acercaba la hora de llegada del comandante, cambiaban la estación a una de música clásica. Así los veía Leopold: su mujer en la cocina ocupada con la cena y el judío puliendo los pisos, pintando alguna pared o trabajando en el jardín. Pero las cosas nunca pueden ir demasiado bien por mucho tiempo. Especialmente en una guerra como aquella, con hombres como esos. El SS comenzó a pasar más horas en la casa. Salía apenas un rato y regresaba con carpetas rellenas de papeles y libros de contabilidad. No era un hombre que diera explicaciones a su mujer. Se acercaba el fin de la guerra y las batallas contra los rusos y los norteamericanos se estaban perdiendo.

En la radio se hacía énfasis en la aproximación del ejército rojo. Más tarde Józef logró atisbar esos cuadernos: contenían números como el que él llevaba en la parte interior de su antebrazo. Registros de muerte. La máquina de exterminio trabajaba a marchas forzadas, matando a más judíos en el menor tiempo posible. Los conducía la desesperación, sí, pero los alemanes, siendo lo que eran, criados en el orden y en la disciplina, querían llevar al día sus libros. Tal vez se regocijaban al mirar las series de números que simbolizaban cadáveres de judíos. No podían verlos a todos en las fosas o en los hornos, pero sí en las hojas de papel.

Mentir con él

Aunque a veces podía ser estricta al resolver las cuestiones prácticas y domésticas de mi infancia, Déborah me amaba profundamente, sin una pizca de criticismo. Como si mi condición, contexto o lo que sea que me llevó a sus brazos y cuidado, me eximiera de tener malas intenciones. A sus ojos, yo no podía portarme mal: me equivocaba, erraba el camino, nada más. Era una niña judía que no necesitaba ajustarse a la idea del libre albedrío, ni al ojo por ojo, ni a poner la otra mejilla, pues era buena en esencia.

Así me amaba la abuela.

Creo que en el fondo eso les molestaba a mis padres, pero no podían decir nada, pues gracias a que ella se hacía cargo de mí, era que podían dejarme para cumplir sus misiones secretas. Quizá cuidando de mí, ella se redimía por haberse alejado de su hijo por esos años: para mí iba el afecto a su familia muerta en los hornos, los sentimientos condensados en su alma que ahora escapaban a través de ese amor casi furioso que me tenía. Ellos entendían que el amor de mi abuela me hacía inmune al cariño de ellos y a la amenaza de que algún día me lo retiraran, que es el único poder que los padres tienen sobre los hijos. Pero ese amor también me protegía de sus largas ausencias, vacunándome para que más adelante pudiera soportar la definitiva. Porque esas aventuras locas, como decía la abuela, no eran otra cosa que preludios para una muerte segura. Ella sabía que era solo cosa de tiempo para que aquellas misiones trajeran otras muertes que no fueran las de los nazis.

Aunque para mí no había sustituto del amor incondicional de mi abuela, y que daba por sentado la mayor parte del tiempo, recuerdo los pocos momentos con mi papá como los regalos más significativos de la niñez: el triciclo, los bombones cubiertos de chocolate, aquella muñeca capaz de realizar alguna gracia increíble. Era feliz en esos días inesperados en los que papá volvía a casa. En cambio, el recuerdo de mi madre es borroso, apenas un boceto ligero al lado de mi abuela. Tal vez no quería invadir sus territorios, así que no cocinaba, no se ocupaba de mi ropa ni de mi alimentación o de mis tareas. La recuerdo más bien como una figura recostada en el sofá, leyendo, o hablando por el teléfono, a veces alto y con risas, y en otras, bajo y seria. Pero papá es una imagen nítida: me levantaba en sus brazos, apretándome contra su cuerpo. La mejilla de papá olía a crema de alcanfor y mentol, y también a esos cigarros con clavo que siempre llevaba en los bolsillos.

Una vez me llevó a comer helado cerca del puerto de Haifa. Sencillo de limón para él, un doble de vainilla y chocolate para mí. Hacía calor y el helado se derretía manchando mis manos, pero él no me regañó: me ayudó a lamer parte del barquillo y, después, intentó limpiarme con un par de minúsculas servilletas. Al final me llevó al baño y lavó mis manos entre las suyas, envolviéndolas de espuma. Sus brazos estaban bronceados y cubiertos de vellitos dorados, como espiguitas. Seguimos caminando y nos sentamos en una bardita desde donde podían verse los barcos llegar. Vimos cómo una grúa descargaba de un barco los contenedores de varios colores y papá me habló del canal de Panamá, por donde pasaban la mayoría de los barcos del mundo, para ahorrar tiempo y miles de millas. Me describió los maravillosos paisajes de la selva tropical en contraste con la impresionante tecnología de las esclusas, los barcos con banderas de todo el mundo que no dejaban de atravesar.

— Yo estuve ahí — me dijo con orgullo.

— ¿Haciendo qué? Nunca sé lo que haces en tus viajes — dije.

Sonaba a reproche y tal vez lo era. Lo que sabía de mi padre era lo que mi abuela me contaba: un filtro amoroso, pero filtro al fin. Recuerdo que papá tenía la cara fruncida por el sol que le daba de frente; sacó uno de sus cigarrillos de clavo, hizo una cueva con sus manos y lo prendió con su encendedor metálico; lo cerró de golpe, matando la flama en un segundo. Retuvo el humo por varios segundos y exhaló el tabaco perfumado.

— Fui a Panamá a buscar a una persona — dijo.

Un hombre moreno con barba de náufrago pasó empujando un carrito y se detuvo frente a nosotros para ofrecernos falafel. Con el sol en nuestros ojos, era imposible ver sus facciones, solo una silueta oscura y el mar azulísimo de fondo. Papá hizo un ademán negativo con la mano y el hombre se fue.

— ¿Y la encontraste?

— Sí, claro que la encontré — me contestó y su rostro brilló con esa misma sonrisa que ponen los pescadores en las fotos cuando muestra el gran pez que atraparon.

— Y ya que la encontraste, ¿qué hiciste?

Papá volvió a tomarse su tiempo para contestar, pitando su cigarrillo varias veces. Por una fracción de segundo sus ojos se cruzaron con los míos y pude ver algo que no supe si era confusión o miedo. Clavó la vista en el suelo: tal vez adivinaba — certeramente— que yo, tras escuchar conversaciones de la abuela, había estado atando cabos y que, al final de cuentas, sus actividades en el extranjero no eran tan secretas como todos querían suponer. Mi padre tragó saliva y puso su mano sobre mi rodilla. Le temblaba. No hay peor cosa que ver a un adulto que se da cuenta de que no está en control de la situación. Se dio cuenta de que no podía mentirme.

— Lo maté porque era un hombre malo — me dijo adelantándose a mi siguiente pregunta. El llanto se acumuló en mis ojos. Mi padre tiró el cigarrillo y lo remató con su bota—. A veces hay que hacer lo que se tiene que hacer.

Me quedé callada hasta que las lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Él se acercó para abrazarme.

— ¿Qué pasa?

— No quiero que te mueras.

— No me va a pasar nada, Abby. Sí me crees, ¿verdad?

Yo dije que sí. Me dio la mano para que brincara desde la barda. Se agachó hasta quedar a mi altura, su cara de frente a la mía, me tomó de los hombros y me pidió mentir con él:

— Que tu abuela no sepa que has comido helado antes de la comida.

Yo asentí, cómplice en esa mentira y en la otra también.

La muerte escurría

Sucedió que la mujer del comandante nazi, debido a la inusitada presencia de su marido, se volvió más devota. Tal vez era el único sustituto que encontraba para aquella vida sexual de temporal, pues ahora pasaba mucho de su tiempo rezando o hablando de cosas de la Biblia con un sacerdote que asistía al campo de concentración para confesar a los prisioneros.

Así de absurdo era ese infierno.

Con la nueva situación, Ute no podía encontrarse a solas con Józef, y era obvio que ella y su marido no tenían más que una relación de simbiosis doméstica. La tranquilidad casi armónica de la que gozaban terminó esfumándose por culpa del Ejército Rojo que presionaba a los nazis a trabajar horas extras. Él se concentró en el trabajo, evitando mirar a Ute. Ella, por su parte, iba siempre con la espalda tensa y erguida, bufaba para sí e imprimía una cierta furia a cada uno de sus pasos antes de sentarse de golpe en un sillón y rezar el rosario mirando por la ventana hacia la nada. Józef hacía el quehacer con un entusiasmo elusivo, como si trabajando con más fuerza pudiera traer a su familia de vuelta, o como si sacudir el polvo le ayudara a los aliados. Regresaba cansado al campo, repartía el contrabando de comida y se dormía sin ganas de pensar en que seguía en Auschwitz, o en la muerte que se escurría por las literas como la diarrea de los enfermos sin fuerzas para bajar a las letrinas.

Y, de pronto, un infierno nuevo. Distinto. Así como esas nubes oscuras que viajan de prisa, cubren el sol de color morado y, de repente, sueltan una lluvia pesada, sin más ni más. Aunque los abusos entre un ser humano que se siente superior a otro, a quien ve apenas como un animal, son la norma, aquello resultó ser, paradójicamente, una sorpresa y algo que ya se esperaba. Uno de esos días de trabajo en casa, Leopold llamó a Józef a su estudio y le pidió cerrar la puerta. Lo hizo sentarse junto a él en un escritorio grande de madera fina para que le dictara ciertas cantidades. No suponía un problema: la pronunciación del alemán de Józef era clara y correcta. Trabajaron concentrados y, al cabo de una hora, el comandante sirvió vodka en dos vasos.

—Para el frío — dijo.

El invierno estaba cerca, pero dentro de la casa la temperatura era agradable. Józef tomó su vaso, agradeció y bebió poco a poco, disfrutando la forma en la que el licor calentaba sus entrañas. Leopold, por su parte, lo bebió de un solo golpe, gruñó de satisfacción y puso el vaso con fuerza sobre el escritorio. Le sonrió a Józef y apoyó la mano sobre su pierna.

—No estás tan delgado — le dijo como si apreciara a un animal de granja—. Te hemos cuidado bien.

Sus dedos apretaron el músculo varias veces, amasando su pierna. Józef fingió buscar el renglón en el que se había quedado. No se movió, no dio ninguna señal de haber escuchado o sentido. La gente puede creer dos cosas opuestas simultáneamente. Uno puede recibir un estímulo a través de cualquiera de los sentidos, algo real, y al mismo tiempo decirse que fue cosa de la imaginación. Uno puede estar seguro de que Dios no existe, dada la evidencia y el terror, pero también rezar con todo el fervor y la fe posibles cuando el metal de una pistola automática presiona el cráneo. Pero Leopold no

utilizó su arma. La dejó metida en su estuche mientras se desabrochaba el pantalón y dirigía la cabeza de Józef.

No hicieron falta las amenazas. Todo quedó sobreentendido. Aquello no era nada particular. Los prisioneros eran esclavos para utilizarse de la manera en que los amos decidieran. Objetos desechables. Por eso no fue necesario decir nada más en cuanto aquella cremallera volvió a su lugar. La realidad no se había alterado, la vida seguía su curso y también la muerte. Y, como todo, se repetiría otras veces. Habría otras formas de repetirse; algunas bastante dolorosas. Era lo que menos importaba. El dolor era la regla, no la excepción, y al parecer Józef había vivido más de lo que le correspondía.

Volvió a sus labores de mozo, a integrarse a la religiosidad de Ute, la esposa, a ese ambiente que se volvió irrespirable, sin que nadie dijera nada, sin que sucediera nada fuera de norma, al menos en la superficie. El cuerpo de muchos judíos era usado para trabajos forzados en la intemperie; el de Józef, para otro tipo de tareas, protegido de los elementos naturales. Cuando le dolía, intentaba pensar que millones de seres humanos en esa guerra habrían dado lo que fuera por estar en su lugar. Por no padecer hambre y frío, por saltarse los golpes, por no ser el blanco de los nazis que, aburridos, a veces les disparaban solo por gusto, como si practicaran su puntería con botellas o latas. Al final del día, era afortunado. Cuando se está en situaciones extremas, se aprende a reajustar las creencias, a darle nuevas prioridades a lo que se conoce. Józef comenzó a creer solo en dos cosas: en la suerte y en el hambre. Se dio cuenta de que el mundo se mueve en torno a ese par de nociones. Leyó en alguna parte que la avaricia es el hambre del hombre rico. El hambre y la suerte explicaban todo a su alrededor. Él había corrido con suerte. El hambre del comandante de la SS era lo que lo mantenía vivo, un junco endeble al que hay que sujetarse para no caer en un lago de muerte absoluta.

Parecería que la llegada del invierno apresuró los acontecimientos: los nazis evacuaron el campo de concentración forzando a los prisioneros a caminar muertos de hambre sobre la nieve. Dejaron atrás solamente a los moribundos, dando por hecho que no tardarían mucho en perecer sin alimentos, agua o medicinas. Mientras los prisioneros de la marcha de la muerte se desplomaban sobre la nieve, Józef esperaba oculto tras un fondo falso en el ático de la casa del comandante. Tenía comida, agua, una cubeta y la incertidumbre total. Leopold había preguntado por él, pero Ute ya sabía de las marchas, que comenzaron un día antes. Mintió diciendo que no lo había visto, que tal vez estaba en el campo. Discutieron un poco. Apenas unas palabras llegaban a Józef a través de la madera. No distinguía más que los tonos y algunas sílabas. A través de las duelas de madera, el comandante sonaba furioso, desesperado: no había tiempo que perder. Tenían que huir. Hicieron una maleta para los dos y desaparecieron. Józef hubiera querido despedirse de Ute, agradecerle la suerte que le había regalado, pero no volvió a verla nunca. Al comandante, en cambio, sí. Pero eso sería muchos años adelante.

Tras cuatro días de encierro, Józef decidió salir. Todo era silencio. Se asomó por la ventana: las chimeneas del campo ya no lanzaban humo pestilente. Escuchó algunos pájaros en el bosque. Por demás, solo el ruido de los árboles y las hojas que crujían bajo sus pies. Caminó hasta Auschwitz y encontró a los soldados rusos, sorprendidos por los esqueletos que todavía se sostenían en pie, enfundados en sus uniformes rayados, mirándolos con esas cuencas hundidas que no dejaban ver el alma. Aquellos hombres que venían del campo de batalla, el infierno que es la guerra, tenían problemas para procesar lo que miraban: aquellas montañas de cadáveres, los numerosos hornos con restos humanos, tibios aún, aquellos galerones enormes que eran las cámaras de gas, las pilas de anteojos, zapatos, maletas y cabellos humanos. Y escuchar las atrocidades de los pocos sobrevivientes que podían hablar, era como escuchar un cuento de terror.

A pesar de que la evidencia estaba ahí y podía percibirse por todos los sentidos, el hedor de los muertos, la vista de la maquinaria de exterminio, los muertos, los vivos, el frío, los quejidos de los moribundos, las barracas, era difícil de asimilar. Y no sabían aún que aquel campo era uno de tantos a lo largo de todo el país. Los médicos atendían a los sobrevivientes, los que los nazis dejaron calculando que no sobrevivirían más de unas horas. En una apuesta peligrosa, algunos presos, como zarigüeyas, habían fingido su muerte, escondidos entre los muertos de verdad que ya se pudrían en las tablas de las literas. Al final, algunos de los rezagados tuvieron más suerte que los que emprendieron la marcha. En mucha mejor condición que los demás, Józef relató su situación en la casa del comandante. Varios soldados fueron a la casa a investigar y lo comprobaron: los habitantes habían huido. Poco después Józef se entregó a la salvación, no tan hambriento, y rebosante de suerte: había salido vivo del periodo más atroz de la historia moderna. Caminaba. Pensaba. Abrió la boca y dijo solo para sí: estoy vivo. No bastaba la evidencia, su corazón que latía, sus ojos que se le cerraban por el cansancio; tenía que escucharlo para creerlo.

Destino manifiesto

Siempre hay una última ocasión en la que se ve a alguien antes de su muerte. No hablo de ser testigos de un accidente en plena calle, me refiero a esos encuentros comunes, que parecen intrascendentes, como cuando una va a beber un café con alguien y al salir ambos prometen que se llamarán pronto para repetir y, por desidia, razones oscuras y personales, o simple falta de tiempo libre, años después una se encuentra mirando los obituarios, al tiempo que se come un pan tostado con mermelada, y se entera de que la cita con aquella persona no será posible ya. Una comienza a jugar con los *hubieras* y a construir un escenario en el que todo habría sido diferente si tan solo hubiéramos sabido, o hecho, o dicho... Hablo de esa última ocasión en que se ve con vida a alguien y no se tiene idea de que será la última. Quizá no sea tan malo: si uno supiera que aquella es la última vez que se ve a alguien antes de su muerte, supongo que el momento terminaría por arruinarse con sentimentalismos, culpas, intentos de conversión religiosa, confesiones bochornosas, discursos aburridos o actividades peligrosas con el pretexto de que ya no habrá otra oportunidad. Aquella última vez que vi a mi padre, yo no tenía idea.

Recuerdo que estaba mirando las noticias en la televisión sin entender los pormenores; lo único que me quedaba claro era que las personas de la pantalla, los políticos, estaban en el negocio de forjar destinos para miles de personas, como quien hace un dinosaurio con plastilina, o bien, de aplastarlas hasta reducirlas a nada con solo el dedo pulgar. Desde ahí podía escuchar a la abuela, hablando sola en la cocina mientras preparaba *sauerkraut* y el aroma inundaba el departamento. Oí un ruido y me asomé a la ventana: por la persiana la luz que se colaba me develó un mundo de polvo suspendido y como siempre traté de atrapar una motita con cuidado, casi quirúrgicamente, usando mis dedos como pinzas.

El ruido era de una niña inválida que vivía dos pisos abajo: la sacaban todos los días a la misma hora a tomar el sol, como si fuera una maceta. Desde mi lugar en la ventana, vi a la niña gritando de emoción porque un par de señoras que paseaban a sus perros se habían detenido para que ella pudiera tocarlos. Yo he tenido, desde siempre, una fascinación total por los perros. Mi abuela nunca me permitió tener uno: ¿cómo podíamos gastar en alimentar un animal? Asomada desde la ventana, vi aquel gran danés y ese pequeño perro salchicha que agitaban la cola frente a la niña de la silla de ruedas. Si yo no podía tener un perrito en casa, al menos podría acariciar aquellos por un momento. Le dije a Déborah que iría a jugar un rato afuera. Tenía permiso de salir a la calle antes de la hora de la merienda, siempre y cuando estuviera atenta a su llamado desde la ventana. Era probable que papá llegara en cualquier momento esa tarde. Ella se sentó con alivio frente al televisor con un café y un plato de galletas de nata. Sintonizó una telenovela, estiró las piernas y las puso sobre un banquito. Yo bajé corriendo las escaleras del edificio justo como lo tenía prohibido y salí a la banqueta. Casi tropiezo. Esperaba alcanzar a los perros para tocarlos, pero ya no estaban: miré a ambos lados, pero habían desaparecido. Corrí a una de las esquinas con la esperanza de alcanzarlos: nada. Apreté los puños y con todas mis fuerzas, golpee el piso con mi zapato. Regresé a donde estaba la niña. No recuerdo su nombre, solo que la peinaban con dos coletas; su cuero cabelludo blanco era una línea

entre ambas. Quizá porque no podía usar las piernas ni hacer ejercicio, estaba pasada de peso; tenía ojos pequeños y pecas en el rostro. No tenía parálisis cerebral ni mucho menos. Tampoco un coeficiente limitado. Su problema estaba en las piernas. Según me contó mi abuela, lo suyo no fue un accidente, sino algo con lo que nació. Destino manifiesto. Voluntad de Dios.

Yo jadeaba tratando de recuperar el aliento y mi cara mostraba mi frustración. Quería llorar, gritar. Me cuesta mucho hacerme a la idea de algo y luego no poder tenerlo. Sentí la mirada de la niña, que me observaba con una sonrisa pequeñita, apenas dibujada. Con ese entendimiento tan básico de la mutua condición de infantes, ella comprendió con solo verme que ella había tenido aquello que yo tanto quería. Quizás era la envidia natural de los físicamente incapacitados lo que la movía, ese resentimiento profundo de que Dios los ha jodido desde el útero. Se parece al odio que las mujeres feas sienten por las bonitas naturales: mientras que ellas tienen que invertir tanto tiempo, cosméticos y a veces cirugías para apenas ser promedio, las otras pueden ir en fachas y con la cara lavada y seguir volteando las miradas a su favor. Creo que esa niña me detestaba porque yo tenía un par de piernas que me llevaban de un lugar a otro, y me permitían subir las escaleras de dos en dos escalones, jugar carreras con los otros niños del edificio o subir a los árboles como un mono.

La coartada de la inválida era perfecta: no tuvo ni siquiera que pronunciar palabra. Eso hizo que a ojos de cualquiera, mi ataque fuera artero y, la culpa, completamente mía. No había manera de explicar que bastó que hiciéramos contacto visual por apenas unos segundos y que su cara se contorsionara en esa mueca horrible de burla y superioridad, para que la sangre se me agolpara por dentro. La burla es la mayor afrenta en el mundo de los niños y la expresión en un rostro malintencionado dice más que cualquier discurso. Abrí la boca para insultar a la niña, pero ella movió la silla de ruedas hacia atrás y la enorme rueda pasó sobre la punta de mis zapatos. Grité de dolor y mi primer impulso fue empujarla con todas mis fuerzas. Como la silla estaba casi en la orilla de la banqueta y de frente a la calle, la tullida cayó de bruces sobre la vía. Un auto compacto enfrenó rechinando las ruedas y se detuvo muy cerca de ella. Fue cuestión de segundos para que se formara alrededor un círculo de mirones; dos hombres se aprestaron a levantarla. Tenía la cara cubierta de sangre por el golpe en la nariz y las manos raspadas, pero no era grave. Lloraba a gritos tanto como se lo permitían los pulmones al tiempo que su dedo me acusaba.

Mi padre, que caminaba por la acera con su mochila al hombro, corrió en cuanto distinguió mi silueta en medio de aquella confusión y gritos. Una vecina se apresuró a ponerlo al tanto de mi canallada: aventar a la calle a una niña indefensa. Un anciano que siempre alimentaba a las palomas preguntó si no estaría yo mal de la cabeza, tanto que precisarían internarme en un hospital; otra señora respondió que nada, que lo único que me hacía falta era una buena paliza y un castigo ejemplar. Mientras, alguien más pedía que llamaran a una ambulancia y otro que se buscara a la madre de la pobre criatura; todo era órdenes y nadie tomaba acción.

Después de unos minutos se materializaron tanto la mamá de la discapacitada como mi abuela y comenzaron a pelear. Mi abuela decía que no negaba mis acciones, pero que yo jamás hubiera hecho nada así sin una buena razón de por medio. No había prueba de que yo hubiera sido agredida: nada sobre mi cuerpo, ningún testigo. Una palabra contra la otra. Papá, muerto de cansancio por el largo trayecto, me tomó con brusquedad del brazo y, gritando, me informó que iría a enfrentar mi consecuencia. Al parecer aquello satisfizo a la gente que esperaba verme pagar.

Papá me jaló y me llevó escaleras arriba. Sus manos estaban frías y rugosas. Me di cuenta de que no estaba enojado: aquello en su rostro era más bien desesperación y cansancio. Tal vez tenía miedo por mí. Me preguntó qué me había hecho la otra. «Nada», le dije. «No me hizo nada». «Qué me había dicho entonces», insistió. Yo no pude responder. Tampoco explicar la sensación que aquella

mirada, aquella boca burlona, provocó en mí. No había dicho ni una palabra. Fue la mirada, el gesto de su cara: el saber que disfrutaba con mi frustración. ¿Todo por ver unos perros? Jamás podría haberle explicado eso a mi padre.

Él entró a la cocina y buscó una cerveza en el refrigerador, pero no encontró nada. Tomó un vaso, lo llenó en el fregadero y lo bebió de una sola vez. Luego soltó un suspiro y se dejó caer sobre la silla de madera.

— Sabes que no voy a poder llevarte a comer helado esta vez — me dijo—. Tu abuela no lo va a permitir.

No intenté defenderme: tenía claro que nadie podría estar de mi lado. Como si la hubiéramos invocado, Déborah regresó: llevaba la cara roja y apretaba los puños. Dijo que mi castigo duraría dos semanas sin la posibilidad de salir a jugar. Que por más que le doliera, los vecinos esperaban algo severo.

— Cruza los dedos porque la familia de la niña no vaya a demandarnos.

Mi padre dijo que, dado que no podía sacarme a pasear, saldría a tomar algo con sus amigos. Hacía mucho que no los veía y no le apetecía mirar telenovelas el resto de la tarde. Yo me quedé con la abuela, que me interrogó al igual que mi papá y obtuvo las mismas respuestas. Después me obligó a lavar los trastes, a bajar la basura hasta el contenedor comunal y, luego, me sirvió leche y galletas. Más tarde me propuso armar un rompecabezas y, al final, me fui a la cama sin que papá hubiera regresado.

Al día siguiente, al salir a la escuela, él seguía dormido y la abuela me impidió despertarlo. «No se siente bien», dijo. Cuando regresé, me encontré a la abuela concentrada en terminar a pequeños sorbos una tacita de café turco. Me informó que a mi padre lo habían requerido de última hora y había tomado el bus a Jerusalén. Dejó sobre la mesa varios chocolates a manera de despedida: mis favoritos. Los guardé en mi lugar secreto. Recuerdo que cada día iba dando una pequeñísima mordida. Quería hacerlos durar hasta que él volviera.

Semanas después nos llegó la noticia de la muerte de mi padre. Me sigue gustando el chocolate, mi pasión por los perros no ha disminuido ni un ápice, pero detesto las sillas de ruedas.

La última función

A veces la vida hace grandes paréntesis antes de retomar los asuntos trascendentes, un oasis entre una vuelta de tuerca y la que sigue. Después de la guerra y de su liberación del campo, Józef anduvo por varios países hasta que se acomodó en España como maestro de alemán. La vida está llena de ironías. Fue durante ese tiempo que aprendió a hablar español. Yo no sé si el mundo es un pañuelo como dicen, o si existe el karma, o si hay un Dios que controla nuestros destinos y se divierte enfrentando las piezas, como en un tablero de ajedrez. Porque un día por la tarde, cuando salía de la escuela de idiomas, luchando por sostener unos libros bajo un brazo y el paraguas con el otro, Józef vio a Leopold en la parada del trolebús, contemplando la lluvia con la misma expresión con la que miraba el campo de concentración desde la ventana de su casa.

Apenas habían pasado unos años, pero se veía mucho más viejo, con las mejillas hundidas y los pómulos pronunciados. Aunque vestía como todos en aquel lugar y en aquella época, su cuerpo lo delataba: la espalda perfectamente erguida, el pecho hacia afuera, las piernas separadas a unos ochenta grados y brazos hacia atrás, las manos cruzadas arriba de su trasero. Sobre todo, reconoció esos ojos azules que Józef recordaba bien. El corazón se le aceleró tanto que temió que fuera a desmayarse o a tener un paro ahí mismo. Sintió que su cuerpo hervía y, por dentro, se revolvieron miedo, agradecimiento, sorpresa, rencor, nostalgia, odio, confusión: una mezcla viscosa, con grumos. Permaneció petrificado en la banqueta y bajo la lluvia; luego se acercó al nazi para también esperar. Los dos iban con sombrero y miraban al frente, como si estuvieran juntos en un elevador. Józef temblaba, literalmente, pero el otro no lo reconoció ni dio muestras de notar su presencia.

El trolebús llegó cuando el alemán consultaba su reloj de pulsera; satisfecho, abordó con una zancada larga; sus piernas todavía eran fuertes para su edad. Con seguridad seguía una dieta rigurosa. Sin pensarlo, Józef subió detrás de él y escogió un asiento al fondo. Desde ahí solo podía ver la parte trasera del cráneo del que fuera su patrón. El cabello rubio se le había vuelto blanco y la piel pálida, rojiza, lastimada por el sol como la de muchos turistas. Por la ventanilla, Józef veía las calles, los edificios españoles y, en una proyección simultánea, su cerebro le mostraba la película de su tiempo en Auschwitz, de las tardes en la casa del SS, en su oficina. Nunca pensó que lo volvería a ver. Miró a los otros pasajeros; tuvo miedo de que alguien pudiera leerle el pensamiento. Cuando Leopold se bajó en su parada, Józef no pudo más que seguirlo. Caminó despacio, a cierta distancia. Como la calle estaba llena de personas que regresaban a sus casas del trabajo, logró pasar desapercibido. Luego de tres cuadras, vio que el hombre entró a una casa de techo de dos aguas y ventanas de madera. Recién pintada, macetas rojas con geranios, una pajarera de dos aguas: un pedazo de Alemania incrustado en las afueras de Madrid. Józef memorizó la dirección y pasó de largo como si supiera a dónde iba.

A partir de ese día se le hizo una rutina pasar por aquella calle y, poco a poco, aprendió a coincidir con el nazi. Incluso encontró una banca en un parque a contraesquina, desde donde podía sentarse a leer y esperar a que saliera. Como buen alemán, Leopold no podía resistirse a la rigidez de las rutinas y no fue difícil para Józef tomar nota de sus horarios y lugares. Vivía solo, con un perro salchicha

color marrón al que sacaba a pasear, a la misma hora, todos los días y por la misma ruta. Lo vigiló durante tres meses: estaba claro que en aquella casa no vivía ningún otro ser humano. Tal vez era viudo, pero Józef apostó a que Ute lo había abandonado después de la guerra. Le gustaba pensar que ella se había tomado la oportunidad de ser feliz. Los sábados por la tarde el hombre jugaba ajedrez en un cafetín: tres ancianos rivales, tres horas exactas. Luego cenaba ahí mismo, café con leche sin azúcar, pan tostado y carnes frías. Cuarenta minutos que incluían la lectura de un libro. Después iba a la última función del cine, compraba ositos de goma y prefería los asientos de adelante. La sala estaba en un edificio viejo, a diez cuadras del café. Leopold caminaba con energía, quizá para ayudar a la digestión de la cena. Las calles poco alumbradas de un barrio con fama de peligroso no eran impedimento para que Leopold caminara erguido, seguro de sí.

Un día, luego de casi un año de seguirle los pasos, Józef decidió ir a la misma función. Se sentó junto a la butaca vacía que había a la izquierda del ss. La película era una versión norteamericana de la Segunda Guerra Mundial, y el alemán bufaba de vez en cuando, incrédulo y ofendido, por lo que miraba en la pantalla. A esa distancia, Józef pudo percibir su olor corporal, una mezcla como de queso añejo, ajo y sudor rancio. El olfato jamás olvida: los eventos que se relacionan con un olor pueden volverse nítidos y brutales en cuanto la nariz vuelve a percibirlos. Inevitablemente lo recordó todo. A la salida, Józef lo atajó en la puerta y le preguntó en alemán si se acordaba de él. Se quitó el sombrero y le mostró la cara, abriendo los ojos, grandes. Leopold se tomó unos minutos para mirarlo, ajustándose las gafas un par de veces, el mismo gesto que usaba para analizar el tablero de ajedrez, y después dijo que lo disculpara, pero que no lo había visto jamás. «Nos conocimos en Alemania, trabajé para ti». El otro hizo cara de pensarlo por unos momentos e insistió que no, que no tenía el gusto de conocerlo. Si no lo reconoció en verdad, o si evitaba recordarlo de manera deliberada, era difícil de saber. Quizás adivinó la intención del judío mucho antes que Józef mismo y no quiso andar esa ruta. Mi amigo pronunció el nombre completo del comandante y contó en resumen lo que había pasado en su casa: la verdad cruda que se queda metida debajo de las uñas, como la mugre, como la sangre. Mencionó el nombre del campo, el de su esposa, las fechas exactas.

Siempre hay dos historias: la que una le cuenta a los demás y la que se esconde bajo los forros del saco, que narra lo que sucedió en verdad. Józef quería escucharlo decir que se acordaba de esa parte de su vida, que lo reconocía. Pero Leopold dijo con tranquilidad que lo estaba confundiendo con alguien más, que él no había estado en Alemania durante la guerra. Él era un ciudadano suizo que había decidido retirarse y vivir sus últimos años en España, pero que se solidarizaba con él y su pasado. Luego sonrió con una mezcla de altivez y satisfacción, de la misma manera en que hacía al salir de su estudio luego de violar al mozo judío que todos los días iba a su casa. Un gesto tan repugnante como familiar.

Las ovejas no se alimentan de los lobos. Aunque creía conocerse bien, Józef ignoraba que tenía lo necesario para ser un asesino. Un hombre nunca sabe de lo que está hecho hasta que viene una situación que expone lo que realmente es. No era un tipo grande ni tuvo jamás ningún entrenamiento para luchar. Tampoco sabía manejar armas. Lo suyo era sobrevivir, nada más, y eso se lo agradecía más a la suerte que a sus propias decisiones. Pero, después de todo, la ley del Talión la escribieron los judíos. Se acordó de los juicios de Núremberg que había visto por televisión: los nazis fingían demencia y negaban las atrocidades de las que eran responsables con esa misma calma con la que Leopold hablaba.

— Si me permite — dijo el alemán, se dio la vuelta y caminó en dirección a su casa.

Józef se quedó en la banqueta por unos segundos mientras se quitaba el cinturón. Alcanzó a Leopold por detrás y lazó su cuello. Lo tomó por sorpresa: de todas las posibilidades en el mundo,

seguramente no se esperaba que un judío flaco y resentido pudiera lastimarlo. La energía de los millones de judíos que no opusieron resistencia a su muerte en los campos se concentró en las manos de Józef. Así como en aquel tiempo se aferró a la vida al precio que fuera, ahora lo hacía a ese pedazo de cuero. Usando toda su fuerza, lo apretó alrededor del cuello rojo y arrugado. El hombre trató de meter sus dedos entre su garganta y el cinto, pero le fue imposible. Después intentó golpear a Józef, tirando puñetazos al aire. En cierto momento le pareció escuchar una invocación a Dios y, después, su propio nombre. Quizás pensaba que si admitía al fin que sí conocía a Józef, podría salvar su vida. Pero no: Leopold cayó de rodillas y Józef usó la pierna para apoyarse contra su columna y jalar el cinto con más fuerza.

— Jesús, Alá, Jehová, si es que existe, no sirve para nada — dijo Józef, resoplando por el esfuerzo —. Tiene la misma eficacia que una pata de conejo.

La respuesta del comandante fue un gemido ahogado que no correspondía a su persona. Estaba perdiendo ímpetu y se movía cada vez más despacio. ¿Podría entender lo que le estaban diciendo cuando tenía tan poco oxígeno en el cerebro?

— Ustedes más que nadie deberían de saber que Dios no existe. — El hombre se dejó caer de bruces y, tras un par de espasmos, dejó de moverse —. Ustedes son la prueba.

Józef siguió tirando hacia atrás y empujando con la pierna. La nuca de aquella cabeza tocó la espalda, pero antes de eso hubo un tronido seco, como el de una rama que se rompe. Józef pensó en el bosque. También crujió la columna vertebral bajo su zapato.

— Sabes muy bien por qué estoy haciendo esto — le dijo. Aquel cuerpo ya no contestó.

Lo soltó al fin: las manos le dolían, estaban lastimadas, pero limpias. Miró a su alrededor: la calle seguía sola. Rápidamente recogió el cinto, se lo colocó en su lugar y se fue. Temblaba como si estuviera en medio del invierno polaco. Pensó en el perro salchicha de Leopold, solo en aquella casa, esperando al amo que no volvería más. Cuando Józef llegó a la suya, se sirvió un vaso de brandy y lo bebió de una sola vez. Poco a poco se fue calmando. Creyó que no iba a poder dormir, que el primer muerto debe de causar una fuerte impresión en el subconsciente, pero no: cayó de inmediato en un sueño profundo y sin pesadillas. Se levantó pensando en la manera de abandonar España. La ciudad ya no era la misma.

Józef me dijo que a la mañana siguiente salió temprano de su casa y compró todos los diarios que vendían en el kiosco y se fue a leerlos al café donde Leopold solía cenar. Buscó en las primeras planas, en la sección policíaca, en los obituarios. Solo en un diario, en el más amarillista, encontró una pequeña nota que aludía al cadáver de un extranjero encontrado en plena calle. *Aparentemente estrangulado*, decía la nota. Durante los días siguientes realizó el mismo ritual de conseguir el periódico y después ir al café. La policía no le había dado seguimiento al caso. Quizá fue porque nadie reclamó el cuerpo que no se volvió a mencionar nada más sobre el viejo que paseaba a un adorable *Dachshund* en los mismos horarios. Su cadáver terminó en la fosa común, como miles de judíos al principio de la guerra.

Dejó el país de su venganza. Józef tenía una amiga judía con parientes en México y fue a través de ella, y sus conexiones en la universidad, que pudo venir a este país y encontrar un empleo. Primero estuvo trabajando como maestro de idiomas, igual que en España, pero al poco tiempo puso un negocio de plomería y arreglos de casas en general. Con lo que ahorró como maestro se compró una camioneta usada en la que iba a donde lo llamaban. No tardó en hacerse de buena fama: precios justos, resultados satisfactorios.

Y desde aquel entonces hasta ahora, solo veía el paso de los años. El deterioro del cuerpo. Echar de menos a algunos contemporáneos que se adelantaban a la muerte. Józef no tuvo hijos ni se casó. No

sé si por elección o por falta de oportunidades; no me habló de esa parte. Tal vez quería preservar en su corazón a su familia perdida en el Holocausto como la única, o quizá no pudo encontrar una mujer para rehacer su vida, alguien que entendiera por qué, en la madrugada, se despertaba gritando, llorando, como si un monstruo viviera debajo de su cama.

Gracias a la amnesia

El pasado siempre fue una presencia entre mi abuela y yo. En todo lo que ella hacía y decía, el pasado se colaba, extendiéndose ante nosotras aunque fuera de una manera mínima o sutil. Supongo que ella lo miraba directamente, como a una cucaracha enorme en mitad de la cocina, mientras que a mí me parecía una sombra que se mueve por las paredes y desaparece al encender la luz. Como sea, es algo que me carcome la conciencia, aunque yo nunca estuve en un vagón de ganado ni pasé hambre. El pasado sigue siendo el ruido de fondo para cada acto de mi vida, como si yo hubiera absorbido lo que mi abuela sufrió, sus pérdidas, su dolor: es mi herencia emocional. A veces me descubro divirtiéndome, pasándola bien, pero con aquellos recuerdos ajenos haciéndome contrapeso en la sonrisa, una especie de culpa por estar feliz aunque sea por instantes, cuando mi abuela, cuando los que estaban con ella en los campos, sufrieron lo que sufrieron.

Esta mañana me llamaron de la clínica para informarme que la abuela murió. Yo había pasado la noche a su lado, como siempre desde hace días que la internaron, y cuando fui a casa a bañarme, cambiarme de ropa y desayunar, ella se fue. He escuchado tantas historias que narran que el moribundo sabe cuándo va a morir, que presiente la muerte, o bien, que puede detenerla por momentos para esperar a algún pariente o ser querido. No sé si esas historias son patrañas, meras coincidencias, o bien, que Déborah eligió morir mientras yo no estaba. Quizá buscaba evitarme la visión terrible de verla en el instante en que ella se convertía en un cadáver, o tal vez temía que yo hiciera una escena vergonzosa. No nos despedimos formalmente, pero de alguna manera habíamos estado despidiéndonos desde que entró al hospital.

«Murió», digo en voz alta. Mi abuela ya no está. Ya no es. No volveré a verla. Soy huérfana. Mi corazón se rasga como un pedazo de tela. Solo puedo pensar; mis otras funciones cerebrales se subyugan al dolor. Voy rumbo al hospital, manejando rápido pero a la vez con cautela, sin llorar, con la atención centrada en el tráfico, apretando con fuerza el volante. Cuando llego, mi abuela sigue muerta. No es ninguna sorpresa: era una mujer anciana y enferma. A nivel racional entiendo que murió por alguna falla en su sistema, pero en otro nivel es como si los nazis la hubieran matado. Como si yo fuera testigo inerte de cómo la bajaban a golpes del vagón, le ponían la pistola en la sien y le volaban la cabeza sin la menor emoción. A destiempo, a distancia, pero habían sido ellos al fin, que nunca le permitieron vivir fuera del campo aun cuando había escapado.

Quiero pensar que la vida funciona gracias a la amnesia, a la que nos obligamos a veces y a la que sucede por paso y desgaste del tiempo. Mi idea ha sido que la vida puede seguir no necesariamente por el perdón o por la voluntad de dejar las cosas atrás, sino porque olvidamos nuestros errores, nuestros horrores, porque nos engañamos para creer que no sucedieron. Pero al ver a la abuela debajo de la sábana, las enfermeras impacientes y esperándome para disponer del cuerpo y seguir con sus ocupaciones, me doy cuenta de que nunca olvidamos, por más que pensemos que hemos olvidado. Me echo a llorar arriba de aquello que ya no es mi abuela Déborah, sino su cáscara, su exterior, como aquellas réplicas huecas y crujientes que dejaban las cigarras en los jardines en Haifa, donde ella me llevaba a jugar.

Paloma de Noé

Ese Dios encaprichado como niño que destruye su creación porque ha cometido un error. El Diluvio. Sodoma y Gomorra. El Holocausto. Tanta muerte. Nunca he podido entender por qué no solo lo permitió, sino por qué lo provocó. ¿No podía desde el principio haber hecho las cosas bien, sin equivocarse? ¿No podía evitar el dolor de inocentes? ¿No hubo forma de ahorrarse las masacres?

Recuerdo que en mi adolescencia yo le soltaba esas preguntas a mi abuela; ella respondía que no era posible juzgar a Dios bajo nuestra lógica humana. Sin embargo, admitía, ella se preguntaba lo mismo cuando veía las chimeneas trabajar las veinticuatro horas, quemando los cuerpos de otros judíos como ella. O cuando los guardias alemanes mataban a golpes a un esqueleto macilento que sucumbía a la inanición en medio de la jornada laboral. Para salir de ese aprieto en el que Dios todo amoroso quedaba tan mal parado, mi abuela me contaba sobre la paloma de Noé. Ya desesperados y sin alimentos, Noé había soltado a la paloma que regresó con una varita de olivo en el pico, probando así que la tierra firme no estaba tan lejos. «Pudo no haber regresado», decía mi abuela, «pero eligió regresar para dar esperanza a Noé y a los tripulantes del arca. Seguían sin agua ni alimentos, hacinados, pero al menos con el retorno de la paloma tenían la esperanza de que faltaba menos».

Las enfermeras se encargaron de informarle a Józef de la muerte de mi abuela. Supongo que los decesos son lo más relevante en un día lleno de rutinas y enfermos que entran y salen, sobre todo en una clínica de una ciudad pequeña. Después de los trámites que tomaron casi tres días, yo no tengo a qué volver al hospital. Tal vez por eso Józef se sorprende al verme en su cuarto. Le platico que aunque fue difícil conseguir un lugar en el panteón, me rehusé a cremar el cuerpo de mi abuela, a pesar de que siempre había pensado que era la forma más práctica y menos costosa para la familia. Ser incinerada sería inapropiado para alguien que se salvó de los hornos. Irónico, incluso.

Mi abuela detestaba la ironía: para ella, se trataba de una agresión, una violencia de bajo impacto que dejaba moretones que no podían verse. Déborah nunca habló sobre lo que quería cuando muriera. Por eso decidí que era mejor que su cuerpo se descompusiera lentamente, que volviera a la tierra, composta en el país que nos acogió a las dos con dulzura, a diferencia de la Europa que nos detestaba hipócrita o abiertamente y que, a los que no había asesinado, nos había escupido, nos había robado todo.

Le muestro a Józef mi antebrazo, donde me hice tatuar el número de Déborah. Fue hace dos días, en ese estado de alteración que supuso la muerte del ser más importante en mi vida. Los números negros siguen aún hinchados sobre mi piel rojiza y dolorida. Él no dice nada; aprieta mi mano débilmente y sonrío con un gesto amargo. No sé si aprecia el homenaje a mi abuela. Quizá no, pero dudo que sea un hombre de los que juzgan a los demás. De cualquier manera, estoy segura de que entiende que yo volví como la paloma de Noé, porque sabe que su tiempo en el mar está por concluir. Si el Holocausto le arrancó a Józef su familia y si le cercenó la posibilidad de crear una nueva, yo le quitaría a los nazis la victoria de que muriera solo con su pasado.



Acerca del autor

LILIANA BLUM. Ha publicado las novelas *Pandora* (Tusquets, 2015) y *El monstruo pentápodo* (Tusquets, 2017), y los libros de cuentos *Tristeza de los cítricos* (2019), *Yo sé cuando expira la leche* (2011), *The Curse of Eve and Other Stories* (2008), *Vidas de catálogo* (2007), *¿En qué se nos fue la mañana?* (2007) y *La maldición de Eva* (2002). Sus escritos son parte de las antologías *El crimen como una de las bellas artes* (2002), *Atrapadas en la madre* (2006), *El espejo de Beatriz* (2009), *Óyeme con los ojos: de Sor Juana al siglo XXI* (2010) y *Three Messages and a Warning: Contemporary Mexican Short Stories of the Fantastic* (2012).

© 2013, Liliana Blum, *Residuos de espanto*
© 2013, Liliana Blum, *No me pases de largo*
© 2008, Liliana Blum, *El libro perdido de Heinrich Böll*

Publicado mediante acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany y Agência Riff, Rio de Janeiro, RJ, Brasil.

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Diseño de la colección: Guillerlot Navares
Fotografía de portada: © Arcangel Images / Ebru Sidar
Fotografía del autor: Ramón Mier

Primera edición impresa en México: febrero de 2020
ISBN: 978-607-07-6535-3

Primera edición en formato epub: febrero de 2020
ISBN: 978-607-07-6553-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 Planeta



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE